

Algis Budrys

EL LABERINTO DE LA LUNA

La novela considerada como «la mejor obra literaria de ciencia ficción de los años sesenta», por fin en español



El científico Ed Hawks ha creado el transmisor de materia, una máquina increíblemente poderosa que puede enviar a un hombre a la Luna al tiempo que crea un duplicado suyo aquí en la Tierra. Pero todos los voluntarios que son enviados a la Luna mueren unos pocos minutos más tarde en el laberinto alienígena que ha sido descubierto allí, mientras que sus duplicados terrestres, unidos telepáticamente a ellos, se ven sumidos en la locura. Hasta que aparece Al Barker, un aventurero que ha pasado toda su vida desafiando a la muerte, y que ahora está dispuesto a desentrañar definitivamente ese desafío alienígena...

“El laberinto de la luna” es una obra soberbia, que combina los elementos de intriga y emoción más tradicionales de la ciencia ficción con los niveles más profundos y simbólicos de lectura. Una obra de la que James Blish ha dicho: “Es una auténtica obra maestra, mucho más que impresionante... es un auténtico monumento”.

Lectulandia

Algis Budrys

El laberinto de la Luna

ePub r1.0

Red_S 22.08.13

Título original: *Rogue moon*
Algis Budrys, 1960
Traducción: Elías Sarhan
Diseño de portada: Antoni Garcés

Editor digital: Red_S
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A Larry Shaw,
Editor Viajero.

¡Detente, Pasajero!
Tal como eres tú ahora, así fui yo un día.
Tal como soy yo ahora, así serás tú un día.
Prepárate para la muerte, y sígueme.
—Epitafio de una lápida en Nueva Inglaterra.

UNO

1

A última hora de un día de 1959, tres hombres estaban sentados en una habitación.

Edward Hawks, Doctor en Ciencias, acomodó su larga mandíbula en sus enormes manos y se inclinó hacia delante con los codos apoyados sobre la mesa. Era un hombre de cabello negro, piel pálida y desgarbado, que en muy contadas ocasiones tomaba el sol. Si se le comparaba con el personal de jóvenes ayudantes bronceados que tenía a sus órdenes, siempre recordaba a los extraños a un espantapájaros. Ahora observaba a un hombre joven que se hallaba sentado en la silla de respaldo recto opuesta a la de él.

El hombre joven miraba sin parpadear. El corte de pelo casi al cero brillaba por el sudor y le pegaba el cabello al cráneo. Sus rasgos eran limpios, saludables y de piel clara; sin embargo, tenía la barbilla húmeda.

—Una oscuridad... —dijo con tono quejumbroso—, una oscuridad, y en ningún lugar brillaban las estrellas...

Su voz se perdió repentinamente en un farfulleo; no obstante, prosiguió con sus quejas.

Hawks miró a su derecha.

Weston, el psicólogo recién contratado, se sentaba con ellos en un sillón que había traído al despacho de Hawks. Weston, al igual que Hawks, apenas sobrepasaba los cuarenta años. Pero era fornido donde Hawks era delgado; detrás de sus gafas de montura negra, era una persona educada y con autocontrol, y ahora se mostraba un poco impaciente. Frunció el ceño al devolverle la mirada a Hawks y, luego, enarcó una ceja.

—Está loco —le expuso Hawks, como un niño incrédulo.

Weston cruzó las piernas.

—Ya se lo he dicho, doctor Hawks; se lo dije en el momento mismo en que lo sacamos de ese aparato de usted. Lo que le sucedió traspasó el límite de su resistencia.

—Sé que me lo ha dicho —reconoció Hawks con suavidad—. Pero yo soy responsable de él. Tenía que cerciorarme. —Comenzó a volverse hacia el hombre

joven; luego miró de nuevo a Weston—. Era joven. Saludable. Con una resistencia y una estabilidad excepcionales, usted mismo lo confirmó. Y lo aparentaba. Era brillante —añadió lentamente.

—Dije que era estable —explicó Weston con la mayor seriedad—. Sin embargo, no afirmé que fuera inhumanamente estable. Le comenté que se trataba de un espécimen humano extraordinario. Fue usted el que le envió a un lugar al que no debería ir ningún humano.

Hawks asintió.

—Tiene razón, por supuesto. Es culpa mía.

—Vamos, vamos —intervino Weston con rapidez—, se presentó voluntario. Sabía que era algo peligroso. Sabía que corría el riesgo de morir.

Sin embargo, Hawks estaba ignorando a Weston. Miraba directamente por encima de su escritorio.

—¿Rogan? —llamó con suavidad—. ¿Rogan? —Aguardó y observó cómo los labios se movían casi en silencio. Finalmente, suspiró y le preguntó a Weston—: ¿Puede hacer algo por él?

—Curarle —repuso Weston con confianza—. Tratamientos de electrochoque. Le harán olvidar lo que le ocurrió en aquel lugar. Estará bien.

—No sabía que la amnesia producida por el electrochoque fuera permanente.

Weston parpadeó y miró a Hawks.

—Tal vez, esporádicamente, necesite tratamientos repetitivos, por supuesto.

—A intervalos a lo largo de toda su vida.

—Eso no siempre es verdad.

—Pero sí a menudo.

—Bueno, sí...

—Rogan —susurró Hawks—. Rogan, lo siento.

—Una oscuridad..., una oscuridad... Me lastimó y era tan fría..., tan tranquila que me podía escuchar a mí mismo...

Edward Hawks, Doctor en Ciencias, atravesaba a solas el suelo de cemento del laboratorio principal, con las manos a los costados. Eligió un camino entre los generadores y las consolas sin alzar la vista, y se detuvo al pie de la plataforma de recepción del transmisor de materia.

El laboratorio principal ocupaba decenas de miles de metros cuadrados en el sótano del edificio de la División de Investigación de la Continental Electronics. Un año atrás, cuando Hawks había diseñado el transmisor, parte de la primera y la segunda planta habían sido arrancadas, y ahora el transmisor se elevaba casi hasta el techo a lo largo de la pared opuesta. Pasarelas metálicas unían los espacios contiguos, y se construyeron galerías para acceder a los instrumentos que se alineaban en las paredes. Docenas de hombres del personal de Hawks aún seguían trabajando,

haciendo comprobaciones finales antes de apagar los aparatos por ese día. Las sombras que proyectaban sobre las pasarelas ocultaban de vez en cuando parte de la luz de arriba, moteando el suelo con cambiantes dibujos de oscuridad.

Hawks se quedó mirando el transmisor con ojos sorprendidos. Bruscamente, alguien exclamó:

—¡Ed!

Giró la cabeza hacia allá.

—Hola, Sam. —Sam Latourette, su ayudante en jefe, se le había acercado en silencio. Era un hombre de huesos pesados, con la piel flácida y fina como el papel y los ojos hundidos, rodeados por círculos oscuros. Hawks le sonrió con tristeza—. ¿Ya ha terminado con su investigación el equipo de transmisión?

—Encontrarás los informes sobre tu escritorio por la mañana. No había ningún fallo en la maquinaria. Nada en ninguna parte. —Latourette esperó que Hawks mostrara un indicio de interés. Sin embargo, éste se limitó a asentir. Apoyó una mano sobre un tirante vertical y escrutó la plataforma de recepción. Latourette gruñó—: ¡Ed!

—¿Sí, Sam?

—Basta. Te estás haciendo demasiado daño a ti mismo. —De nuevo esperó alguna reacción; pero Hawks se limitó a sonreír en dirección a la máquina, y Latourette estalló—: ¿A quién crees que estás engañando? ¿Cuánto tiempo llevo trabajando contigo? ¿Diez años? ¿Quién me dio mi primer trabajo? ¿Quién me entrenó? ¡Puedes mantener la fachada con cualquiera, pero no conmigo! —Latourette cerró los puños y apretó los dedos hasta dejarlos blancos—. ¡Te conozco! Pero..., ¡maldita sea, Ed, no es culpa tuya que esa cosa esté ahí fuera! ¿Qué es lo que esperas..., que nadie resulte herido jamás? ¿Qué quieres..., un mundo perfecto?

Hawks volvió a sonreír del mismo modo.

—Abrimos un portal donde nunca hubo uno —comentó, indicando con un gesto de su cabeza los mecanismos—, en una pared que no construimos nosotros. A eso se le llama investigación científica. Luego, enviamos hombres a través de ese portal. A eso se le llama aventura humana. Y algo en el otro lado: algo que jamás molestó a la humanidad; algo que nunca antes nos hizo daño alguno o nos perturbó con el conocimiento de que estaba allí, los mata. De formas terribles que nosotros no podemos comprender, los mata. Así que yo continúo enviando más hombres. ¿Cómo se llama a eso, Sam?

—Ed, *estamos* haciendo progresos. Esta nueva aproximación va a ser la respuesta.

Hawks miró con curiosidad a Latourette.

Incómodo, Latourette dijo:

—Una vez que desentrañemos su funcionamiento. Es lo único que nos hace falta.

Eso es lo que conseguiré hacernos avanzar, Ed..., lo sé.

Hawks no cambió de expresión ni apartó el rostro. Permaneció con las yemas de los dedos presionadas contra el crujiente acabado gris de la máquina.

—¿Quieres decir... que ya no los estamos matando? ¿Que sólo hacemos que se vuelvan locos?

—Lo único que tenemos que hacer, Ed —insistió Latourette—, todo lo que tenemos que hacer, es encontrar un método mejor de suavizar el impacto cuando el hombre siente su muerte. Más sedantes. Algo así.

—Y todavía tendrán que seguir yendo a ese lugar —expuso Hawks—. El cómo lo hagan no establece ninguna diferencia; no los tolerará. Nunca fue ideado para que los seres humanos tuvieran algo que ver con él. No fue realizado para que la mente humana lo midiera en términos humanos. Debemos inventar un nuevo lenguaje para describirlo, y una nueva forma de pensamiento con el fin de que podamos comprenderlo. Sólo cuando consigamos desarmarlo, sea lo que fuere, y veamos, y sintamos, y probemos todas sus piezas, sólo entonces seremos capaces de aventurar su naturaleza. Y eso únicamente ocurrirá cuando logremos atravesarlo; entonces, ¿qué bien le proporcionará nuestro nuevo conocimiento a estos hombres que tienen que morir ahora? Sin importar qué lo pusiera ahí arriba, sin importar el porqué, ningún ser humano será capaz de vivir en él hasta que los seres humanos no consigan sobrevivir al atravesarlo. ¿Cómo vamos a explicarle eso en un inglés directo a un hombre cuerdo para que pueda entenderlo? Estamos tratando con una cosa monstruosa. En un sentido, hemos de pensar como monstruos, o no acercarnos más a él y dejar que siga emplazado allá en la Luna, sin que nadie sepa el motivo.

Latourette extendió velozmente el brazo y le tocó la manga de la bata.

—¿Vas a cancelar el programa? —Hawks le miró. Latourette le aferraba el brazo—. Cobey. ¿No te está ordenando que lo cierres?

—Cobey sólo puede formular peticiones —repuso Hawks amablemente—. No puede darme órdenes.

—¡Es el presidente de la compañía, Ed! Puede hacerte la vida imposible. Se muere por sacar a la Continental Electronics fuera de este anzuelo.

Hawks apartó la mano de Latourette de su brazo y la colocó sobre el revestimiento del transmisor. Se llevó las palmas a los bolsillos traseros, echando hacia atrás la bata blanca de laboratorio.

—La Marina financió originalmente el desarrollo del transmisor sólo porque era una idea mía. No habrían entregado esa cantidad de dinero por nadie más en este mundo. No por una idea tan descabellada como ésta. —Miró a la máquina—. Incluso ahora, a pesar de que el lugar que encontramos es como es, no permitirán que Cobey se retire por su propia iniciativa. No mientras crean que yo lo puedo hacer funcionar. No necesito preocuparme por Cobey. —Sonrió con suavidad y con un leve toque de

incredulidad—. Cobey ha de preocuparse de mí.

—Bueno, ¿y qué me dices *acerca* de ti? ¿Durante cuánto tiempo más podrás mantener esto?

Hawks retrocedió. Miró pensativamente a Latourette.

—¿Nos estamos preocupando ahora por el proyecto o por mí?

Latourette suspiró.

—De acuerdo, Ed, lo siento —dijo—. Pero ¿qué vas a hacer?

Hawks contempló arriba y abajo la gigantesca altura del transmisor de materia. En el espacio del laboratorio que había detrás de ellos, los técnicos ya apagaban las luces en las diversas subsecciones de los varios sectores de control. La oscuridad cayó en masas horizontales a lo largo de las galerías de instrumentos y formó diagonales negras, como espantapájaros clavados sobre las pasarelas de arriba. Avanzó por entre un cuerpo proliferante hacia la solitaria lámpara verde que brillaba encima de la mitad del panel «NO Activado» del cartel verde y rojo de «Activado/NO Activado» pintado sobre el dintel del transmisor.

—No podemos hacer nada acerca de la naturaleza del lugar al que van —repuso Hawks—. Y ya hemos alcanzado el límite de nuestra capacidad para mejorar la forma en que les enviamos allí. Me parece que sólo nos queda una única cosa. Hemos de hallar a una clase de hombre distinto al que enviar. Un hombre que no enloquezca cuando se sienta morir.

Miró con expresión burlona el interior de la máquina.

—Hay toda clase de gente en el mundo —prosiguió—. Quizá logremos encontrar a un hombre que no le tema a la muerte, sino que la ame.

—Alguna especie de psicópata —comentó Latourette con amargura.

—Quizá sí. Pero creo que lo necesitamos pese a todo. —Por entonces se habían apagado todas las demás luces del laboratorio—. Todo se reduce a que necesitamos a un hombre que se sienta atraído por aquello que enloquece a otros hombres. Y cuanto más atraído se sienta, mejor. Un hombre que esté exaltado por la muerte. —Sus ojos se desenfocaron y su mirada se extendió hacia el infinito—. Así que ahora ya sabemos lo que soy. Soy un chulo.

2

El director de personal de la Continental Electronics era un hombre de rostro ancho

llamado Vincent Connington. Entró enérgicamente en el despacho de Hawks frotándose las manos. Vestía un traje shantung de color azul claro y unas botas vaqueras rojizas y, mientras se sentaba en la silla de los visitantes, entrecerrando los ojos al sol de media tarde que entraba por las persianas, miró a su alrededor y comentó:

—En mi despacho de arriba tengo el mismo mobiliario. Pero se ve bastante diferente, con el suelo enmoquetado y una buena pintura en las paredes —se volvió hacia Hawks con una sonrisa en el rostro—. Me alegra bajar hasta aquí y hablar con usted, doctor. Siempre he sentido una gran admiración por usted. Aquí está, llevando un departamento y sin embargo trabajando estrechamente con su equipo. Lo único que hago yo durante todo el día es permanecer sentado detrás de un escritorio y cerciorarme de que mis ayudantes manejan la rutina sin estropear nada.

—Parecen hacerlo bastante bien —dijo Hawks con un tono de voz neutral. Comenzó a erguirse de forma inconsciente en el sillón y a cubrir su cara con un gesto inexpresivo. Sus ojos se posaron por un momento en las botas de Connington y luego se apartaron—. Por lo menos, su departamento ha estado enviándome algunos técnicos excelentes.

Connington sonrió.

—Nadie los tiene mejores —Se inclinó hacia delante—. Pero es algo rutinario. —Extrajo del bolsillo exterior de la chaqueta el memorándum que le había enviado la oficina de Hawks—. Ahora bien, *esto...* De esta petición voy a encargarme yo personalmente.

—Espero que pueda —comentó Hawks con cautela—. Creo que llevará cierto tiempo encontrar a un hombre que reúna las especificaciones señaladas. Espero que comprenda que, lamentablemente, no disponemos de mucho tiempo...

Connington agitó una mano.

—Oh, pero si ya lo tengo. Llevo pensando en él desde hace mucho tiempo.

Hawks alzó las cejas.

—¿De veras?

Connington sonrió con astucia desde el otro lado del escritorio metálico.

—¿Le cuesta creerlo? —Volvió a reclinarsse contra el respaldo de la silla—. Doctor, suponga que alguien viniera a verle y le solicitara que le hiciera un trabajo especial..., diseñar un circuito para realizar una tarea determinada. Y suponga que usted abriera un cajón y sacara una hoja y le dijera: «Aquí está». ¿Qué le parece? Entonces, cuando esa persona sacudiera la cabeza y comentara cuánto le costaba creer que usted ya lo tuviera, podría explicarle que la electrónica era el trabajo que usted hacía *todo* el tiempo. Cómo, cuando no meditaba en un proyecto específico, seguía pensando en la electrónica en general. Y cómo, al estar interesado en la electrónica, se mantenía al día de todo lo nuevo que surgía y tenía una idea bastante

precisa de hacia dónde avanzaba; y cómo anticipaba algunos de los problemas con los que podría encontrarse y cómo, a veces, las respuestas surgían en su cabeza de forma tan fácil que apenas podía llamarlo trabajo. Y cómo usted archivaba todas estas cosas hasta el momento en que tenía que sacarlas a la luz. ¿Lo ve? De esa forma no existe la magia. Se trata sólo de un hombre con un talento que realiza su trabajo.

Connington volvió a sonreír.

—Bien, dispongo del hombre que ha nacido para trabajar en este proyecto suyo. Le conozco a la perfección. Y también le conozco un poco a usted. Reconozco que aún me queda mucho por descubrir de usted, aunque no creo que nada de ello vaya a sorprenderme. Y tengo a su hombre. Está sano, disponible, y lo he sometido a una investigación de seguridad cada seis meses durante los últimos dos años. Es todo suyo, doctor. No estoy bromeando.

Connington entrelazó las manos en el regazo y las arqueó hacia atrás, haciendo sonar los nudillos.

—¿Sabe, doctor? —dijo suavemente—, usted no es el único manipulador que hay en el mundo.

Hawks frunció ligeramente el ceño.

—¿Manipulador? —Su rostro permanecía inexpresivo.

Connington se rió suavemente entre dientes, con una especie de broma privada que bullía en su interior.

—Hay todo tipo de personas en este mundo. Sin embargo, se engloban en dos grupos: uno grande y el otro más reducido. Hay gente a la que se aparta del camino y otra a la que se coloca en la fila; y, luego, está la gente que se encarga de moverla. Es más seguro y mucho más cómodo ir hacia donde te empujan. Así, no asumes ninguna responsabilidad y, si haces lo que te dicen, cada dos por tres te arrojan un pescadito.

»Ser un manipulador no es seguro, porque corres el riesgo de encaminarte hacia un agujero; y tampoco es cómodo, ya que tienes que dar y recibir muchos codazos y, lo que es más, depende de ti que consigas el pescadito. Sin embargo, es endemoniadamente más divertido. —Miró a Hawks a los ojos—. ¿No es cierto?

—Señor Connington... —comenzó a decir Hawks, y le devolvió la mirada al hombre—. No me convence. Este individuo que solicité tendrá que ser de un tipo muy especial. ¿Está seguro de que me lo puede proporcionar de inmediato? ¿Quiere insinuarme que el hecho de que lo tenga preparado, tal como usted dice, *no es* un alarde de anticipación? Quizás tenga usted algún otro motivo, y se esté aprovechando de una coincidencia afortunada.

Connington se recostó con indolencia, se rió entre dientes y sacó un verdoso cigarro de la cigarrera de piel que llevaba en el bolsillo de la chaqueta; le quitó la envoltura, cortó el extremo con unas pequeñas tijeras doradas sujetas a la cigarrera por una cadena de oro, y utilizó un mechero que llevaba en una funda dorada con un

rubí engastado en un costado. Aspiró y dejó que el humo se deslizara por entre sus dientes grandes y parejos. Sus ojos brillaron detrás del flotante humo que pendió en el aire delante de su rostro.

—Mantengámonos dentro de los límites de la educación, doctor Hawks —repuso—. Analicemos la cuestión bajo la luz de la razón. La Continental Electronics le paga a usted por dirigir la División de Investigación, y usted es el mejor en su campo. —Connington adelantó levemente el torso, movió un poco el cigarro entre los dedos y cambió la curvatura de su sonrisa—. La Continental me paga a mí para que dirija el Departamento de Personal.

Hawks meditó durante un segundo y luego comentó:

—Muy bien. ¿Cuándo podré ver a este hombre?

Connington se echó de nuevo hacia atrás y le dio una satisfacción calada al cigarro.

—Ahora mismo. Vive cerca de aquí. ¿Sabe dónde está el camino costero que sube hasta los riscos?

—Conozco el emplazamiento general.

—Suficiente. Si dispone de una hora o así, ¿qué le parece si le hacemos una visita?

—No tengo otra cosa que hacer si resulta que no es el hombre adecuado.

Connington se estiró y se puso de pie. El cinturón resbaló debajo de la protuberancia de su estómago, y se detuvo para subirse los pantalones.

—Usaré su teléfono —musitó indiferentemente, con el cigarro sujeto entre los dientes, y alargó el brazo por encima del escritorio de Hawks. Llamó a un número exterior y habló brevemente con alguien, durante un momento con tono áspero, anunciándole que iban para allá. Luego llamó al garaje de la compañía y ordenó que llevaran su coche a la entrada principal del edificio. Cuando colgó el receptor, rió de nuevo entre dientes—. Bueno, es hora de que bajemos; el coche ya estará allí.

Hawks asintió y se puso de pie.

Connington le dirigió una sonrisa.

—Me gusta cuando la gente me da cuerda suficiente. Me gusta la gente que no abandona su suspicacia cuando les ofrezco lo que buscan. —Aún seguía disfrutando de su broma secreta—. Cuanta más cuerda obtengo, más espacio me brinda para moverme. Usted no lo ve de esa forma. Usted ve a alguien que puede llegar a causarle problemas, y se cierra en sí mismo. Se mete en una concha y no sale de ella, porque teme que sea un problema que no pueda manejar. Es lo que la mayoría de la gente hace. Ésa es una de las razones por las que un día de éstos voy a llegar a ser el presidente de esta corporación, mientras que usted aún seguirá siendo el jefe de la División de Investigación.

Hawks sonrió.

—¿Qué le parecerá, entonces, cuando tenga que ir a la Junta Directiva a decirles

que mi salario ha de ser mayor que el de usted?

—Sí —comentó, Connington pensativo—. Sí, eso ocurriría. —Miró de soslayo a Hawks—. Además, habla en serio. —Tiró la ceniza de su cigarro en el centro del secante que había en el escritorio de Hawks—. De vez en cuando debe sentir usted calor dentro de su traje de aislamiento, ¿verdad?

Hawks miró inexpresivamente la ceniza y luego al rostro de Connington. Abrió un cajón de la mesa, sacó un pequeño sobre de papel manila y se lo guardó en la chaqueta. Cerró el cajón.

—Creo que su coche nos está esperando —dijo con voz pausada.

Siguieron la carretera de la costa en el nuevo Cadillac de Connington hasta que el camino giró tierra adentro, apartándose de los riscos que daban al océano. Entonces, en un punto donde sólo se veía un almacén general con dos surtidores de gasolina, Connington metió el coche en un estrecho camino de arena, surcado a los lados por arbustos y pinos, que desembocaba en el agua. Desde allí, el coche bajó hasta un sendero ínfimo de grava que bordeaba el pie de los riscos rocosos a sólo unos centímetros de la marca de la marea alta.

Los riscos eran escarpados y estaban compuestos por piedras irregulares y flojas que se habían fisurado verticalmente, dejando pequeñas grietas que se habían sido rellenadas con el mismo detrito utilizado en la construcción del camino. El coche avanzaba ronroneando, con un guardabarros asomando por el lado del agua y el otro a unos treinta centímetros del risco. Continuaron de esta forma durante unos minutos, mientras Connington silbaba para sí mismo y Hawks permanecía erguido en el asiento con las manos sobre las rodillas.

El sendero se transformó en una pendiente abierta en la cara del risco, donde en la mayoría de los lugares la roca insegura pendía sobre el camino, y cruzó un estrecho puente de madera desgastada por el clima, de una longitud aproximada de unos tres coches, que atravesaba una grieta más ancha que las anteriores. La hendidura en forma de cuña tenía una profundidad de unos treinta metros. El océano llegaba directamente hasta allí sin que hubiera playa alguna, e incluso ahora, que la marea estaba baja, las olas rompían contra la base de la grieta, lanzando espuma por doquier. Mojó el parabrisas del coche. El puente de madera se elevaba a unos quince metros por encima del nivel del agua, aproximadamente a un tercio de la altura del risco, cuyo fondo se hacía más pronunciado.

El sendero continuaba después del puente; sin embargo, Connington detuvo el coche, con las ruedas apuntando a un buzón de hierro galvanizado colocado sobre un poste. Estaba a un lado de un camino aún más estrecho, que ascendía empinado por el lado de la grieta y desaparecía de la vista en un giro acentuado de la pared.

—Ése es él —gruñó Connington, señalando con el cigarro el buzón—. Barker. Al Barker. —Miró furtivamente hacia un lado—. ¿Ha oído alguna vez el nombre?

Hawks frunció el ceño y luego respondió:

—No.

—¿No lee las páginas deportivas? No..., supongo que no.

Connington hizo retroceder el coche unos centímetros hasta que pudo encarrilar las ruedas en dirección al camino; puso la primera y se inclinó sobre el volante, pisando con cautela el acelerador. El coche comenzó a subir lentamente, y el guardabarros interior pasó a muy poca distancia de la roca dinamitada, mientras que el izquierdo se veía salpicado por el agua de la grieta.

—Barker es un tipo peculiar —musitó Connington, con la mojada colilla de su cigarro entre los dientes—. Fue paracaidista en la Segunda Guerra Mundial. Se le trasladó a las Fuerzas Especiales en 1944. Se especializó en el asesinato. Participó en salto de esquí en las Olimpiadas. Perteneció al equipo de *bobsled*. Campeón nacional de tiro con armas pequeñas en 1950. Ostenta un récord en natación submarina. Solía escalar montañas. Hace unos años, estrelló un hidroplano en la playa de Lake Mead. Fue allí donde le conocí; yo estaba de vacaciones. Actualmente, ha construido un coche y se ha inscrito en el Grand Prix. Piensa conducirlo él.

Las cejas de Hawks se juntaron y volvieron a relajarse.

Connington sonrió maliciosamente, sin apartar del todo los ojos del camino.

—¿Empieza a parecerle que sabía lo que hacía?

Antes de que Hawks pudiera responder, Connington detuvo el coche. Habían llegado al final de la grieta en la cara rocosa. Un segundo corte, más estrecho, se adentraba allí en el risco y formaba un ángulo cerrado, cuyo tramo era invisible desde el camino que el puente de abajo. El sendero giraba de forma tan pronunciada que el coche de Connington no podía tomar la curva. El ángulo había sido abierto con explosivos para hacer que el camino tuviera unos dos metros de ancho en el punto del recodo; sin embargo, no tenía railes de protección. El camino daba directamente al precipicio, y cada lado era un tobogán que caía doscientos cincuenta metros hasta el agua de abajo.

—Aquí tendrá que ayudarme —anunció Connington—. Salga e indíqueme cuando las ruedas parezca que vayan a caer al vacío.

Hawks le miró, frunció los labios y salió del coche. Se deslizó entre éste y la pared rocosa y se dirigió hacia la curva. De pie, con la punta de los zapatos sobresaliendo un poco del borde, bajó la vista. La espuma ocultaba el fondo del precipicio. Colgando de dos de las proyecciones del muro irregular había un pequeño guardabarros de coche y un trozo de una capota. La tela estaba descolorida y rasgada. La pintura del guardabarros de aluminio aparecía carcomida por la corrosión. Hawks observó esos restos con intensa curiosidad.

Connington bajó la ventanilla de su lado con un zumbido veloz.

—Es de Barker —explicó en voz alta por encima del sonido de las olas que venía

de abajo—. Cayó hace un mes. Él mismo estuvo a punto de acompañarle.

Hawks se pasó la punta de la lengua por los dientes superiores sin abrir los labios. Se volvió hacia el camino.

—De acuerdo, vamos —dijo Connington—. Tendré que bordar el contorno de esta curva. Señáleme el espacio de que dispongo.

Hawks asintió. Connington enfiló el coche todo lo que le permitía el ángulo, dio marcha atrás, se detuvo cuando Hawks se lo indicó y volvió a avanzar. Repitió la maniobra, rechinando las ruedas delanteras de lado a lado del camino, hasta que el coche apuntó hacia el otro tramo del sendero. Entonces esperó a que Hawks entrara de nuevo.

—Deberíamos haber aparcado abajo y subido andando —comentó Hawks.

Connington empezó a subir por la pendiente que quedaba y se señaló los pies.

—Imposible con estas botas —gruñó. Se detuvo; luego, mirando de reojo a Hawks, añadió—: Barker toma esa curva a ochenta por hora.

Hawks le devolvió la mirada.

—A veces.

—En todas las ocasiones menos en una. Desde entonces, no ha bajado la velocidad. —Connington se rió entre dientes—. ¿Lo ve, Doc? No le caigo bien. Lo sé. Sin embargo, y a pesar de ello, tendrá que aprender a confiar en mí, aunque no le guste o no me comprenda. Yo cumplo con mi trabajo. Le he conseguido a su hombre. Eso es lo que importa.

Sus ojos brillaron con la broma oculta, con ese conocimiento secreto que todavía mantenía para sí mismo.

3

En la cima de la subida, el camino giraba mas allá de la cara del risco y se convertía en una franja de asfalto que pasaba al lado de un césped verde oscuro, denso y bien cortado. Aspersores automáticos mantenían la hierba refulgente de humedad. Cactus y palmeras pequeñas crecían en unos lechos inmaculados, bajo la sombra de unos cipreses enormes. La fachada de una casa baja, construida con tablas de cedro, daba al jardín amplio, con la pared más próxima, toda de cristal, sobresaliendo del risco, en dirección al enorme océano azul. Una brisa agitaba los cipreses.

En medio del jardín había una piscina. Una mujer rubia y delgada, de piernas

extremadamente largas, que lucía un moreno intenso y un bañador de dos piezas de color amarillo, estaba tumbada boca abajo sobre una toalla de playa, escuchando música de una radio portátil. Sobre la hierba, al lado de una jarra termo, tenía una copa vacía con un único cubito de hielo que se derretía en el fondo. La mujer alzó la cabeza, miró el coche y volvió a recostarse.

Connington bajó una mano medio alzada en saludo.

—Es Claire Pack —le dijo a Hawks, mientras conducía el coche a un lado de la casa y se detenía sobre un sendero de cemento delante de las dobles puertas de un garage subterráneo.

—¿Vive aquí? —inquirió Hawks.

El rostro de Connington había perdido toda huella de placer.

—Sí. Vamos.

Subieron unos escalones de losas hasta el jardín, y atravesaron el césped en dirección a la piscina. Había un hombre nadando bajo el agua verde azulada, que sacaba esporádicamente la cabeza para tomar una bocanada de aire y de inmediato volvía a sumergirla. Bajo la ondulante superficie salpicada por el sol, parecía la forma vaga de un hombre, una criatura del color de la carne que se esforzaba de un extremo a otro de la piscina. Una pierna artificial, envuelta en un plástico transparente, estaba entre Claire Pack y el agua, cerca de una escalerilla cromada que se hundía en la piscina. La radio transmitía una melodía de Glenn Miller.

—¿Claire? —preguntó inseguro Connington.

Ella no se había movido al escuchar los pasos que se acercaban. Tarareaba la música y seguía despacio el ritmo, golpeando con dos dedos largos, de uñas rojas, sobre la toalla. Se volvió lentamente y miró a Connington de arriba abajo.

—Oh —dijo con voz apagada.

Los ojos inspeccionaron la cara de Hawks. Eran de un color verde claro, con una leve tonalidad castaño amarillenta; las pupilas estaban contraídas por el sol.

—Éste es el doctor Hawks, Claire —le anunció Connington con paciencia—. Es el vicepresidente a cargo de la División de Investigación de la planta principal. Te llamé y te lo dije. ¿A qué viene toda esta pantomima? Nos gustaría hablar con Al.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Siéntense. Saldrá de la piscina dentro de poco.

Connington se agachó incómodo sobre la hierba. Al cabo de un momento, Hawks se sentó con movimientos precisos sobre un taburete que había al lado de la toalla. Claire Pack se incorporó, dobló las rodillas debajo de su barbilla y observó a Hawks.

—¿Qué clase de trabajo tiene para Al?

Connington intervino con brevedad.

—La clase que a él le gusta. —Cuando Claire sonrió, miró a Hawks y le dijo—: ¿Sabe?, siempre lo olvido. Todas las veces. Anhele venir aquí; pero, cuando la veo,

recuerdo cómo es.

Claire Pack no le prestó atención. Miraba a Hawks, con la boca fruncida en una expresión de curiosidad intrigada.

—¿La clase de trabajo que le gusta a Al? Usted no parece un hombre involucrado con la violencia, doctor. ¿Cuál es su nombre? —Se dirigió a Connington por encima del hombro—. Dame un cigarrillo.

—Edward —repuso con voz suave Hawks.

Observó cómo Connington rebuscaba en un bolsillo interior de la chaqueta, sacaba un paquete nuevo de cigarrillos, lo abría, extraía uno y se lo pasaba. Sin mirar a Connington, ella comentó:

—Enciéndelo. —Una ceja oscura y arqueada se dirigió a Hawks. Su amplia boca sonrió—. Le llamaré Ed. —Sus ojos continuaron inexpresivos y tranquilos.

Detrás de ella, Connington se secó los labios con el dorso de la mano, los cerró con fuerza sobre el filtro y encendió el cigarrillo con el mechero del rubí. El filtro del cigarrillo era de color rojo, con el fin de ocultar las manchas de carmín. Aspiró, lo puso entre los dos dedos extendidos de ella y se guardó el paquete en el bolsillo.

—Puede hacerlo —le dijo Hawks a Claire Pack, alzando ligeramente los labios—. Yo la llamaré Claire.

Ella volvió a enarcar una ceja mientras le daba una calada al cigarrillo.

—Muy bien.

Connington miró por encima del hombro de Claire. Tenía los ojos lacrimosamente amargos. Sin embargo, también mostraban algo más. En su voz casi había un tono divertido cuando comentó:

—Hoy sólo hay manipuladores, doctor. Y todos avanzan en direcciones distintas. Una compañía muy rápida. No baje la guardia.

—Lo intentaré —repuso Hawks.

—No creo que Ed parezca muy blando, Connie —intervino Claire, contemplando a Hawks.

Hawks no comentó nada. El hombre de la piscina había dejado de nadar y agitaba el agua con las manos. Sólo su cabeza sobresalía de la superficie; un cabello rubio como la arena descendía desde la coronilla de su cráneo pequeño y redondo. Le sobresalían los pómulos. La nariz era fina como una daga y tenía un bigote bien recortado. A esa distancia, mientras el sol se reflejaba en ondas sobre su cara, los ojos resultaban inescrutables.

—Es así como está orquestada la vida —le musitaba Connington a Claire con despecho, ajeno al hecho de que Barker les estaba observando—. Agradable y científica. Todo se equilibra. Nada se desperdicia. Nadie le roba una marca al doctor Hawks.

—El señor Connington me ha visto personalmente por primera vez esta tarde —

señaló Hawks.

Claire Pack se rió con un sonido brillantemente metálico.

—¿La gente suele ofrecerle algo de beber, Ed?

—Creo que eso tampoco funcionará, Claire —gruñó Connington.

—Cállate —ordenó ella—. ¿Bien, Ed? —Alzó levemente el termo, que parecía estar casi vacío—. ¿Whisky y soda?

—Gracias, sí. ¿Se sentirá el señor Barker más cómodo al salir de la piscina si yo me doy la vuelta mientras él se coloca la pierna?

—Nunca es tan descarada después de que ha causado su primera impresión. Vigílela —aconsejó Connington.

Ella echó la *cabeza* hacia atrás y volvió a reír.

—Saldrá cuando se encuentre bien y dispuesto. Puede que hasta le gustara que yo vendiera entradas para el acontecimiento. No se preocupe por Al, Ed. —Desenroscó la tapa del termo, extrajo el tapón y sirvió un trago en la tapa de plástico—. Aquí no tengo otras copas ni hielo, Ed. Sin embargo, está bastante frío. ¿Le parece bien?

—Perfecto, Claire —aceptó Hawks. Cogió la tapa y bebió de ella—. Muy bueno. Sostuvo la taza en las manos y aguardó a que ella rellenara su copa.

—¿A mí no me ofreces una? —preguntó Connington. Contemplaba el leve agitar del cabello en la nuca de Claire; sus ojos parecían sombríos.

—Ve a buscar una copa a la casa —repuso ella. Se inclinó hacia delante, entrechocó el lado de su vaso contra la taza de Hawks—. Por la vida bien equilibrada.

Hawks sonrió fugazmente y bebió. Ella alargó el brazo y posó la mano en el tobillo de él.

—¿Vive cerca de aquí, Ed?

—Le provocará y penetrará en su interior —anunció Connington—; luego le masticará y le escupirá, Hawks. Déle una oportunidad, y lo podrá comprobar. Es la perra más grande de dos continentes. Sin embargo, es comprensible que Barker tenga a alguien como ella a su lado.

Claire giró la cabeza y los hombros y, por primera vez, miró directamente a Connington.

—¿Estás tratando de provocarme, Connie? —preguntó con voz suave.

Hubo un destello en el rostro de Connington. Pero se limitó a decir:

—El doctor Hawks ha venido por trabajo, Claire.

Hawks miró con curiosidad a Connington por encima del borde de su taza. Durante un momento, sus ojos negros mostraron un destello de intensidad; luego, pensativo, se posaron en Claire.

—Todo el mundo, en todos lados, está por alguna cuestión de negocios —le contestó Claire a Connington—. Todo el mundo que merezca la pena. Todo el mundo tiene algo que desea; algo más importante que el resto. ¿No es verdad, Connie?

Ahora, ocúpate de tus asuntos, que yo me ocuparé de los míos. —Su mirada volvió a Hawks, cogiéndole desprevenido. Sus ojos, momentáneamente, atraparon los de él—. Estoy segura de que Ed puede encargarse de los suyos —añadió.

Connington se ruborizó, torció la boca como si fuera a replicar algo, se volvió rápidamente y se alejó por la hierba. En un relámpago de breve expresión, Claire Pack sonrió enigmáticamente para sí misma.

Hawks bebió su taza.

—Ha dejado de mirarnos. Ya puede quitar la mano de mi tobillo.

Ella sonrió con gesto soñoliento.

—¿Connie? Le atormento para complacerle. No ha dejado de venir aquí desde que nos conoció a Al y a mí. Lo que ocurre... es que no puede venir solo, ¿lo entiende? Debido a la curva tan pronunciada que hay en el camino. No tendría problemas si dejara de conducir esos coches enormes; o podría traer a una mujer para que le guiara. Sin embargo, jamás viene con una mujer, y tampoco deja esos coches o esas botas. Casi siempre se hace acompañar por un hombre distinto. —Sonrió—. Él lo pide, ¿no lo comprende? Lo desea.

—¿Usted mastica y escupe a esos hombres que él trae? —preguntó Hawks.

Claire echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Hay toda clase de hombres, y los únicos que valen la pena para cualquiera son aquellos a los que no puedo destrozar la primera vez.

—¿Es que existen otras ocasiones después de la primera? ¿Nunca se detiene? Y no me refería a que fuera Connington el que nos observara. Hablaba de Barker. Está saliendo de la piscina. ¿Colocó usted deliberadamente ahí la pierna ortopédica de modo que él tuviera que arrastrarse para cogerla? ¿Sólo porque sabía que vendría otro hombre y tenía que demostrarle lo feroz que era usted? ¿O es para provocar a Barker?

Por un instante, la piel en tomo de los labios de ella pareció arrugada y esponjosa. Luego replicó:

—¿Siente la curiosidad de averiguar cuánto hay de farol en ello? —De nuevo tenía el control total de sí misma.

—No creo que nada sea un farol. Sin embargo, no la conozco lo suficiente como para tener la certeza —respondió Hawks con suavidad.

—Y yo tampoco le conozco todavía lo suficiente a usted, Ed.

Durante un momento, Hawks guardó silencio.

—¿Es usted una vieja amiga del señor Barker? —preguntó por fin.

Claire Pack asintió. Le sonrió desafiante.

Hawks asintió también, echando a un lado la cuestión.

—Connington estaba en lo cierto.

Barker tenía brazos largos y un estómago liso y velludo, y llevaba un bañador de punto de color azul marino, sin suspensorios, al estilo europeo. Era un hombre

delgado y fibroso.

—¿Cómo está usted? —saludó con voz tensa y contenida mientras atravesaba con paso enérgico la hierba. Cogió el termo y bebió directamente de él, echando la cabeza hacia atrás y alzándolo. Chasqueó la lengua con gran placer, arrojó el termo al lado de Claire, se secó los labios y se sentó—. ¡Bien! —exclamó—. ¿De qué va todo esto?

—Al, éste es el doctor Hawks —repuso Claire pausadamente—. No es médico. Trabaja en la Continental Electronics. Desea hablar contigo. Le ha traído Connie.

—Encantado de conocerle —dijo Barker, y extendió con entusiasmo una mano. Había cicatrices de quemaduras en la pecosa piel. Un lado de su cara tenía la sutil tirantez de la cirugía plástica—. Conozco su reputación. Es impresionante.

Hawks aceptó la mano y la estrechó.

—Nunca conocí a un inglés que se dejara llamar Al.

Barker se rió con tono quebradizo. Su rostro cambió sutilmente.

—De hecho, soy tan inglés como un cerdo de raza irlandesa. Mi nacionalidad es amerindia.

—Los abuelos de Al eran apaches mimbrenos —explicó Claire con una entonación especial—. Su abuelo fue el hombre más peligroso de todo el continente norteamericano. Su padre encontró un filón de plata que rindió más que ningún otro conocido. ¿Ostenta aún ese récord, cariño? —Arrastró la pregunta. Sin detenerse a esperar la respuesta, prosiguió—: Y Al se ha graduado en una de las cuatro universidades más importantes del país.

El rostro de Barker se estaba tensando, y sus pequeños y prominentes pómulos se ponían cada vez más pálidos. Cogió el termo con un movimiento brusco. Claire le sonrió a Hawks.

—Al tiene suerte de no encontrarse en la reserva india. Va contra la ley federal venderle licor a un indio.

Hawks aguardó un momento. Vio cómo Barker se bebía todo lo que quedaba en el termo.

—Me intriga, señor Barker —comentó entonces—. ¿Es ésa la única razón por la que explota un parecido con algo que no es?

Barker se detuvo con el termo a medio bajar.

—¿Qué le parecería a *usted* afeitarse la cabeza, pintarse el cuerpo con tinte de anilina y bailar desnudo la danza de la guerra en la calle principal de Nueva Inglaterra?

—No me uniría a la fraternidad.

—Eso nunca se le ocurriría a Al —comentó Claire, reclinándose hacia atrás sobre los codos—. Porque, ¿sabe?, al final de la iniciación era un hermano de la fraternidad de pleno derecho.

Por el precio de un recuerdo para toda la vida, consiguió una cierta posición

durante los tres últimos años de universidad. Y un diluvio inagotable de cartas implorantes del comité de recaudación de fondos. —Acarició con la palma de la mano el lustroso lado de la mandíbula de Barker y dejó que sus dedos descendieran por su hombro y brazo—. Pero ¿dónde está Delta Omicrón hoy? ¿Dónde están las nieves del ayer? ¿Dónde está el muchacho mimbreño? —Se rió y se recostó con indolencia contra la cadera buena de Barker.

Barker bajó los ojos hacia ella con retorcida diversión. Deslizó los dedos de una mano por su cabello.

—No debe dejar que Claire le engañe, doctor —dijo—. Es su pequeño divertimento. —Parecía no ser consciente de que sus dedos se habían cerrado alrededor de los mechones aclarados por el sol, y que tiraban lenta y despiadadamente de ellos—. A Claire le gusta poner a prueba a la gente. A veces lo hace arrojándose a sus brazos. No significa nada.

—Sí —replicó Hawks—. Pero yo he venido a verle a usted.

Fue como si Barker no le hubiera oído. Miró a Hawks con una expresión mortal.

—Es interesante cómo nos conocimos Claire y yo. Hace siete años, yo me hallaba en una montaña de los Alpes. Salía de una cara vertical, tuve que hacer una *courte échelle* desde los hombros de otro hombre, y requirió una escalada oblicua negociar esa cara..., y allí estaba ella. —Ahora su mano jugueteaba tiernamente—. Sentada con una pierna sobre un espolón, mirando hacia el valle, como soñando. Tal como se lo digo. Yo no lo esperaba. Era como si hubiera estado allí desde el nacimiento de la montaña.

Claire sonrió despacio y se apoyó contra Barker, mirando a Hawks.

—En realidad —explicó—, yo había llegado por una ruta más fácil, acompañada de un par de oficiales franceses. Yo quena bajar por el camino que había subido Al; pero ellos dijeron que resultaba muy peligroso y se negaron. —Se encogió de hombros—. Así que bajé de la montaña con Al. No soy muy complicada, Ed.

—Antes de que viniera conmigo tuve que zarandear un poco a los franceses — indicó Barker; ahora resultaba muy claro lo que quería dar a entender—. Creo que tuvieron que bajar a uno con un helicóptero. Y nunca olvidé lo que tienes que hacer para mantenerla a tu lado.

Claire sonrió.

—Yo soy una mujer para un guerrero, Ed. —Apartó el cuerpo con un movimiento repentino, y Barker dejó que su mano cayera—. Por lo menos, eso es lo que nos gusta creer. —Sus uñas recorrieron el pecho de Barker—. Han transcurrido siete años, y nadie me ha reclamado todavía. —Durante un instante le sonrió con ternura a Barker; luego, la expresión de desafío volvió—. ¿Por qué no le habla a Al acerca de ese trabajo nuevo, Ed?

—¿Trabajo nuevo? —Barker emitió una sonrisa experta—. ¿Quieres decir que

Connie subió hasta aquí para hablar realmente de negocios?

Hawks analizó a Barker y a Claire durante un momento. Entonces tomó una decisión.

—De acuerdo. Tengo entendido que su historial está limpio, señor Barker. ¿Cierto?

Barker asintió.

—Así es —sonrió con añoranza—. Ya he trabajado para el gobierno antes de ahora, aunque de forma esporádica.

—En ese caso, me gustaría hablar con usted en privado.

Claire se puso de pie con pereza y se alisó el bañador a la altura de las caderas.

—Iré a tumbarme un rato sobre el trampolín. Claro que, si fuera una buena espía soviética, tendría micrófonos enterrados por todo el césped.

Hawks sacudió la cabeza.

—No. Si fuera una espía realmente eficiente, tendría sólo un micrófono direccional..., tal vez en el trampolín. No le haría falta nada más. Si le interesa, me encantará mostrarle en alguna ocasión cómo se instalan.

Claire se rió.

—Nadie logra jamás robarle al doctor Hawks una marca. Tendré que recordarlo.

Se alejó lentamente, contoneando las caderas.

Barker se volvió para seguirla con los ojos hasta que llegó al extremo de la piscina y se acomodó en el trampolín. Entonces se volvió hacia Hawks.

—«Camina en belleza, como la noche»..., incluso bajo el resplandor del día, doctor.

—Supongo que eso es del agrado de usted —comentó Hawks.

Barker asintió.

—Oh, sí, doctor..., antes hablaba en serio. No permita que nada de lo que ella haga o diga le engañe. Es mía. Y no porque tenga dinero, o buenos modales, o encanto. Poseo dinero; pero es mía por derecho de conquista.

Hawks suspiró.

—Señor Barker, le necesito para que haga algo para lo que pocos hombres en el mundo parecen cualificados. Es decir, siempre que, aparte de usted, exista alguien más. No me queda mucho tiempo para buscarlos. Así que, ¿le importaría observar estas fotografías?

Hawks metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo el pequeño sobre de papel manila. Rompió el sello, abrió la solapa y sacó un delgado fajo de fotografías. Las observó con atención, de tal forma que sólo él pudiera verlas, eligió una y se la pasó a Barker.

Barker la analizó con curiosidad, frunció el ceño y, después de un momento, se la devolvió a Hawks. Mostraba un paisaje que, en un principio, parecía estar compuesto

por unas piedras negras de obsidiana apiladas unas encima de las otras y unas nubes de plata. Al fondo había más nubes de polvo y enormes sombras asimétricas. Nuevas complejidades atrapaban continuamente la vista, hasta que ésta ya no podía seguir las y debía comenzar el escrutinio de nuevo.

—¿Qué es? —inquirió Barker—. Es hermoso.

—Se trata de un lugar —respondió Hawks—. O quizá no. Tal vez sea un artefacto..., o algo vivo. Sin embargo, se encuentra en un emplazamiento definido, fácilmente accesible. En lo referente a la belleza, por favor, no olvide que ésta es una fotografía fija, tomada a una coma cinco centésimas de segundo y, lo que es más, hace ocho días. —Empezó a pasarle más fotografías a Barker—. Me gustaría que les echara un vistazo a estas otras. Son de hombres que han estado allí. —Barker le miró de forma extraña. Hawks continuó—: Ésta es del primer hombre en ir. Por aquella época sólo tomábamos las precauciones que cualquier expedición peligrosa requeriría. Es decir, iba pertrechado con el mejor equipo especial que le podíamos suministrar.

Ahora, Barker miraba fascinado la fotografía. Los dedos que la sostenían sufrieron un espasmo y estuvo a punto de soltarla. La apretó con tal fuerza que dobló el borde del papel y, cuando se la devolvió, se veían con claridad las huellas húmedas de sus dedos.

Hawks le alcanzó a Barker la siguiente.

—Ésta es de dos hombres —prosiguió de modo despiadado—. Pensamos que tal vez un equipo lograría sobrevivir. —Recuperó la fotografía y le pasó otra—. Aquí van cuatro. —Cuando la cogió de nuevo, se detuvo—. A partir de entonces modificamos nuestros métodos. Creamos un equipo especial; después de eso, ya no volvimos a perder a ningún hombre. Aquí tiene al más reciente. —Le alcanzó a Barker la última fotografía—. Es de un hombre llamado Rogan.

Esperó.

Barker alzó los ojos de la fotografía. Su mirada era intensa.

—¿Vigilan a este hombre para que no se suicide?

Hawks sacudió la cabeza. Observó a Barker.

—Haría cualquier cosa antes que volver a morir. —Ordenó las fotografías y se las volvió a guardar en el bolsillo—. He venido hasta aquí para ofrecerle el trabajo que él tenía.

Barker asintió.

—Por supuesto. —Frunció el ceño—. No lo sé. O, para ser preciso, no conozco lo suficiente. ¿Dónde está ese lugar?

Hawks meditó un instante.

—Hasta que acepte la misión lo único que puedo revelarles es esto, nada más: se encuentra en la Luna.

—¿La Luna? ¿Así que tenemos naves pilotadas por hombres, y todo ese pánico acerca de los Sputniks es una tapadera? —Hawks guardó silencio; al cabo de un momento, Barker se encogió de hombros—. ¿De cuánto tiempo dispongo para tomar una decisión?

—De todo el que quiera. Sin embargo, a partir de mañana le pediré a Connington que me ponga en contacto con cualquier otro candidato.

—Así que tengo hasta mañana.

Hawks sacudió la cabeza.

—No creo que pueda disponer de alguno tan pronto. Él quiere que sea usted. No sé por qué.

Barker sonrió.

—Connie siempre está haciendo planes para la gente.

—No le toma usted muy en serio.

—¿Usted sí? En este mundo están la gente que actúa y la gente que intriga. Los que actúan logran que las cosas se hagan, y los intrigantes se llevan la gloria. Usted debe de estar al tanto de ello tan bien como yo. Un hombre no llega a la posición que ostenta usted sin entregar resultados. —Miró a Hawks comprensivamente y, por un instante, cálidamente—. ¿Lo ha hecho él?

—Connington también es vicepresidente de la Continental Electronics.

Barker escupió en la hierba.

—Reclutamiento de personal. Es un experto en sobornar a ingenieros para que abandonen a la competencia. Algo que cualquier patán puede hacer.

Hawks se encogió de hombros.

—¿Qué es él? —preguntó Barker—. ¿Una especie de hombre de confianza legitimado? ¿Una especie de charlatán con un puñado de tests psicológicos guardados en el bolsillo trasero del pantalón? Yo he sido tratado por los expertos, doctor, y son todos iguales. Etiquetan rápidamente como anormal lo que ellos son incapaces de hacer. Condenan a otros por lo que ellos se avergüenzan de querer hacer. Se protegen con uno de esos bonitos diplomas de ciencias sociales, y hablan con frases eruditas, y fingen que en realidad están haciendo algo valioso. Bien, pues yo también tengo un diploma, y conozco cómo es el mundo, y puedo darle a Connington espadas y bastos, doctor, espadas y bastos..., y, aun así, ganarle. ¿Dónde ha estado? ¿Qué ha visto? ¿Qué ha hecho? No es nada, Hawks..., nada, comparado con un hombre de verdad. —Los labios de Barker estaban tensos, mostrando unos dientes resplandecientes. La piel de su rostro estaba tirante alrededor de los rígidos músculos de la mandíbula—. Cree que se encuentra capacitado para planificar mis actos. Se dice a sí mismo: «Ahí hay otro imbécil al que puedo utilizar cada vez que lo desee, y desecharlo cuando ya no me haga falta». Sin embargo, las cosas no son así. ¿Querría que discutiéramos sobre arte, doctor? Occidental u oriental, el que prefiera. ¿O sobre música? Elija el

fragmento de cultura civilizada que le apetezca. La conozco toda. Soy un hombre completo, Hawks... —Barker se incorporó torpemente—. Un hombre mejor que todos los que conozco. Vamos a reunirnos con la dama.

Empezó a atravesar el jardín; Hawks se puso lentamente de pie y le siguió.

Claire alzó los ojos desde el trampolín y, placenteramente, levantó el cuerpo hasta quedar sentada. Echó los brazos hacia atrás, apoyándose, y dijo:

—¿Cómo ha salido?

—Oh, no te preocupes —le respondió Barker—. Serás la primera en saberlo.

Claire sonrió.

—Entonces, ¿aún no te has decidido? ¿Es que el trabajo no es lo suficientemente atractivo?

Hawks observó cómo Barker fruncía el ceño con irritación.

La puerta de la cocina se cerró al girar sobre su resorte, y Connington se rió entre dientes detrás de ellos. Ninguno le había oído atravesar el césped que separaba la casa de esta parte de la piscina.

Sostenía una copa en una mano y una botella parcialmente vacía en la otra. Tenía la cara roja y los ojos abiertos por el impacto de una gran cantidad de licor bebido en un breve período de tiempo.

—¿Vas a hacerlo, Al?

Instantáneamente, la boca de Barker mostró los dientes en una mueca de combate.

—¡Claro! —exclamó con una voz sorprendentemente desesperada—. No podría dejarlo pasar... ¡por nada del mundo!

Claire sonrió levemente para sí misma.

Hawks observó a los tres.

Connington volvió a reírse entre dientes.

—¿Qué otra cosa podrías haber dicho? —le rió a Barker. Extendió irónicamente el brazo—. He aquí un hombre famoso por las decisiones que toma en fracciones de segundo. Siempre las mismas. —Iba a descubrir el secreto. Estaba exponiendo la broma—. No lo entienden, ¿verdad? —les preguntó a los tres que había al borde de la piscina—. No ven las cosas como yo. Permitan que se lo explique.

»Un técnico, como usted, Hawks, ve a todo el mundo como causa y efecto. Y el mundo, explicado de esa forma, es consistente, así que, ¿para qué buscar más? Los hombres como tú, Barker, contemplan el mundo como algo que se mueve por las proezas de los hombres fuertes. Y la forma en que tú lo ves también funciona.

»Sin embargo, el mundo es grande. Complejo. Una respuesta parcial no puede aparentar ser una respuesta total y funcionar como tal durante mucho tiempo. Por ejemplo, Hawks puede verse a sí mismo como un hombre que manipula causas y produce los efectos que desea. Y tú, Barker, puedes pensar que, tanto tú como Hawks, sois superiores, una especie de tipo de superhombre. Hawks puede verte como un

factor específico para ser introducido en un entorno nuevo, de modo que Hawks pueda resolver ese nuevo entorno. Tú puedes verte como una figura indómita que lucha con lo desconocido. Y así continúa, una y otra vez; ¿quién tiene razón? ¿Los dos? Quizá. Quizá. Sin embargo, ¿podréis soportar estar en el mismo trabajo?

Connington volvió a reírse, con los tacones altos de sus botas clavados en el césped.

—Yo..., yo soy el hombre que selecciona el personal. No busco causas y efectos. No busco héroes. Explico el mundo de una forma completamente distinta. *La gente...*, de eso es de lo que sé. Y con ello basta. Los siento. Los conozco. Como un químico conoce valencias. Como un físico conoce las cargas de las partículas. Positiva, negativa. El peso atómico, el número atómico. Atracción, repulsión. Yo lo mezclo todo. Cojo a la gente y le busco un trabajo y a la otra gente que trabaje con ella. Cojo a un puñado de gente separada y la transformo, y de ella saco isótopos, de ella hago disolventes, reactivos, y también puedo conseguir explosivos cuando lo quiero. ¡Ése es mi mundo!

»A veces guardo a algunas personas..., las guardo para el trabajo adecuado, para conseguir la reacción correcta. Las guardo para la gente adecuada.

»Barker, Hawks..., ustedes van a ser mi obra maestra. Porque, así como no cabe duda de que Dios hizo las manzanitas verdes, les creó a ustedes dos para que se conocieran... Y yo, yo, les encontré, yo lo he hecho, les he *unido...*, y ahora ya ha concluido todo, y nada conseguirá separar jamás la masa crítica y, tarde o temprano, tendrá que estallar; entonces, ¿a quién vas a ir en busca de protección, Claire?

4

Hawks rompió el silencio. Alargó el brazo, le quitó a Connington la botella de las manos y la arrojó en dirección al risco. La botella voló por el aire y desapareció al otro lado del borde del precipicio. Entonces, Hawks se volvió hacia Barker y dijo:

—Hay unas pocas cosas más que debería contarle antes de que acepte definitivamente el trabajo.

El rostro de Barker estaba tenso. Miraba a Connington. Giró bruscamente la cabeza hacia Hawks y gruñó:

—¡He dicho que haría el maldito trabajo!

Claire tendió el brazo, cogió su mano e hizo que se sentara a su lado. Se adelantó

para besar la barbilla de Barker.

—Ése es el viejo luchador. —Comenzó a mordisquear la piel con leves trazos de barba, bajando poco a poco la boca por el cuello, dejando una hilera de ligeras marcas a espacios regulares: paréntesis húmedos, redondos y rojos por el lápiz de labios, que encerraban las marcas más profundas y de color rosado dejadas por sus colmillos en la carne de él—. Lo hará, Ed —murmuró por la comisura de los labios—. Por lo menos, lo intentará como el mejor hombre.

—¿No les *importa* a ninguno de los tres? —masculló Connington, moviendo la cabeza de un lado para otro—, ¿no me han *escuchado*?

—Le oímos, —repuso Hawks.

—Bueno, ¿y *qué* piensan? —les desafió Connington, incrédulo.

—Dígame una cosa, Connington —indicó Hawks—. ¿Nos dio esa breve charla con el fin de que nos detuviéramos ahora? ¿Cree que algo podría pararnos ahora que las cosas marchan como usted había esperado?

—Esperado no —corrigió Connington—. Planeado.

Hawks asintió.

—De acuerdo —aceptó con voz cansada—. Eso es lo que pensé. Lo único que usted deseaba era dar esa pequeña conferencia. Desearía que hubiera elegido otro momento.

Claire se rió entre dientes, un sonido creciente y plateado.

—¿No es una pena, Connie? Estabas tan seguro de que todos nos rendiríamos. Sin embargo, todo continúa igual que siempre. Sigues sin saber dónde tienes que empujar.

Connington retrocedió sin creérselo, con los brazos abiertos, como si quisiera unir de un golpe sus cabezas.

—¿Están ustedes tres *locos*? ¿Creen que me he inventado todo esto? *Escúchense* a sí mismos..., aunque afirmen que se trata de meras tonterías, cada uno de ustedes ha de decirlo a su manera. No pueden aislarse de sí mismos ni siquiera por un segundo; no importa lo que se hable, irán adonde sus pies les lleven..., ¿y se *ríen* de mí? ¿Se ríen de mí? —Giró bruscamente y gritó—: ¡Vayanse al infierno, los tres! ¡Adelante!

Atravesó la hierba corriendo torpemente en dirección a su coche.

Hawks contempló cómo se alejaba.

—No está en condiciones de conducir de regreso.

Barker sonrió con una mueca.

—Y no lo hará. Llorará hasta quedarse dormido unas horas en el interior del coche. Luego, entrará en la casa en busca del consuelo de Claire. —Con un movimiento cortante de su cabeza, que rompió la cadena de mordiscos, bajó la vista hacia ella— ¿No es así? ¿No hace siempre lo mismo?

Los labios de Claire se fruncieron.

—Yo no puedo evitar sus actos.

—¿No? —inquirió Barker—. ¿Es que acaso va detrás de mí?

Con un gruñido ronco y feroz, Claire contestó:

—Quizá ya te tiene. A mí nunca me ha tenido.

La mano de Barker cortó el aire, y Claire salió despedida hacia atrás, cubriéndose la mejilla. Luego sonrió.

—Solías hacerlo mejor. Mucho mejor. Sin embargo, no ha estado mal —admitió.

—Barker —intervino Hawks—. Quiero explicarle a lo que va a tener que enfrentarse.

—¡Dígamelo cuando llegue allí! —restalló Barker—. No pienso dar marcha atrás ahora.

—Tal vez, planteándotelo de esa forma, eso es lo que él quena que afirmaras, Al —señaló Claire, con una sonrisa hacia Hawks—. ¿Quién ha dicho que Connington es el único intrigante?

—¿Cuál es la manera más sencilla para que pueda regresar a la ciudad? —preguntó Hawks.

—Yo le llevaré —ofreció Barker con frialdad. Sus ojos se cerraron en los de Hawks—. Si no le da miedo intentarlo.

Claire emitió una risita baja y, de repente, frotó su mejilla a lo largo de la cadera de Barker. Lo hizo con un espasmo que recorrió todo su cuerpo, un movimiento ondulante, sinuoso. Alzó la vista hacia Hawks y le miró con ojos abiertos y húmedamente satisfechos, con los brazos rodeando la cintura de Barker.

—¿No es fabuloso? —le preguntó a Hawks con voz ronca—. ¿No es todo un hombre?

5

Barker trotó con movimientos rígidos en dirección al garaje y alzó las puertas de un tirón brusco, mientras Hawks le esperaba en el descansillo de los escalones de losas. Claire murmuró a sus espaldas:

—Mire cómo se mueve..., cómo realiza las cosas. Es como una máquina maravillosa hecha de agallas y nogal. No existe otro hombre como él, Ed..., ¡nadie es tan hombre como él!

Las fosas nasales de Hawks se dilataron.

Un motor cobró vida con brusquedad en el interior del garaje; luego apareció un coche deportivo bajo, ancho y con una carrocería casi cuadrada, envuelto en una tormenta de sonido.

—Éste es mi nuevo coche —gritó Barker detrás del volante.

Hawks lo rodeó, se acercó hasta el costado sin puerta del coche y se metió en el asiento del acompañante. Acomodó la parte baja de su espalda en el asiento metálico, no acolchado, que estaba torcido hacia la izquierda para dejarle más espacio al conductor. Todo el coche debía tener una altura máxima de unos setenta y cinco centímetros en la parte más elevada, que era donde se hallaba el salpicadero curvo.

—¡Aún no ha sido probado a fondo! —gritó Barker en el oído de Hawks.

Claire estaba allí de pie, observándoles con ojos brillantes. Connington, tumbado sobre el volante de su Cadillac, alzó su abotagado rostro y torció los labios en una mueca triste.

—¿Preparado? —gritó Barker, pisando el acelerador y retirando el pie derecho del pedal del freno hasta que sólo el borde de la suela del talón de sus zapatillas baratas lo mantuvo presionado—. No está asustado, ¿verdad? —Miró de forma penetrante el rostro de Hawks—. ¿Lo está?

Hawks alargó la mano y quitó la llave de la ignición.

—Ya veo —comentó con voz tranquila.

La mano de Barker salió disparada y aplastó su muñeca.

—Yo no soy Connington y eso no es una botella..., devuélvame esas llaves.

Hawks relajó los dedos hasta que las llaves estuvieron a punto de caerse. Adelantó su otro brazo y bloqueó la incómoda presa de la mano izquierda de Barker.

—Use la mano que aferra mi muñeca —dijo.

Lentamente, Barker cogió las llaves. Hawks salió del coche.

—¿Cómo piensa regresar a la ciudad? —le preguntó Claire mientras él dejaba atrás los escalones.

—De muchacho caminaba largas distancias —contestó Hawks—. Pero no con la intención de poner a prueba mi resistencia.

Claire se pasó la lengua por los labios.

—Nadie consigue nada de usted que valga la pena, ¿verdad? —inquirió.

Hawks dio media vuelta y echó a andar con paso regular hacia la pendiente del camino.

Apenas había puesto un pie en el sendero cuando Barker gritó algo forzado e ininteligible a sus espaldas y el coche volvió a la vida, pasando a toda velocidad a su lado. Barker miraba fijamente por encima del bajo parabrisas en el momento en que lanzó el coche a un lado. Levantando polvo y grava, con el motor rugiendo, el embrague pisado y las ruedas de atrás girando frenéticas, se deslizó pendiente abajo,

con el morro en dirección a la cara del risco. En el instante mismo en que el parachoques frontal izquierdo hubo pasado el ángulo del risco, Barker soltó el embrague. El lado derecho flotó durante un instante sobre el borde del precipicio. Luego, las ruedas traseras se afianzaron y el coche salió disparado por el primer ángulo del camino, perdiéndose de vista. Se produjo un momentáneo chirrido de frenos y un gran patinazo de las ruedas, que levantaron una nube de polvo.

Hawks bajó con paso regular por el camino, a través del turbulento remolino de polvo que le llegaba hasta las rodillas y que, poco a poco, se fue convirtiendo en dos humeantes surcos procedentes de las amplias guadañas que hendían la curva pronunciada del brusco ángulo del sendero. Barker miraba hacia el mar, sentado con las manos apretadas en el volante, su sudado rostro cubierto por un polvillo amarillo. El coche aparecía lleno de suciedad, y aún vibraba un poco al lado del buzón por la aceleración súbita, separado del océano únicamente por el camino de acceso a la casa. En el momento en que Hawks llegaba a su lado, Barker, sin mover la cabeza, anunció con claridad:

—Ésta ha sido la vez que lo he hecho más rápido.

Hawks se dirigió hacia el sendero y comenzó a atravesar el puente de madera.

—¿Piensa volver a la ciudad andando todo el camino? —gritó Barker con voz áspera—. ¡Gallina hijo de perra!

Hawks se volvió en redondo. Hizo marcha atrás y se detuvo con las manos apoyadas en el lado del acompañante y bajó los ojos para mirar a Barker.

—Le espero mañana, en la puerta de entrada, a las nueve en punto.

—¿Qué le hace pensar que estaré allí? ¿Qué le hace pensar que aceptaré órdenes de un hombre que no se atreve a realizar lo que yo hago? —Los ojos de Barker brillaban frustrados—. ¿Qué le ocurre a usted?

—Yo pertenezco a una clase de hombres. Usted a otra.

—¿Qué se supone que significa eso? —Barker comenzó a aporrear con la palma de una mano contra el volante. Lo que empezó como un golpeteo insistente se convirtió en una sacudida mecánica—. ¡No puedo *entenderle*!

—Usted es un suicida —explicó Hawks—. Yo soy un asesino. —Se volvió para marcharse—. Tendré que matarle una y otra vez de formas insospechadas. Lo único que anhelo es que, de verdad, ponga usted tanta pasión en ello como piensa que hará. A las nueve en punto de la mañana, Barker. Mencione mi nombre en la entrada. Le tendré preparado el pase.

Se alejó del coche.

—Sí —musitó Barker. Se incorporó sobre el asiento y le gritó a la espalda de Hawks—. Él tenía razón, ¿sabe? ¡Tenía razón! ¡Formamos una *gran* pareja!

Los destellos del sol danzaron sobre su rostro desde los despedazados reflejos de la botella de whisky que había al borde del camino. Su expresión cambió

bruscamente y puso el coche marcha atrás, subiendo por el camino con un chirrido de ruedas a la misma velocidad con la que un camaleón lanza su lengua, desapareciendo de la vista por el pronunciado ángulo del sendero.

DOS

Hawks llegó finalmente al almacén general que marcaba el cruce del camino arenoso y la carretera. Llevaba la chaqueta del traje sobre el brazo, y la camisa, que se había desabotonado en el cuello, estaba húmeda y pegada al delgado torso.

Se detuvo y echó una ojeada a la tienda, un edificio pequeño y de estructura vieja, con una falsa fachada cuadrada donde había apiladas a un lado montones de cajas de botellas de refresco vacías, maltratadas por la intemperie.

Se secó la cara con el borde de la mano, se quitó los zapatos y mantuvo el equilibrio como una garza, mientras, primero uno, luego el otro, volcaba la arena que se había acumulado en su interior. Luego se encaminó a la entrada de la tienda.

Miró más allá de los descascarillados surtidores de gasolina, a ambos lados de la carretera que ardía en la distancia, en cada oscilación ligera de su superficie, bajo los parpadeantes estanques de espejismos. Sólo pasaban coches particulares delante de él. El espejismo cercenaba sus ruedas mientras siseaban al introducirse en ellos y fundía los bordes de los guardabarros.

Hawks dio media vuelta, abrió la puerta, cuya floja mosquitera llevaba un sucio anuncio de pan entrelazado en la rejilla, y entró.

El interior estaba abarrotado de estanterías y alacenas que cubrían casi todos los centímetros cuadrados del espacio disponible y dejaban sólo unos pasillos estrechos. Miró a su alrededor, parpadeando una o dos veces; finalmente, cerró por completo los ojos y los volvió a abrir después de unos momentos con una mueca de impaciencia. Inspeccionó de nuevo la tienda, en esta ocasión con mirada fija. No había nadie. Una puerta angosta y blanca daba a un cuarto trasero del que no provenía ningún ruido. Hawks se abotonó de nuevo el cuello de la camisa y se subió la corbata.

Frunció el ceño y dio la vuelta para mirar la puerta que tenía detrás. Descubrió una campanilla suspendida del marco en un lugar en que la puerta principal tendría que haberla movido al cerrarse. Había sido apartada silenciosamente por la mosquitera más pequeña. Extendió el brazo y dobló la abrazadera hacia dentro. Su gesto no consiguió que la campanilla sonara; se quedó mirándola con expresión molesta. Tuvo la idea de rozar la campanilla; pero bajó la mano y echó otra vez un vistazo. Un número de coches pasó a ambos lados de la carretera en rápida sucesión.

Había depositado la chaqueta sobre la tapa de una nevera de Coca-Cola. La recogió, abrió la tapa y observó las botellas del interior. Todas eran de marcas locales, con un color naranja brillante y un rojo vidrioso, cubiertas hasta arriba de agua sucia. Algunas de ellas habían perdido las etiquetas de papel. Un trozo de hielo, modelado hasta convertirse en algo parecido a la cabeza de una rata gigante, flotaba en un rincón, manchado por el mismo tipo de sedimento que formaba posos en las botellas. Cerró de nuevo la tapa con un movimiento automáticamente controlado, y una vez

más no se produjo el suficiente ruido para que llegara hasta el cuarto trasero. Se quedó contemplando la nevera: cada uno de sus arañazos había sido invadido por la herrumbre. Respiró profundamente. Miró hacia la puerta del cuarto.

Sonó un ligero crujido de grava en el exterior cuando un coche se detuvo ante los surtidores de gasolina. Hawks escudriñó desde detrás de la mosquitera. Una muchacha que conducía un viejo coupé le devolvió la mirada a través del hueco de la ventanilla bajada.

Hawks se volvió hacia el cuarto trasero. No se oía ningún ruido. Dio un paso en esa dirección y, molesto, abrió la boca y volvió a cerrarla.

La portezuela del coche se abrió y se cerró suavemente cuando salió la muchacha. Se acercó hasta la mosquitera y espió el interior. Era bajita, con el cabello negro, las facciones pálidas y unos labios gruesos que, en ese momento, mientras se cubría los ojos con una mano, parecían un poco fruncidos por la indecisión. Miró directamente a Hawks, y éste se encogió a medias de hombros.

Abrió la puerta y sonó la campanilla. Entró y le dijo a Hawks:

—Quisiera un poco de gasolina.

Desde el fondo de la estancia se escuchó un movimiento repentino: un pesado crujir de muelles de cama y el arrastrar de unos pies que se acercaban. Hawks hizo un gesto vago en aquella dirección.

—Oh —comentó la muchacha. Observó las ropas de Hawks y emitió una sonrisa de disculpa—. Perdóneme. Creí que trabajaba usted aquí.

Hawks sacudió la cabeza.

Un hombre gordo y un poco calvo, vestido con una camiseta y unos pantalones color caqui, con los pies hinchados embutidos en unas zapatillas de playa y mechones de cabello sudado y de un gris sucio aplastados en remolinos contra la cabeza, salió del cuarto trasero. Se masajeó las arrugas de la almohada que habían quedado impresas en su rostro y dijo con voz áspera:

—Estaba dando una cabezada. —Recorrió rápidamente el espacio que separaba las manos de ellos del mostrador, no vio nada y musitó—: La gente podría robarme. —Carraspeó y se frotó el cuello. Dirigiéndose a ambos, preguntó—: ¿Qué desean?

—Este caballero estaba primero —indicó la muchacha.

El hombre escrutó a Hawks.

—¿Ha estado esperando? No oí que llamara nadie. —Miró con suspicacia el pliegue de la chaqueta de Hawks que colgaba de su brazo; luego echó una ojeada a los estantes—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Sólo quiero saber si pasa algún autobús que vaya a la ciudad.

—¿Y pensaba esperar hasta que yo apareciera? Suponga que hubiera venido un autobús mientras se encontraba aquí. Se habría sentido bastante estúpido, ¿verdad?

Hawks suspiró.

—¿Pasa algún autobús?

—Un montón, amigo. Pero ninguno se detiene para recoger pasajeros. Si viene de la ciudad, le dejan a usted donde quiera; sin embargo, no le recogen salvo que sea en una parada oficial. Son las reglas. ¿No tiene coche?

—No, no tengo. ¿A qué distancia se halla la parada más próxima?

—A unos dos kilómetros carretera abajo, por allí. —Hizo un gesto con la mano—. En la gasolinera *Henry's Friendly Service*.

Hawks se secó de nuevo el rostro.

—¿Por qué no le vende la gasolina a esta señorita mientras yo me lo pienso, en? —Sonrió fugazmente—. Puede registrarme cuando regrese.

El hombre se ruborizó. Sus ojos saltaron de Hawks a la puerta.

—¿Ha estado jo..., tonteando con la campanilla? Disculpe el lenguaje, señorita.

—Sí, la ajusté. Para que nadie pudiera entrar a hurtadillas sin que usted se diera cuenta.

—Tengo una escopeta recortada ahí atrás que le haría atravesar la pared —murmuró el hombre. Miró con ojos centelleantes a Hawks y, luego, giró la cabeza hacia la muchacha—. ¿Quiere un poco de gasolina, señorita? —Sonrió con una mueca—. La atiendo enseguida. —Se deslizó al lado de Hawks en dirección a la puerta; incómodo, mantuvo la mosquitera abierta para ella, sujetándola con un brazo blanco y fofo. Desde el umbral le dijo a Hawks—: Será mejor que decida lo que piensa hacer, amigo: caminar, autostop, comprar algo..., no dispongo de todo el día. —Le sonrió de nuevo a la muchacha—. Tengo que ocuparme aquí de la joven.

La muchacha le dirigió una forzada sonrisa a Hawks y dijo con voz suave, cuando pasó a su lado:

—Disculpe.

Cuando llegó a la puerta, rozó la cadera y el hombro izquierdo contra el marco para no tocar al propietario.

El hombre frunció los labios en un gesto como de escupitajo detrás de ella y, siguiéndola, miró con ojos apreciativos y depravados la falda y la blusa.

Hawks observó desde la ventana mientras ella regresaba al coche y pedía veinticinco litros de gasolina normal. El hombre sacó el inyector de la manguera del soporte y bajó la palanca del contador con un movimiento brusco del brazo. Permaneció ceñudo delante del coche, con las manos en los bolsillos, mientras el surtidor automático bombeaba gasolina en el depósito. Cuando la válvula de suministro automático se cerró, en el momento en que el contador estaba en el litro veinticuatro, el hombre arrancó de inmediato el goteante inyector y lo colocó de nuevo en el soporte. Arrugó el billete de cinco dólares que la muchacha le ofrecía por la ventanilla.

—Venga a la tienda a por su cambio —gruñó, alejándose.

Hawks aguardó mientras el hombre se inclinaba sobre el mostrador y hurgaba en una caja que había debajo. Entonces dijo:

—Yo le llevaré el cambio a la señorita. —El hombre se incorporó y le miró con furia, con el dinero estrujado en su puño. Hawks contempló a la muchacha, que tenía la mosquitera medio abierta y mostraba el rostro ligeramente tenso. Se dirigió a ella —. Le parece bien, ¿verdad?

Ella asintió.

—Sí —aceptó nerviosa.

El hombre metió el cambio en la palma de Hawks. Éste lo miró.

—¿Es que no es lo correcto por veinticinco litros, señor? —inquirió el hombre, con tono beligerante—. ¿Quiere echarle un vistazo y ver lo que pone en el maldito contador?

—No es lo correcto para cuatro décimas menos de veinticinco litros. Estuve observando.

Hawks siguió inmóvil delante del hombre, que de repente se volvió y rebuscó una vez más en la caja. Le dio a Hawks el resto del cambio.

—Viene aquí y provoca a un hombre en su misma tienda —musitó con aliento contenido—. Vamos..., largúese, usted no quiere comprar nada.

Dio media vuelta y se dirigió al cuarto trasero.

Hawks salió al exterior y le dio el cambio a la muchacha. Cuando la mosquitera se cerró tras él, la campanilla sonó. Sacudió la cabeza.

—Yo hice que se comportara así. Le irrité. Lamento que haya sido tan desagradable con usted.

La muchacha había traído con ella el monedero y estaba guardando el dinero.

—Usted no es responsable de lo que es él. —Sin alzar el rostro, ofreció con cierto esfuerzo—: ¿Necesita..., necesita que le lleven a la ciudad?

—Hasta la parada del autobús, sí, gracias. —Sonrió con gentileza cuando ella alzó los ojos—. Olvidé que ya no soy un muchacho. Empecé una marcha más larga de lo que creí.

—No tiene por qué justificarse ante mí —comentó la muchacha—. ¿Por qué cree que necesita un pasaporte para viajar con alguien?

Hawks se encogió de hombros.

—La gente parece quererlo. —Sacudió de nuevo la cabeza, un poco confundido—. ¿Por qué usted no?

La muchacha frunció el ceño y agitó los pies.

—Yo voy a la ciudad —repuso—. No tiene sentido que le deje en la parada del autobús.

Hawks tiró incómodo de la chaqueta que llevaba al brazo. Se la puso y se la abotonó.

—De acuerdo. —Un fragmento de sombra vertical apareció en su piel áspera, entre las cejas, y permaneció allí. Se alisó la chaqueta contra las costillas—. Gracias.

—Entonces vamos —anunció la muchacha.

Entraron en el coche y se metieron en la corriente de tráfico de la carretera.

Permanecieron sentados, rígidos, mientras el coche avanzaba, con las ruedas vibrando de modo regular sobre los rezumantes pliegues de cemento.

—No tengo aspecto para ligar —comentó la muchacha.

Hawks la miró; aún mostraba el ceño levemente fruncido.

—Es usted muy atractiva —dijo.

—¡Pero no soy fácil! Le ofrezco llevarlo porque supongo que lo necesita. —Las uñas color escarlata de sus manos cortas se cerraron sobre el plástico desgastado del volante.

—Ya lo sé —señaló él con tranquilidad—. Y tampoco pienso que lo esté haciendo por gratitud. Ese hombre no era nadie que usted misma no hubiera podido controlar. Lo único que hice fue ahorrarle el esfuerzo. No soy su galante caballero al rescate, y no he ganado su mano en mortal combate.

—Bien —corroboró ella.

—De nuevo estamos cayendo en la misma trampa —expuso él—. Ninguno de los dos sabe bien qué hacer. Hablamos en círculos. Si aquel hombre no hubiera aparecido, aún nos encontraríamos en la tienda, realizando una danza ritual el uno alrededor del otro.

Ella asintió con vehemencia.

—Oh, lo siento..., ¡pensé que trabajaba aquí! —se imitó a sí misma.

—No..., eh..., no lo hago—comentó él.

—Bien..., eh..., ¿hay alguien?

—No lo sé. ¿Cree que deberíamos llamar en voz alta o algo así...?

—¿Qué diríamos?

—«¡Eh, usted!».

—¿Y si golpeáramos con una moneda sobre el mostrador?

—Yo..., este..., sólo dispongo de un billete de a cinco.

—Bien, entonces... —Él dejó que su voz se perdiera en una imitación tensa de un murmullo azarado.

La muchacha golpeó impaciente con el pie sobre la madera del suelo.

—¡Sí, es *exactamente* así como habría sido! ¡Y ahora lo hacemos aquí en vez de en la tienda! ¿No *puede* cambiarlo?

Hawks respiró hondo.

—Me llamo Edward Hawks. Tengo cuarenta y dos años, soltero, graduado universitario. Trabajo para la Continental Electronics.

—Yo soy Elizabeth Cummings. Estoy empezando como diseñadora de moda.

Soltera. Tengo veinticinco años-dijo ella, volviendo el rostro para mirarle—. ¿Por qué iba caminando?

—Cuando era niño solía andar a menudo —contestó él—. Tenía muchas cosas en las que pensar. No lograba entender el mundo, y no cesaba de tratar de descubrir el secreto que me permitiera vivir satisfactoriamente en él. Si me quedaba en casa sentado en una silla para meditar, preocupaba a mis padres. Hubo momentos en los que pensaron que era pereza, y otros momentos en los que creyeron que había algo que no funcionaba en mí. Yo no sabía de qué se trataba. Si me marchaba a otra parte, debía contar con otras personas. De modo que decidí empezara caminar para estar solo conmigo mismo. Andaba kilómetros y kilómetros. Y nunca llegué a descubrir el secreto del mundo, o lo que no funcionaba en mí. Sin embargo, sentía que cada vez me aproximaba más y más. Entonces, cuando transcurrió el tiempo suficiente, poco a poco aprendí la forma para comportarme adecuadamente en el mundo tal y como yo lo percibía. —Sonrió—. Ésa es la razón por la que esta tarde iba caminando.

—¿Y adonde va ahora?

—De regreso al trabajo. Tengo que hacer algunas comprobaciones para un proyecto que comenzamos mañana. —Miró fugazmente a través de la ventanilla y, luego, volvió a observar a Elizabeth—. ¿Adonde va usted?

—Tengo un estudio en la parte baja de la ciudad. Yo también he de trabajar hasta tarde esta noche.

—¿Me dará su dirección y su teléfono para que pueda llamarla mañana?

—Sí —repuso ella—. ¿Mañana por la noche?

—Si puedo.

—No me formule preguntas si ya conoce las respuestas —dijo ella, mirándole—. No comente cosas intrascendentes sólo por pasar el tiempo.

—Entonces tendré muchas cosas que contarle.

Ella detuvo el coche delante de la puerta principal de la Continental Electronics para dejar que él bajara.

—Usted es el Edward Hawks —indicó.

—Y usted la Elizabeth Cummings.

Ella hizo un gesto señalando los edificios blancos.

—Ya sabe a lo que me refiero.

La miró con expresión seria.

—Yo soy el Edward Hawks que es importante para otro ser humano. Usted es la Elizabeth Cummings.

Ella alargó el brazo y le tocó la manga de la chaqueta cuando él abrió la portezuela del coche.

—Es demasiado calurosa para llevar en un día como éste.

Se detuvo al lado del coche, se abrió la chaqueta y se la quitó, para volver a

doblarla sobre el brazo. Luego sonrió, alzó la mano en un gesto dubitativo, se volvió y atravesó la puerta que un guardia le mantenía abierta.

TRES

1

A las nueve menos cuarto de la mañana siguiente, sonó el teléfono en el laboratorio. Sam Latourette se lo cogió al técnico que lo había cogido.

—Bien, si es así, no aceptes nada de lo que diga, Tom. Dile que espere. Se lo notificaré a Ed Hawks.

Colgó y cruzó el suelo sobre sus viejos zapatos hasta el lugar donde se encontraba Hawks con el equipo de la Marina sacando el traje que llevaría Barker.

El traje yacía abierto sobre su mesa larga y regulable como si fuera un langostino seccionado, de cuyos lados colgaban inyectores de aire desconectados, con sus juntas almenadas sobresaliendo de forma artrítica debido a los motores eléctricos y a los pistones hidráulicos que llevaban empotrados y que harían que se movieran. Hawks había conectado cables para comprobar el suministro de energía a las juntas; el traje se flexionó y se movió, con las perneras rozando con energía sobre la cubierta de plástico de la mesa, retorciendo el grupo de herramientas y pinzas al extremo de sus brazos. Uno de los hombres de la Marina extrajo un cilindro de aire comprimido y lo unió a los inyectores de aire. A un asentimiento de Hawks, el casco, cubierto de capas protectoras, con el yelmo atravesado por unas varillas de hierro entrecruzadas, siseó agudamente a través de las tomas, al tiempo que la superficie de la mesa gemía.

—Deja eso, Ed —comentó Sam Latourette—. Estos hombres pueden manejarlo perfectamente.

Hawks miró a los de la Marina, que habían alzado la vista hacia Latourette con ojos que parecían pedir disculpas.

—Ya lo sé, Sam.

—¿Vas a llevarlo tú? ¡Déjalo en paz! —estalló Latourette—. ¡Nunca hay nada que salga mal con el equipo!

—Quiero hacerlo —comentó Hawks con voz paciente—. A los muchachos, aquí... —señaló hacia los técnicos—, a los muchachos no les importa que juegue con su equipo Erector.

—Bueno, pues ese tal Barker se encuentra ya en la puerta. Dame su pase y yo

bajaré a buscarlo. Parece ser todo un premio.

—No, yo lo haré, Sam. —Hawks se apartó de la mesa y les hizo un gesto con la cabeza a los técnicos—. Está en perfecto estado. Gracias.

Dejó el laboratorio y subió con aire preocupado por las escaleras hasta la planta baja.

Una vez fuera, recorrió el sendero de asfalto negro cubierto por la neblina que conducía a la puerta, que apenas era visible a través de la punzante bruma. Miró su reloj de pulsera y sonrió fugazmente.

Barker había dejado el coche en el aparcamiento exterior y se hallaba de pie ante la pequeña entrada para los visitantes; miraba con ojos fríos al guardia que, en posición de firme, le ignoraba. Los pómulos de Barker estaban enrojecidos y llevaba la cazadora de popelín doblada sobre su antebrazo izquierdo, como si esperara comenzar de un momento a otro una lucha de cuchillos.

—Buenos días, doctor Hawks —saludó el guardia cuando Hawks llegó a su lado—. Este hombre ha estado intentando convencerme de que le dejara entrar sin un pase. También ha tratado de sonsacarme acerca de sus actividades aquí.

Hawks asintió y miró pensativo a Barker.

—No me sorprende. —Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta que llevaba debajo de la bata y le entregó el pase de la compañía y el papel del visto bueno de seguridad del FBI. El guardia se los llevó a su caseta para grabar los números en la hoja de entrada.

Barker miró con aire de desafío a Hawks.

—¿Qué hacen en este lugar? ¿Otro proyecto de bomba atómica?

—No tiene ninguna necesidad de sonsacar información —contestó Hawks con voz tranquila—. Y ningún sentido hacerlo con un hombre que no la posee. Me sentiría mucho mejor si no hubiera supuesto exactamente cómo iba a comportarse usted aquí. Gracias, Tom —dijo cuando el guardia salió y abrió la puerta. Se volvió de nuevo a Barker—. Siempre se le comunicara lo que necesite saber.

—A veces resulta mejor si se me permite a mí juzgar lo que necesito o no —observó Barker—. Pero... —Hizo una profunda inclinación de cintura—. A su servicio. —Se irguió y contempló las pesadas tuberías de medición que formaban el dintel de la puerta de acceso de la verja Ciclón. Agitó los fruncidos labios hasta formar una sonrisa—. Bien, *morüuri te salutamus*, doctor —comentó al entrar—. Reconocemos su status en el momento de nuestra muerte.

El rostro de Hawks exhibió una mueca.

—Yo también he leído algún que otro libro —dijo con calma, y dio media vuelta—. Póngase la identificación y venga conmigo.

Barker la cogió del guardia, que la sostenía con gesto paciente, y se la prendió al bolsillo de la camisa.

—Y, gracias, Tom —dijo por encima del hombro, acoplándose al paso de Hawks—. Claire no quería que viniera —comentó, al tiempo que ladeaba la cabeza para mirar de forma expresiva a Hawks—. Tiene miedo.

—¿De lo que yo pueda hacerle a usted o de lo que pueda ocurrirle a ella por el resultado? —inquirió Hawks, sin apartar los ojos de los edificios.

—No lo sé, doctor. —Había recelo en la tensión de Barker—. Sin embargo —añadió despacio, con voz dura y precisa—, yo soy el único otro hombre que ha llegado a asustarla.

Hawks guardó silencio. Prosiguió su camino de regreso al laboratorio; al cabo de un rato, Barker volvió a sonreír, breve y astutamente, y siguió con los ojos fijos sólo en el lugar hacia donde le llevaban sus pies.

Los escalones que bajaban al laboratorio desde la planta baja, donde se detenían los ascensores, estaban recubiertos de láminas de acero antideslizante. La pintura verde que recubría las láminas aparecía en buen estado en los bordes, y había desaparecido en la superficie donde habían sido embutidos los rombos antideslizantes. Más cerca del centro, los rombos se veían desgastados en los bordes que corrían en ángulo paralelo. En el mismo centro, una serie de soldaduras eléctricas habían sido superpuestas a mano sobre el liso y usado metal. Las pisadas de Hawks y de Barker resonaron de forma indistinta en la escalera de color gris de la marina.

—Arrastra a sus víctimas arriba y abajo en largas hileras encadenadas, ¿verdad? —comentó Barker.

—Me alegra descubrir que ha encontrado otro tema de conversación —respondió Hawks.

—Apuesto que han sido muchos los gritos agonizantes que han recorrido este túnel. ¿Qué hay más allá de esas puertas? ¿La cámara de tortura?

—El laboratorio. —Mantuvo abierta la puerta basculante—. Entre.

—Será un placer.

Barker irguió los hombros en perfecta simetría, se pasó la chaqueta doblada a la espalda y entró delante de Hawks. Dio unos cuantos pasos por el corredor principal que había entre las vitrinas que contenían los reguladores de voltaje instalados en serie y se llevó las manos a los bolsillos, deteniéndose para echar un vistazo. Hawks se paró a su lado.

Todas las luces de trabajo estaban activadas. Barker giró lentamente el torso y observó las galerías de equipo de modulación de señales y a los ayudantes efectuar chequeos de comprobación de los componentes.

—Están ocupados —dijo, mirando a los hombres de batas blancas que consultaban las hojas de comprobación que llevaban en sus manos, activando interruptores, dando entrada a los generadores de señales de los anaqueles de servicio que había encima de cada galería, desactivando, reajustando, volviendo a hacer

pruebas. Su mirada se posó sobre los estantes más cercanos de una serie acoplada de amplificadores diferenciales que había en el suelo del laboratorio—. Un montón de cableado. Me gusta eso. Las maravillas de la ciencia. Ese tipo de cosas.

—Forma parte de un hombre —explicó Hawks.

—¿Oh? —Barker enarcó una ceja. Sus ojos mostraban un destello burlón—. Enchufes, cables y pequeños artefactos de cerámica —desafió.

—Ya se lo dije —indicó Hawks con calma—. No tiene que intentar sonsacarnos información. Nosotros se la brindaremos. Eso forma parte de un hombre. El amplificador que hay al lado está pensado para que sea otra parte.

»Todo ese banco de amplificadores contiene la descripción electrónica exacta de un hombre: su estructura física, hasta la última partícula en movimiento del último átomo en la última molécula de la última célula que haya en la uña del dedo meñique del pie. Conoce, por lo tanto, el tiempo y el volumen de su reacción nerviosa, el alcance y la naturaleza de sus reflejos, la capacidad eléctrica de cada célula de su cerebro. Sabe todo lo que tiene que saber, de modo que pueda transmitirle a otra máquina la forma de construir un hombre.

»Da la casualidad de que es un hombre llamado Sam Latourette; sin embargo, podría ser cualquiera. Es nuestro hombre estándar. Cuando el escáner del transmisor de materia le convierta en una serie de flujos de electrones similar, la información sera transmitida a una cinta que es almacenada. También viene hasta aquí, para que podamos cotejar las diferencias entre usted y el modelo estándar. Ello nos brinda una doble comprobación cuando necesitamos una señal de modulación precisa. Es lo que vamos a hacer hoy. Tomaremos nuestra exploración inicial, de modo que tengamos una cinta de control y una lectura diferencial que podamos emplear en nuestra transmisión de mañana.

—¿Transmisión de qué?

—De usted.

—¿Adonde?

—Ya se lo he dicho. A la Luna.

—¿Así de sencillo? ¿Sin cohetes, sin cuenta atrás? ¿Sólo un montón de tubos chisporroteando, y *adelante*? Ya estoy en la Luna, como si fuera una radiofoto tridimensional. —Barker sonrió—. ¿No es grande la ciencia?

Hawks le miró inexpresivamente.

—Aquí no estamos librando ninguna contienda en la que deba probar su hombría, Barker. Realizamos un trabajo. No hace falta que mantenga su guardia en alto todo el tiempo.

—¿Reconocería una contienda si viera alguna, doctor?

Sam Latourette, que se les había acercado por detrás, gruñó:

—¡Cállese, Barker!

Barker se volvió con aire indiferente.

—Por Dios, hombre, no me he comido a su hijo.

—Está bien, Sam —intervino Hawks con paciencia—. Al Barker, éste es Sam Latourette. El doctor Samuel Latourette.

Barker dirigió la vista hacia los amplificadores y volvió a mirarle.

—Ya nos hemos conocido —le dijo a Latourette, tendiendo la mano.

—No resulta muy gracioso, Barker.

Barker bajó la mano.

—No soy un comediante de profesión. ¿Qué es usted..., la directora del internado?

—He estado leyendo el dossier que Personal ha enviado de usted —comentó Latourette con pesada persistencia—. Quería comprobar cuáles eran las posibilidades de que nos resultara de alguna ayuda aquí. Y también quiero que recuerde una cosa. —Latourette bajó la cabeza hasta que tuvo el cuello enterrado entre sus enormes hombros, y su rostro se vio ampliado por hileras paralelas de carne amarillenta que surgieron en densos pliegues a lo largo de las líneas de su mandíbula—. Cuando usted habla con el doctor Hawks, lo está haciendo con el único hombre en el mundo que pudo haber construido esto. —Abarcó con el gesto las galerías, las pasarelas, el banco de amplificadores y el inmenso transmisor de la pared más lejana—. Está hablándole a un hombre cuyo cerebro se encuentra tan alejado de la confusión, de lo que usted y yo pensamos como un error humano normal, como usted lo está de un chimpancé. Usted no se halla capacitado para juzgar su trabajo o hacer comentarios punzantes al respecto. Su pequeña personalidad retorcida no está a la altura de la preocupación de él. A usted se le ha contratado para que realice un trabajo aquí, igual que a todos nosotros. Si no puede llevarlo a cabo sin causarle más problemas de los que usted vale, largúese..., no añada más peso a su carga. Ya tiene más que suficiente. —Latourette miró con ojos intensos a Hawks—. Más que suficiente. — Adelantó los hombros. Sus brazos colgaban sueltos y alertas—. ¿Lo ha entendido?

La expresión de Barker fue atenta y fría mientras observaba a Latourette. Su peso se había apartado casi por completo de su pierna ortopédica; no obstante, no se apreciaba ninguna otra señal de tensión en él. Mantenía una calma mortal.

—Sam —intervino Hawks—, quiero que supervises las pruebas del receptor del laboratorio. Tiene que ser ahora mismo. Luego necesito una comprobación de los datos telemétricos de la torre de repetición y del receptor de la Luna. Tan pronto como los tengas, házmelo saber.

Barker contempló cómo Latourette daba media vuelta y se marchaba en silencio junto al banco de amplificadores en dirección a la plataforma de recepción. Allí, un grupo de técnicos realizaban análisis fluoroscópicos a una serie de objetos de prueba que les eran transmitidos por otro grupo.

—Venga conmigo, por favor —le dijo Hawks a Barker, y se encaminó despacio hacia la mesa en la que yacía el traje.

—Así que por aquí hablan de usted de esa forma —comentó Barker, que seguía mirando a uno y otro lado a medida que andaban—. No me extraña que se impaciente cuando se encuentra tratando con el gran mundo que hay ahí afuera.

—Barker, es importante que sólo se preocupe de lo que ha venido a hacer. Es algo totalmente alejado de la experiencia humana y, si ha de completarlo con éxito, existen una serie de cosas que ha de absorber. Tratemos de mantener las personalidades al margen de esto.

—¿Y qué me dice de su muchacho? ¿Latourette?

—Sam es un hombre excelente —repuso Hawks.

—Y ésa es su disculpa.

—Es la razón por la que se encuentra aquí. Normalmente, estaría en un sanatorio bajo sedación por el dolor que padece. Tiene un cáncer incurable. El año próximo estará muerto.

Habían dejado atrás la baja hilera de gabinetes interconectados de acero gris. La cabeza de Barker giró con un movimiento brusco.

—Oh —comentó—. Ésa es la causa por la que es el hombre estándar que tienen almacenado allí. Nada que le corrompa la carne. La vida eterna.

—Ningún hombre normal desea morir—repuso Hawks, posando la mano en el hombro de Barker y conduciéndole con suavidad hacia el traje. Los hombres del equipo de la Marina lanzaron miradas subrepticias a Barker, tras comprobar si alguno de sus compañeros les observaba en ese momento en particular—. De otro modo, el mundo se vería barrido por los suicidas.

2

Hawks no presentó a Barker al equipo. Al llegar al borde de la mesa, señaló el traje.

—Bien, esto es lo mejor que podemos hacer por usted en forma de protección. Se mete en el traje, sobre la mesa, y será introducido en el transmisor. Será transmitido a la Luna dentro de él... Una vez dentro, lo encontrará cómodo y muy maniobrable. Posee ayudas de energía que se activan por medio de diversas presiones que realiza su cuerpo. El traje responderá a todos sus movimientos. Me han dicho que es como si nadara. Dispone de una selección de todas las herramientas que sabemos que

necesitará, y unas cuantas más que creemos que pueden resultar de utilidad. Es algo que, siempre que pueda, nos tendrá que confirmar posteriormente. Es importante que se familiarice exhaustivamente con las operaciones del traje... La mayoría son automáticas; sin embargo, lo mejor es no dejar nada al azar. Ahora me gustaría que se metiera en él, para que el alférez y sus hombres puedan comprobar que no tendrá ninguna dificultad.

El oficial de la Marina a cargo del equipo de especialistas dio un paso al frente.

—Disculpe, doctor —dijo—. Tengo entendido que el voluntario tiene una extremidad protésica. —Se volvió a Barker—. Si es tan amable de quitarse los pantalones, señor.

Hawks sonrió, incómodo.

—Le sostendré la chaqueta —le comentó a Barker.

Barker miró a su alrededor. Gotas de frío sudor aparecieron en su frente. Le alcanzó la cazadora a Hawks sin mirarle, se desabrochó el cinturón y se quitó los pantalones. Permaneció con ellos aferrados en la mano, observó a Hawks, y luego los enrolló rápidamente y los depositó en el borde de la mesa.

—Ahora, si se introduce en el traje, señor, veremos los ajustes que son necesarios realizar. —El alférez le hizo un gesto a su equipo y los hombres rodearon a Barker, alzándolo y depositándolo de espaldas en el interior del traje abierto. Barker permaneció rígido, con la vista hacia arriba, y el alférez prosiguió—: Muévase, por favor..., queremos cerciorarnos de que sus músculos realizan un contacto firme con todos los puntos de presión de las placas del servomotor.

Barker comenzó a mover rígidamente el cuerpo.

—Sí, es lo que pensaba —anunció el alférez—. La extremidad ortopédica tendrá que ser modificada en la pantorrilla y en la articulación de la rodilla. Fidanzato... — Señaló a uno de sus hombres—. Tome las medidas de esos espacios y vaya al almacén de maquinaria. Quiero que se coloquen unas placas ahí. Lo siento, señor — se dirigió a Barker—, pero tendrá que dejar que mi hombre se lleve la pierna con él. No tardará mucho. Sampson..., ayúdele a quitarse la camisa de modo que pueda desabrocharse la sujeción del hombro.

Barker extrajo rápidamente los brazos del traje, aferró los bordes de la espalda y se ayudó a sentarse.

—Yo me quitaré mi propia camisa, hijo —dijo con voz áspera, pasándola por encima de la cabeza. Mientras Sampson desabrochaba la correa principal de la pierna, Barker miró con ojos torvos a Hawks y dio unos golpecitos con los dedos en el borde del blindaje del traje—. «¿Nuevos artificios, Mago?». —Pareció esperar una respuesta especial a eso.

Hawks frunció el ceño. La sonrisa de Barker se distorsionó con más ironía aún. Miró a su alrededor.

—Bueno, eso es un suspenso. ¿Alguien que quiera intentarlo? Quizá debiera atarme también una mano a la espalda, ¿eh?

El alférez, inseguro, le comentó a Hawks:

—Se trata de una cita de una obra de teatro, doctor.

Observó a Barker que, con solemnidad, se humedeció un dedo y trazó una X en el aire.

—Primer punto para el graduado de la NROTC.

Los otros hombres del equipo mantenían las cabezas bajas y proseguían con su trabajo.

—¿Qué clase de obra, alférez? —preguntó Hawks con voz tranquila.

—La leí en mi curso de Literatura Inglesa —repuso incómodo el alférez, ruborizándose cuando Barker le hizo un guiño—. Merlín el Mago ha construido una armadura invencible. Su intención primera era dársela a Sir Galahad; sin embargo, mientras la construía, las necesidades de la fórmula mágica le obligaron a adecuarla a las proporciones de Lancelot. Y aunque Lancelot había estado traicionando al Rey Arturo, y ese mismo día se batirían en el torneo, Merlín no podía dejar que la armadura no fuera usada. Así que llama a Lancelot a su taller, y lo primero que dice Lancelot cuando entra y ve la armadura mágica es: «¿Qué es esto... nuevos artificios, Mago?».

Barker le sonrió fugazmente al alférez y luego a Hawks.

—Tenía la esperanza de que reconocería el paralelismo, doctor. Después de todo, usted me indicó que había leído uno o dos libros.

—Ya veo —repuso Hawks. Observó con ojos pensativos a Barker; luego le preguntó al alférez—: ¿Cuál es la respuesta de Merlín?

—«Sí. Blindajes».

La boca de Barker se alzó jubilosa. Le dijo a Hawks:

—«¿Blindajes? Vaya, Filósofo, ¿te dedicas a la artesanía en tus años seniles? ¿Posas dedos torcidos en la lámina del trabajador de metales, y golpeas sobre la placa de Damasco para imitar el trabajo del heraldo?».

El alférez, mirando de forma incierta a Hawks y a Barker, citó:

—«Lo que he hecho no es asunto tuyo... Confórmate con saber que cuando un águila se inclina a hacer su nido, semejantes nidos son construidos sólo para que los habiten las águilas, o aquellos a quienes las águilas dan su consentimiento para morar allí».

Barker enarcó una ceja.

—«¿Y yo tengo el tuyo, viejo pájaro?».

—«Mi permiso y mi oración, destrozacabezas» —replicó el alférez.

—«No te caigo bien» —expuso Barker, mirando ceñudo a Hawks—. «Y seguro que Arturo no te ordenó que envolvieras este cuerpo sano y robusto más allá de todo

daño mortal. No, no este cuerpo... No es muy aficionado a mi bienestar, ¿eh?... Bien, ésa es otra cuestión. ¿Dices que esta armadura viene de ti? Entonces, ¿es segura, está entretejida con tus encantamientos? ¿Es maravillosamente resistente? ¿Para mí? Tal como dije al principio, yo no te caigo bien... Entonces, ¿a qué se debe esto? ¿Quién te lo ha ordenado?».

El alférez se pasó la lengua por los labios y miró con ansiedad a Hawks.

—¿Debo continuar, doctor?

Hawks le sonrió débilmente a Barker.

—Bueno, sí... veamos cómo termina. Si me gusta el resumen, quizá me compre el libro.

—Sí, señor.

Los hombres del alférez no habían alzado la vista. Sampson se afanaba, absorto con las hebillas de la correa del hombro.

—«Mi arte me lo ordena, Caballero. Tal como el tuyo te impulsa a ti, en señal de que el arte ama por completo a un hombre del mismo modo en que lo haría una mujer. Jamás una armadura como ésta ha montado un caballo. Nunca los ojos tan buenos de un artesano han medido con tanta precisión las articulaciones, ni trabajado con tanto cariño. Jamás los ojos de un diseñador se han unido con tanta ansiedad a las manos de un artificiero ni a la mente de un hacedor de máquinas, como las que se han reunido aquí para extraer de tu vigor esa fuerza vital que, a la larga, se llevará toda la gloria. Tómala, ¡maldito seas!, tómala, tú has conquistado más de lo que te correspondía, ¡y aún buscas mayores conquistas!».

—«Hay celos en ti, anciano» —afirmó Barker.

—«¡Desconoces las causas!».

—«¿Es que acaso estás al tanto de lo que mi mente silenciosa piensa? No seas tan arrogante, Mago. Es como tú has dicho..., yo también conozco lo que es ser dominado por el arte. Y tengo mi orgullo, como tú el tuyo. ¿Crees que me acarrearé gloria tomar con tu obsequio lo que bien podría conseguir sin él?».

—«¡Debes aceptarlo!».

—«¿O dónde quedaría tu magia? Sí..., ¿y qué es de mi arte, que ha de valerse del tuyo? Lo aceptaré, aunque dudo de mi decisión. ¿Tú garantizas su valía? ¿No fallará en algún campo, contra el embate de una lanza ajena a tus previsiones?».

—«Si fallara, entonces yo caería contigo, Caballero».

Con gesto impaciente, Barker apartó a Sampson y alzó la mano al lugar donde la estrecha banda de cuero le había marcado de forma permanente el hombro. La bajó y desabrochó la ancha correa que le atravesaba el estómago.

—«Entonces, no falles, heraldo» —musitó—. «Te lo ruego..., no falles».

Hawks miró con serenidad a Barker durante un momento. Luego se mojó un dedo y trazó una X en el aire.

—Primer punto para el hombre completo —dijo. Mientras pronunciaba esas palabras, un destello de dolor recorrió su rostro.

3

Fidanzato se marchó con la pierna de Barker. Un técnico se acercó a Hawks.

—Su secretaria al teléfono, Ed —comunicó—. Me pidió que le dijera que era urgente.

Hawks sacudió la cabeza para sí mismo.

—Gracias —aceptó distraídamente, y atravesó el laboratorio hasta una pequeña cabina aislada. Cogió la extensión del auricular—. Soy Hawks, Vivian. ¿De qué se trata..., una llamada de Tom Phillips? No, está bien..., la esperaba. La recibiré aquí. —Aguardó, con los ojos perdidos, hasta que la llamada del almirante fue transferida al laboratorio. El diafragma del auricular sonó otra vez—. Sí, Tom —dijo—. Oh, me encuentro bien. Sí. Hace calor en Washington, ¿verdad? No, aquí no. Sólo un poco de contaminación. Bien.

Permaneció a la escucha, sin mirar la pared vacía que tenía delante de él.

—Sí —repuso al fin con lentitud—. Bueno, pensé que el informe sobre Rogan tendría ese efecto. No, escucha..., hemos conseguido una nueva aproximación. Hemos descubierto a un hombre nuevo. Creo que funcionará a la perfección. No, mira..., quiero decir una *clase* nueva de hombre; me parece que con él tendremos una buena oportunidad. No, no..., escucha, ¿por qué no examinas su expediente? Al Barker. Sí, Barker. Debe de tener un impreso 201 de la Marina, procedente de los registros de la Oficina de Servicios Estratégicos. Y una autorización de seguridad del FBI. Sí. ¿Sabes?, la cuestión es que se trata de un organismo completamente distinto del tipo de muchacho agradable y decente de Rogan. Sí, los informes te lo mostrarán. ¿Qué te parece si mantienes una entrevista personal, si lo que necesitas es que convenza al Comité? No, ya sé que están molestos por Rogan y los demás; pero quizá, si tú...

Su mano izquierda libre jugueteaba ciega e insistentemente con uno de los botones de su bata.

—No, Tom..., piensa. Piensa, ahora... Mira, si se tratara sencillamente de un voluntario más, ¿qué objetivo creería yo que cumpliría? No, es diferente. Mira, si tú... De acuerdo, si no queda tiempo, no queda tiempo. ¿Cuándo van a reunirse de

nuevo? Bueno, pues me parece que queda el tiempo suficiente de vuelo entre ahora y pasado mañana. Podrías venir hasta aquí y... —Sacudió la cabeza a la pared y apoyó la palma de la mano contra su superficie—. De acuerdo. Sé que eres un hombre ocupado. De acuerdo, entonces; si estás de mi lado y no necesitas volar hasta aquí porque confías en mí, ¿por qué no confías en mí? Quiero decir que, si considero que la próxima transmisión funcionará, ¿por qué no aceptas mi palabra? —Escuchó, y dijo de malhumor—: Bien, maldita sea, si el Comité no tomará una decisión oficial hasta pasado mañana, ¿por qué no puedo continuar hasta que la tomen? Para ese entonces ya tendré un éxito en mi registro, esto marchará y... Mira..., ¿crees que perdería mi tiempo si no pensara que este hombre lo va a conseguir?

Suspiró y, luego, prosiguió con voz ronca:

—¡Mira, si pudiera *garantizar* cuáles van a ser los resultados, no necesitaría un programa de investigación! Tratemos de hacer esto paso a paso, ¡si es que vamos a hacerlo de una vez por todas! —Se pasó la mano por la cara, presionando con fuerza—. De acuerdo, hemos vuelto a lo mismo..., ¿de qué sirve discutir? Tú me has dado dinero, poder de decisión, equipo y todo lo demás porque se trata de mí; sin embargo, en la primera ocasión que tienes que aceptar mi palabra acerca de algo, nadie de los que están allí puede apartarse un momento de su maldito pánico el tiempo suficiente para meditar con quién están tratando. ¿Crees que hago todo esto sobre conjeturas?

Se pasó la lengua por los labios y escuchó con atención. Luego se relajó.

—De acuerdo entonces —repuso con una sonrisa glacial—. Te llamaré temprano pasado mañana y te daré a conocer los resultados. ¡Descuida, tendré en cuenta la diferencia horaria! De acuerdo. Y no, no..., no te preocupes —finalizó—. Lo haré lo mejor que pueda. Sí. Bueno, tú también, Tom. Ya te veré.

Colgó de un golpe el auricular y dio media vuelta; su rostro estaba tenso. Se miró las manos y se las metió en los bolsillos.

Sam Latourette había estado esperando que terminara. Se le acercó con expresión preocupada.

—¿Problemas, Ed?

Hawks sonrió con una mueca.

—Algunos. El intento de mañana ha de ser el bueno.

—¿De lo contrario? —preguntó incrédulo Latourette—. ¿Así de fácil? ¿Años de trabajo y millones de dólares tirados por el desagüe? ¿Están *locos*?

—No. No, son humanos, Sam. Para ellos, lo que en un principio pareció un dinero bien invertido comienza a convertirse en algo nefasto. Añadido a la pérdida de hombres. ¿Qué quieres que hagan? ¿Que continúen sintiéndose cómplices de unos asesinatos estúpidos? Además, después de todo..., no es que signifique que las transmisiones a la Luna representan el final del programa del transmisor.

El rostro de Latourette enrojeció.

—¡Vamos, Ed! Lo único que le hace falta al programa del transmisor es tener una mancha negra como ésta para que incluso la compañía lo deje. Lo reanudarán alguna vez, pero no de inmediato..., y sin ti. Lo sabes. Te alejarán y cerrarán esto hasta que se enfríe un poco. Ellos...

—Lo sé —corroboró Hawks—. Estoy demasiado impregnado por el olor a muerte. —Miró a su alrededor—. Sin embargo, no lo harán si mañana Barkernos da resultado. «El éxito lo tapa todo». Chaucer. Fuera de contexto. —Su rostro se convulsionó en una sonrisa torcida—. El nivel de cultura en este sitio está aumentando. —Movi6 los hombros, con el rostro aún deformado, como el de un niño poseído por una frustración insoportable que buscara el cuarto de juegos. Con voz muy tenue, exclamó—: ¡Sam, qué complicada y terrible es la mente humana!

Con la cabeza baja, empezó a caminar cruzando el suelo del laboratorio.

Latourette arañó torpemente el aire.

—¡No puedes *emplear* a Barker! ¡No te puedes permitir el lujo de verte involucrado con alguien tan salvaje e impredecible como él! Ed, *no funcionará...*, será demasiado.

Hawks se detuvo en seco, con las manos en los bolsillos y los ojos cerrados.

—¿No crees que funcione?

—¡Escucha, si tenemos que aguantarle día tras día, empeorará con el tiempo!

—Así que piensas que sí dará resultado. —Hawks se volvió y contempló a Latourette—. Temes que funcione.

Latourette mostraba una expresión asustada.

—Ed, no posee la suficiente delicadeza como para no hurgar en cada punto sensible que encuentre en ti. Y tú no eres la clase de hombre que le ignore. Empeorará progresivamente, y tú...

—Tú lo has dicho, Sam —comentó con suavidad Hawks.

Al cabo de un momento, envió a Latourette de regreso al transmisor, y una vez más emprendió la marcha a través del laboratorio en dirección a Barker.

Hawks se quedó contemplando cómo le colocaban de nuevo la pierna a Barker. Unos bultos de aluminio habían sido soldados al material del color de la carne.

—Barker —llamó finalmente, alzando los ojos a la cara del hombre.

—¿Sí, doctor?

—El tiempo nos acucia. Le agradecería que fuera ahora a que nuestro médico le hiciera un chequeo. Mientras tanto, todos los hombres que puedan ser relevados tomarán su almuerzo.

—Doctor, sabe muy bien que hace una semana me hicieron un chequeo para el seguro.

—Hace una semana —repitió Hawks, mirando el suelo—, no es hoy. Dígale al doctor Holiday que le pido que sea todo lo rápido que pueda sin dejar de ser

exhaustivo. Intente regresar aquí tan pronto como haya acabado. —Dio media vuelta—. Yo volveré en media hora.

Hawks esperó a solas en la antesala del despacho de Benton Cobey, contemplando pacientemente sus zapatos, durante veinte minutos. Finalmente, la secretaria le comunicó que podía pasar.

Cruzó la mullida alfombra, golpeó una vez en la lisa lámina de madera de caoba de la puerta de Cobey, la abrió y entró.

El presidente de la Continental estaba sentado detrás de un escritorio de madera de teca que brillaba con el barniz oscuro de su acabado a mano, casi tan negro como el carbón bituminoso. Cobey era un hombre pequeño, de aspecto agresivo, con una barbilla huidiza y un cráneo estrecho tan liso como un huevo. Su intenso bronceado tenía el toque de una lámpara de cuarzo, y los labios mostraban una ligera coloración azul debido a los primeros indicios de cianosis. El rostro dejaba ver la ligera crispación de una úlcera.

—Muy bien, Ed —comenzó sin preámbulos—. ¿De qué se trata?

Hawks tomó uno de los demasiado confortables sillones que había delante del escritorio y se sentó, arreglándose las rayas del pantalón.

—¿Hay de nuevo algo que funcione mal en el laboratorio? —inquirió Cobey.

—Se trata de un problema de personal —contestó Hawks, mirando por encima del hombro izquierdo de Cobey—. Y yo he de regresar al laboratorio a la una en punto.

—Háblalo con Connington.

—No sé si hoy ha venido. En cualquier caso, no es de su competencia. Lo que deseo es hacer que Ted Gersten sea mi ayudante en jefe. Está cualificado para ello; ha sido el segundo de Sam Latourette durante un año y medio. Puede realizar el trabajo de Sam. Sin embargo, necesito tu autorización para que comience mañana. Tenemos preparada una nueva emisión para entonces: las condiciones astronómicas ya han traspasado las condiciones óptimas; deseo que este mes realicemos todas las transmisiones posibles, y quiero que en ese momento Sam ya se encuentre al margen.

Su mano derecha, de forma inconsciente, se había dirigido al extremo de su corbata. Cogió la punta entre los dedos índice y corazón y empezó a jugar con la tela bajo el pulgar.

Cobey se reclinó en su asiento y entrelazó las manos. Sus nudillos adquirieron unas manchas rojizas.

—Seis meses atrás —dijo en voz baja—, cuando quise que enviaran a Latourette a casa, tú te inventaste esa historia de que lo necesitabas para que te ayudara a preparar el amplificador o algo así.

Hawks respiró hondo.

—La Hughes Aircraft requiere un ingeniero de proyectos para un programa de

investigación de corta duración para la Marina. Frank Waxted quiere que Sam esté al frente, siempre que pueda disponer de él. No tendrá dificultades para conseguirle el visto bueno provisional del departamento de personal.

Cobey se adelantó en su asiento.

—Waxted no te llamaría para hablarte de Sam si ya no tuviera la idea de que podía hacerse con sus servicios. Mira, Hawks —comentó Cobey—, te acepto un montón de cosas..., incluso más de lo que la Marina me obliga a tragar. No te engañes: si no respetara tu cerebro, tendría tu pellejo en el momento que lo quisiera, y rompería el contrato; yo aún seguiría aquí, lo mismo que la compañía, cuando todo este asunto de la Luna estuviera acabado y olvidado.

»¡No vayas merodeando a mi espalda! ¡No me hables de llamadas de Waxted cuando apostarías dólares contra centavos a que él aún no tiene ni idea del tema! Te lo advierto, Hawks.

—Estoy aquí —repuso Hawks—. Te estoy diciendo lo que deseo. He arreglado la situación de forma que sólo tengas que tomar una decisión de sí o no.

—Siempre he afirmado que realizas buenos trabajos. ¿De qué va *esto*, Hawks? ¿Por qué deseas ver fuera de tus manos a Latourette? —Los ojos de Cobey se entrecerraron—. Latourette ha sido tu sombra desde el momento en que llegó aquí. Si quiero que alguien me dé una conferencia de diez minutos sobre la marcha de la electrónica moderna, le pregunto a Latourette cómo te has sentido tú últimamente. ¿Qué sucede, Hawks..., tú y Sam os habéis peleado?

Hawks aún no había mirado a Cobey a los ojos desde el momento en que entrara en el despacho.

—Las relaciones entre la gente es algo bastante complejo. —Hawks habló lenta y meticulosamente, como si anticipara un bloqueo en la garganta—. La gente pierde el control de sus emociones. Cuanto más inteligentes son, más sutilmente lo hacen. Los hombres inteligentes se enorgullecen del control que ejercen sobre sí mismos. Llegan hasta extremos muy elaborados para ocultar sus impulsos: no del mundo, no son hipócritas..., de sí mismos. Encuentran bases racionales para sus actos emocionales, y presentan excusas lógicas para el desastre. Un hombre puede iniciar toda una serie de errores y llegar hasta el borde del abismo, y caer en él sin darse cuenta.

—Lo que quieres dar a entender es que tienes una especie de conflicto con Latourette. Él quiere hacer una cosa y tú deseas otra.

Hawks continuó de forma evasiva.

—La gente sometida a una tensión emocional siempre recurre a la violencia. La violencia no tiene por qué ser empuñar una pistola; puede tratarse de una equivocación de un lápiz en un gráfico, o una decisión menor que arruine todo un programa. Ningún supervisor está capacitado para controlar a sus ayudantes todo el tiempo. Si pudiera hacerlo, no le haría falta ninguna ayuda en el trabajo. Mientras

Latourette permanezca en su puesto, no sentiré que poseo el control de todo.

—¿Y debes tenerlo? ¿El control total?

—He de tenerlo.

—De modo que Latourette ha de marcharse. Así de fácil. Hace seis meses, tenía que estar aquí. Así de fácil también.

—Es el mejor hombre para el trabajo. Le conozco mucho mejor que a Gersten. Ésa es la razón por la que quiero a Gersten ahora... no ha sido mi amigo durante diez años como Sam.

Cobey se mordió el labio inferior y, lentamente, lo fue soltando sin relajar la presión de los dientes. Se inclinó hacia delante y golpeó sobre una carpeta de memorándums con el extremo de su pluma.

—¿Sabes, Hawks? —dijo—, esto no puede continuar así. Comenzó como un sencillo contrato de investigación de la Marina. Nosotros sólo éramos los proveedores del equipo, aunque fueras tú el que iniciara el trato. Entonces, el gobierno descubrió esa cosa en la Luna, y a partir de ahí surgieron todos los problemas. Y, de repente, ya no estamos trabajando en algo que nos permita transmitir a la gente allí, sino que estamos funcionando como una instalación ya establecida, jugando con la telepatía, con hombres que han muerto y otros que se han vuelto psicóticos, y tú estás metido en ello hasta las orejas.

»Llego a mi despacho una mañana, y me encuentro con una carta que me informa de que, súbitamente, tú eres comandante de la Marina y estás al mando de la operación y del mantenimiento de la instalación. Lo que quiere decir que te encuentras en una posición en la que nos puedes exigir, como oficial naval, cualquier equipo que tú, como uno de nuestros ingenieros, creas que requiere la instalación. La Junta Directiva no me explica la base de los fondos que nos han asignado. La Marina no me cuenta nada. Se supone que tú eres un empleado de la ConEl, y yo ni siquiera sé dónde termina tu autoridad..., lo único que conozco es que se está gastando el dinero de la ConEl hasta el día en que la Marina nos lo devuelva, siempre que el Congreso no recorte el presupuesto de las tres fuerzas y, bajo los términos del contrato de investigación, no puedan devolverlo..., lo cual, por todo lo que sé, ha sido contemplado en los términos de algún párrafo oscuro de las Leyes de la Defensa Nacional. La única certeza que tengo es que, si meto a la Continental muy hondo en los números rojos, de modo que no pueda salir ellos, los accionistas me harán el hombre más feliz del mundo.

Hawks guardó silencio.

—Tú no has establecido el sistema en el que yo tengo que trabajar —siguió Cobey—. Sin embargo, ten la seguridad que lo has explotado bien. No me atrevo a darte una orden directa. Tengo la maldita convicción de que no podría despedirte de inmediato ni aunque lo quisiera. No obstante, mi función es dirigir esta compañía. Si

tomo la decisión de que no puedo hacerlo contigo en ella, y yo no dispongo de la autoridad para despedirte, me veré *obligado* a pactar algún trato abyecto para obligarte a salir de aquí. Quizás hasta emplee ese bonito y breve discurso acerca de la violencia emocional. —Se volvió bruscamente y exclamó—: ¡*Mirame*, maldito seas! ¡*Eres tú* el que está causando estos problemas..., no yo!

Hawks se puso de pie y dio media vuelta. Caminó despacio hacia la puerta de Cobey.

—¿Puedo, o no puedo, dejar libre a Sam para que trabaje con Waxted y ascender a Gersten?

Cobey garabateó una nota en su agenda con punzantes golpes de su pluma.

—¡Sí!

Los hombros de Hawks se hundieron.

—De acuerdo entonces —dijo, y cerró la puerta tras él.

4

Cuando regresó al laboratorio, Barker ya se había puesto la primera de sus ropas interiores y estaba sentado en el borde de la mesa, alisándose la porosa seda sobre la piel, mientras el polvo de talco aparecía blanco por entre los brazaletes que llevaba en las muñecas y por encima del cuello. El traje interior era de color naranja; cuando Hawks se le acercó, Barker comentó:

—Parezco un acróbata de circo.

Hawks consultó su reloj de pulsera.

—Estaremos listos para la exploración en veinte minutos. Quiero encontrarme junto al equipo de transmisión de prueba en cinco. Preste atención a lo que voy a decirle.

—¿Ha tenido un mal almuerzo, doctor?

—Concentrémonos en nuestro trabajo. Quiero explicarle lo que se va a hacer con usted. Volveré más tarde para preguntarle si desea continuar, justo antes del comienzo.

—Es muy considerado.

—Es necesario. Ahora escuche: el transmisor de materia analiza la estructura de lo que sea que se le presente a sus escáners. Transforma ese análisis en una señal, que describe la estructura atómica exacta del objeto explorado. La señal es transmitida a

un receptor. Y, en el receptor, la señal es alimentada a una plataforma de resolución. Allí, la estructura atómica explorada es duplicada utilizando un suministro local de átomos: bastará con media tonelada de roca; posiblemente sobre. En otras palabras, lo que hará el transmisor de materia será despedazarlo y, luego, enviar un mensaje a un receptor en el que le comunica cómo volver a ensamblarlo.

»El proceso es indoloro y, en lo que concierne a su consciencia, instantáneo. Se realiza a la velocidad de la luz, y ni los impulsos electroquímicos que transmiten los mensajes por sus nervios y entre las células de su cerebro, ni las partículas individuales que constituyen sus átomos, o los átomos en sus movimientos individuales, viajan a esa velocidad.

»Antes de que exista la posibilidad de que sea consciente del dolor o de la disolución, y antes de que su estructura atómica tenga tiempo de apartarse de la línea trazada, le parecerá como si hubiera permanecido inmóvil y el universo se hubiera movido. De repente se encontrará en el receptor, como si algo omnipotente hubiera movido la mano, y el impulso eléctrico que era un pensamiento que corría entre sus células cerebrales completará el viaje de una forma tan suave que tendrá verdadera dificultad, durante un momento, en darse cuenta de que se había movido siquiera. No exagere, y quiero que lo recuerde. Será de gran importancia para usted.

»Otra cosa que debe recordar es que, en realidad, usted no habrá hecho el viaje. El Barker que aparezca en el receptor no poseerá un átomo en su cuerpo que sea un átomo de su cuerpo actual. Una fracción de segundo en el pasado, esos átomos formaban parte de una masa de material inorgánico situado cerca del receptor. El Barker que surja habrá sido creado por la manipulación de esos átomos..., quitándole partículas a algunos y añadiéndoselas a otros, como alguien que le robara a Pedro para pagarle a Pablo.

»No produce ninguna diferencia funcional, recuerde que es así en la teoría: el Barker que aparezca será un duplicado exacto del original. Se trata del cuerpo de Barker, completo con sus células cerebrales, que duplican la disposición y las capacidades eléctricas de las originales. Este nuevo Barker tendrá sus recuerdos intactos, e incluso el recuerdo a medio terminar del pensamiento que él tenía *acabará* mientras está ahí. Sin embargo, el Barker original ha desaparecido para siempre, y sus átomos habrán sido convertidos en la energía que impulsó al transmisor.

—En otras palabras —comentó Barker—, estaré muerto. —Se encogió de hombros—. Bueno, eso es lo que me prometió.

—No —corrigió Hawks—. No —repitió lentamente—, no es lo que le prometí. En teoría, el Barker que aparezca en el receptor no podrá ser distinguido en ningún aspecto del original. Tal como le expliqué al principio, a él le parecerá como si nada hubiera ocurrido. Cuando le ocurra a usted, le parecerá que es *usted* el que se encuentra allí. La comprensión de que en algún lugar, en un momento, hubo un

Barker que ya no existe, será puramente académica. Usted lo sabrá porque recordará lo que yo le estoy comunicando ahora. No lo sentirá.

»Tendrá un recuerdo claro de ser introducido en el traje y conducido al transmisor, de sentir la cámara del campo magnético al suspender el traje con usted en su interior, de las luces al apagarse y de descender al suelo de la cámara y darse cuenta de que debe hallarse en el receptor. No, Barker —finalizó Hawks, haciendo un gesto con la cabeza a los hombres del equipo, que se adelantaron con la ropa interior de algodón y el traje de presión elástico que Barker llevaría justo debajo de la armadura—. Cuando le mate, será de otras formas. Y usted podrá sentirlas.

Se marchó, dirigiéndose hasta el lugar en el que Sam Latourette comprobaba el transmisor, y alzó un brazo; sin embargo, se detuvo antes de rodearle los hombros.

—¿Cómo va todo, Sam? —preguntó.

Latourette volvió el rostro.

—Bien —repuso, despacio—; está transmitiendo los objetos de prueba a la perfección. —Indicó con la cabeza a un ayudante que acunaba entre los brazos a un mono anestesiado—. Y Jock ha pasado por el transmisor y ha salido a este receptor en cinco ocasiones. La exploración concuerda perfectamente con la cinta que grabamos en la primera emisión de hoy, y también dentro de las expectativas de pérdida con la cinta de ayer. Cada vez se ha tratado del mismo Jock de siempre.

—No podemos pedir más, ¿verdad? —comentó Hawks.

—No, no podemos —replicó de modo implacable Latourette—. Será igual con él —señaló con un movimiento brusco de la cabeza en dirección a la mesa—. No te preocupes.

—De acuerdo, Sam —suspiró Hawks—. Yo tampoco le propondría como miembro de ningún club de campo. —Miró a su alrededor—. ¿Se encuentra Ted Gersten junto con el equipo de recepción?

—Está arriba trabajando en una de las baterías de la señal de modulación. Es la única que no pasó la prueba. Ha ordenado que la desmantelaran. Ha dicho que la tendrá ensamblada esta noche, con tiempo suficiente para mañana.

Hawks frunció el ceño, pensativo.

—Será mejor que suba y hable con él. Creo que debería estar con nosotros cuando Barker vaya a ser explorado. —Dio media vuelta; luego, miró hacia atrás— Me gustaría que transmitieras a Jock una vez más. Para asegurarnos.

Los labios de Latourette se cerraron. Le hizo una señal al ayudante con el mono con un gesto circular del brazo.

Gersten era un hombre enjuto, de facciones correosas y profundas y redondas cuencas oculares, cuyos bordes sobresalían claramente bajo la tensa piel de su cara. Los labios anchos y delgados casi eran del mismo color que el rostro. Se retraían cuando hablaba, mostrando los dientes y dando una impresión de gran intensidad. En

contraste, su voz era suave, profunda y baja. Estaba de pie rascándose el cabello de una tonalidad gris acero, observando a los dos técnicos que se hallaban alzando un componente del chasis de la batería, que había sido sacado del equipo y depositado en el suelo de la galería.

Los cables del generador de señal de prueba colgaban del estante de servicio que había más arriba. Otras piezas del equipo de prueba se hallaban a los pies de los tres hombres. Mientras Hawks se acercaba desde la escalera que había en el extremo de la galería, Gersten se volvió y lo observó.

—Hola, Ed.

—Ted —asintió Hawks, y miró el trabajo que realizaban—. ¿Cuál es el problema?

—El distribuidor de voltaje. Ha cogido una especie de intermitencia. Funciona bien durante un rato; luego forma como un ovillo, y después vuelve a enderezarse.

—Oh. Por lo demás, Sam me ha comunicado que no hay problemas.

—Así es.

—Bien. Escuche, voy a necesitarle en el transmisor con Sam y conmigo en el momento en que exploremos al nuevo voluntario. ¿Quiere venir ahora?

Gersten miró a los dos técnicos.

—Claro. Los muchachos lo están haciendo bien.

Se apartó con cuidado de los instrumentos de prueba y bajó por la galería en dirección a la escalera al lado de Hawks.

Cuando se encontraron fuera del alcance de los oídos de los técnicos, Hawks comentó como al descuido:

—Puede que mañana tenga mucho que hacer, Ted. No tiene sentido que pierda tiempo en el ensamblado de cables esta noche cuando podría estar durmiendo. Solicite un nuevo distribuidor de la fábrica por medio de una entrega rápida por mensajero y envíeles el viejo. Deje que el dolor de *cabeza* sea de ellos. De cualquier manera, tendrá que realizar una serie de pruebas nuevas una vez más.

Gersten parpadeó.

—Supongo que eso se me hubiera debido ocurrir a mí. —Contempló a Hawks—. Sí. Así debió haber sido. —Se detuvo y añadió—: Enseguida estoy con usted, Ed.

Dio media vuelta y regresó a donde estaban los técnicos.

Hawks descendió por la escalera de hierro, y los tacones de sus zapatos resonaron con pisadas suaves y regulares. Atravesó de nuevo el laboratorio hasta donde Latourette observaba los instrumentos que había encima de la consola de la cinta de un gabinete de color gris conectado a un ordenador, llamando esporádicamente al técnico de ordenadores para que le leyera las cifras. El mono se hallaba una vez más en brazos del ayudante, agitándose soñoliento contra su pecho a medida que el efecto de la anestesia se diluía.

Hawks contempló en silencio mientras Latourette cotejaba las lecturas grabadas con los datos que le suministraba un técnico del equipo de recepción, que estaba operando otro ordenador de servicio.

—De acuerdo, Bill —dijo Latourette, dando media vuelta—. Pero ahora activemos las dos muestras para realizar la comparación. Hazme saber si algo no marcha bien.

El técnico asintió.

—Bueno —le comunicó Latourette a Hawks—, hasta donde he podido ver por la comprobación superficial, tu amigo Barker aún tiene un equipo a su espalda que funciona al cien por ciento. —Miró al mono—. Y, por cierto, Jock muestra un aspecto saludable. —Giró hacia él—. ¿Dónde se encuentra Gersten?

—Bajaré ahora mismo. —Hawks alzó la vista a las galerías—. Me gustaría conocer mejor a Gersten. Es un hombre difícil de entender. Nunca muestra más de lo necesario. Es bastante arduo acomodarte a un hombre de esas características.

Latourette le miró de modo peculiar.

5

Barker estaba tendido sobre la mesa, envuelto en su traje blindado, con el visor abierto. Miró con calma a Hawks cuando éste se inclinó sobre él.

—¿Todo bien? —preguntó Hawks.

—Perfecto.

La voz de Barker produjo ecos en el casco y salió distorsionada a través de la estrecha abertura. Los tubos de aire estaban enroscados sobre su estómago.

El alférez, que estaba al lado de Hawks, dijo:

—Parece encontrarse bastante cómodo. No creo que haya ningún problema de claustrofobia. Claro que no lo sabremos hasta que cerremos el visor y le bombeemos aire durante un rato.

—Hijo —comentó Hawks—, he buceado más metros en mi vida de los que tú has caminado.

—Esto apenas puede compararse con el buceo, señor.

Hawks se adelantó al campo de visión que había entre el rostro de Barker y el del alférez.

—Barker —le recordó—, le dije que iba a darle la oportunidad de que pudiera

retirarse en el último momento si así lo deseaba.

—Me gusta la forma en que lo ha expresado, doctor.

—Debería ser obvia la razón por la que tenemos todos estos aparatos de control —insistió Hawks—. La fidelidad del proceso de resolución depende de la claridad de la señal que llega al receptor.

Incluso el haz más compacto que podamos enviar a la Luna va a recoger una cierta cantidad de ruido. De modo que lo alimentamos desde el transmisor que hay aquí hasta el banco de amplificadores, comprobando la señal con las lecturas que recogemos en la primera exploración.

»Claro que siempre existe una variación entre la cinta archivada y la señal. Con cada transmisión almacenamos una nueva cinta; sin embargo, se sigue produciendo un vacío de tiempo entre la última cinta y la siguiente transmisión del mismo objeto. Ésa es la razón por la que almacenamos un modelo estándar, junto con una tabla estadística del grado probable de variación cada ciertos períodos de tiempo. Al establecer analogías toscas en los amplificadores, y al introducir los factores estadísticos adecuados, somos capaces de crear una cierta medida de control.

—Espero que crea que entiendo lo que me está explicando, Hawks.

—Espero que lo intente. Ahora bien, cuando ya hemos hecho todo eso, disponemos de toda la precisión que podemos obtener. En ese punto, la señal es pulsada hacia la luna, y no sólo una vez, sino en repetidas ocasiones. Otro banco de amplificadores diferenciales instalado allí compara cada fragmento de información de cada pulsación de señal con todos los fragmentos de las señales que ha recibido. Rechaza todo aquello que difiera de la mayoría de sus duplicados. Tenemos la certeza de que cualquier error creado por el ruido de transmisión es descartado en el proceso.

»Lo que vamos a iniciar hoy será su exploración por primera vez. Nueve décimas partes de nuestro equipo de control no sirve para nada hasta que no disponga de lecturas de exploración con las que poder trabajar. De modo que, en esta primera ocasión, usted se confía por completo a nuestra capacidad como ingenieros electrónicos y a mi habilidad como diseñador. No puedo garantizar que el Al Barker que aparezca en el receptor del laboratorio sea el mismo hombre que es usted ahora. Uno puede poner a prueba un componente electrónico hasta quedar agotado, y éste te puede fallar en el momento más crítico. El mismo proceso de comprobación lo puede haber debilitado lo suficiente. Y el propio escáner representa un alejamiento importante de las técnicas electrónicas habituales de donde se extrae una amplia base de las teorías conocidas. Yo sé cómo funciona. Sin embargo, existen lugares en los que todavía desconozco el porqué. Ha de darse cuenta... de que, una vez está en marcha la exploración, no podremos corregir ningún error que el equipo pueda estar cometiendo. Estamos ciegos. *No sabemos* qué parte de la señal describe qué parte del hombre. Puede que jamás lleguemos a saberlo.

»Cuando Thomas Edison habló en el cuerno de su reproductor de sonido, la vibración de su voz en el diafragma puso en funcionamiento una aguja unida a ese diafragma, y trazó un surco variable en el cilindro giratorio de cera. Cuando lo reprodujo, sonó “Mary tenía un corderito”. Pero, en ese punto, Edison quedó bloqueado. Si la aguja se salía, o la cera tenía un fallo, o el mecanismo de arrastre del cilindro variaba la velocidad, surgía algo totalmente distinto..., una emisión ininteligible de ruido.

»No había nada que Edison pudiera hacer al respecto. No disponía de forma alguna de saber qué surco formaba la canción y cuál el ruido. No poseía la técnica para coger una aguja en su mano y, simplemente, reproducir un cilindro para que interpretara “Mary tenía un corderito”. Lo único que podía hacer era comprobar su reproductor para que no hubiera un fallo mecánico y comenzar de nuevo: con su voz, el cuerno y el diafragma. No tenía ningún otro modo de realizarlo. Y, por supuesto, no necesitaba otro. No existe un gasto particularmente grande en decir «Mary tenía un corderito» una y otra vez, las que haga falta, hasta conseguir una reproducción perfecta.

»Y si Daguerre, al experimentar con los comienzos de la fotografía, descubría una placa con una exposición excesiva o insuficiente, o que tenía algunas manchas debido a unos productos químicos en mal estado o a una lente defectuosa, normalmente podía intentarlo otra vez. Poca importancia tenía que, esporádicamente, una fotografía se perdiera, ya que la única forma de salvarla habría sido conocer algo que los expertos en fotografía empiezan a descubrir hoy.

»Pero nosotros no podemos hacerlo, Barker. Usted no es “Mary tenía un corderito”. Como tampoco es algo de luz y sombra, que pueda ser preservado o perdido sin ningún daño crítico para su fuente. —Hawks sonrió con una triste timidez—. Un hombre es un Fénix, que ha de renacer de sus propias cenizas, ya que no existe nadie igual a él en todo el universo. Si el viento dispersa las cenizas en una torpe parodia, entonces el Fénix estará muerto para siempre. Nada que nosotros conozcamos podrá traerle a usted de vuelta.

»Quiero que me entienda: el Al Barker que reconstruyamos será casi con toda seguridad usted. Las probabilidades estadísticas se hallan a su favor. Sin embargo, el escáner es incapaz de discriminar. Se trata sólo de una máquina. Un fonógrafo no conoce lo que interpreta. Una cámara fotografía todo lo que se le ponga por delante. No puede insertar lo que no está ahí, y no omitirá la mancha de lápiz de labios de su cuello. Pero, si por alguna razón la película hubiera perdido su sensibilidad para captar el rojo, lo que aparezca en ella no se parecerá en nada a una mancha de carmín..., puede que ni siquiera se parezca a nada. ¿Comprende lo que intento decirle? El equipo está montado todo lo bien que puede estarlo. Una vez que tengamos nuestro negativo, conseguimos unas reproducciones perfectas. No obstante,

lo que buscamos ahora es el negativo.

Barker preguntó con ligereza:

—¿Han tenido alguna vez un problema, doctor?

—Si lo tuvimos, no lo sabemos. Hasta donde podemos afirmar, nuestras exploraciones preliminares siempre han sido perfectas. Por lo menos, los objetos y los organismos vivos con los que hemos tratado han funcionado exactamente como lo hicieron siempre. Sin embargo, un hombre es algo tan complicado, Barker. Un hombre es tan superior a su tosca estructura física. Ha pasado toda su vida pensando..., llenando su cerebro con las insignificancias almacenadas que recuerda y que vuelve a conectar cada vez que piensa. Su cuerpo únicamente es la concha en la que vive. Su cerebro es sólo un complejo de recuerdos almacenados. Su mente..., su mente es lo que él hace con esos recuerdos. No existe otra igual. En un cierto sentido, un hombre es su propia creación.

»Si lo cambiáramos en un nivel trascendente que pudiera ser cotejado con lo que fuera que tuviéramos grabado de su vida, podríamos detectar ese cambio. Pero es improbable que nos apartemos tanto del original. Mucho más seria es la posibilidad de que exista un error suficiente como para producir alteraciones sutiles que nadie pueda rastrear..., y, menos que nadie, usted, ya que no dispondrá de los datos para comparar. ¿Su primer cuaderno del colegio estaba forrado de color azul o rojo? Si lo recuerda como rojo, ¿quién podrá encontrarlo ahora para verificarlo?

—¿Acaso importa? —Barker se encogió de hombros y el traje crujió sobre la mesa—. Lo que me preocuparía es que el duplicado estuviera tan estropeado que muriera, o que se convirtiera en un monstruo que necesitara morir.

—Bueno —comentó Hawks, pasándose la mano por la cara—, eso no es probable que ocurra. No obstante, si así lo desea, preocúpese por ello. Su preocupación depende por completo del lugar en el que trace la línea de las cosas que son importantes para usted. Ha de decidir cuánto de usted mismo puede ser modificado antes de considerarse muerto.

Barker le dirigió una sonrisa gélida. Miró alrededor del borde de la abertura del visor que le envolvía.

—Ya estoy metido en esto, doctor. Usted sabe malditamente bien que no me arrugaré. Jamás lo habría hecho. Sin embargo, también sabe que no me ha facilitado el camino.

—Tiene razón, Barker-asintió Hawks—. Y ésta es sólo una forma en la que podría matarle. Existen otros modos que son seguros. Tuve que hablarle así ahora porque necesito a un hombre como usted para lo que más tarde se le hará.

—Le deseo mucha suerte, doctor —dijo Barker.

Los hombres que vistieron a Barker habían cerrado el visor y conectado los conductos de aire con los tanques empotrados en la placa dorsal de la armadura. Un

técnico realizó una prueba de radio y activó su receptor al altavoz principal montado sobre la puerta del transmisor. El sonido de la respiración de Barker por la unidad telefónica de baja potencia del traje comenzó a sisear con regularidad en el laboratorio.

—Vamos a introducirle ahora, Barker-le anunció Hawks a través de su micrófono.

—Entendido, doctor.

—Cuando esté dentro, activaremos los electromagnetos de la cámara. Quedará suspendido en el aire, y retiraremos la mesa. No será capaz de moverse, y no lo intente..., quemaría los motores del traje. Sentirá como si diera un salto de unos centímetros en el aire, y su traje se extenderá de forma rígida. Ello se deberá a los campos magnéticos laterales. Experimentará otra sacudida cuando cerremos la puerta de la cámara y los imanes de todo el recinto entren en funcionamiento.

—Le escucho alto y claro.

—Simularemos las condiciones de la emisión a la Luna. Quiero que se familiarice con ellas. Así que apagaremos las luces de la cámara. A través de sus conductos de aire recibirá un ligero componente de formalina que embotará sus receptores olfativos.

—Oh.

—El siguiente paso será activar el proceso de exploración. Ese interruptor tiene un retraso de treinta segundos; el mismo impulso activará primero ciertas funciones automáticas del traje. Como puede ver, hacemos todo lo posible para eliminar el factor de error humano.

—Ya veo.

—Un anestésico general será introducido en su circulación de aire. Embotará su sistema nervioso sin hacer que pierda por completo el conocimiento. Abotargará por completo los receptores de la temperatura y de presión de su piel. Será expulsado en el momento que usted cobre resolución en el receptor. Todo rastro de anestesia se desvanecerá cinco minutos después de que usted aparezca.

—Comprendido.

—Muy bien. Por último, voy a desconectar el micrófono. A menos que haya una emergencia, no volveré a conectarlo. A partir de este momento, mi interruptor controla los dos auriculares servoactivados de su casco. Notará que los auriculares se introducen en sus oídos; quiero que mueva la *cabeza* todo lo que sea necesario para permitirles que se asienten bien. No le dañarán, y saldrán en el instante en que yo deba, si surgiera la ocasión, darle instrucciones de emergencia. Su micrófono permanecerá activado, y nosotros podremos escucharle en caso de que usted necesitara ayuda; sin embargo, usted no podrá oírse a sí mismo. Todo esto es imprescindible en las emisiones a la Luna.

»Descubrirá que, una vez que sus percepciones estén abotagadas o dormidas,

comenzará pronto a dudar de que se encuentra vivo.

No dispondrá de ningún modo de probarse a sí mismo de que se halla expuesto a cualquier estímulo exterior. Empezará a preguntarse si sigue teniendo una mente. Si esta condición durara el tiempo suficiente, entrará en un pánico incontrolable. El tiempo requerido para ello varía según las personas. Si el suyo excede los pocos minutos que estará hoy en el traje, con ello bastará. Si resulta que es inferior, nosotros escucharemos sus gritos y yo empezaré a hablar con usted.

—Eso será un gran alivio.

—Lo será.

—¿Algo más, doctor?

—No.

Le hizo un ademán al equipo de la Marina, y los hombres comenzaron a deslizar la mesa al interior de la cámara.

—Quiero decirle algo al alférez —comentó Barker.

—De acuerdo.

El oficial se acercó al campo de visión del visor de Barker. Con los labios hizo la mímica de la pregunta: «¿Qué?».

—Mi nombre es Barker, hijo. Barker. No soy otro conejillo de indias para que lo encerréis en una lata de hojalata. ¿Tú tienes un nombre, hijo?

El alférez, con las mejillas rojas, asintió.

—Asegúrate de dármele cuando salga de todo esto, ¿eh?

Fidanzato, que empujaba el pie de la mesa, se rió entre dientes.

Hawks miró a su alrededor. Latourette se encontraba ante la consola de control del transmisor.

—Observe a Sam —le dijo Hawks a Gersten de pie a su lado—, y recuerde todo lo que él haga. Intente no perder detalle alguno.

Los ojos de Hawks no se habían vuelto hacia Gersten; su mirada se había dirigido directamente a Weston, que se encontraba apoyado sobre un gabinete de amplificadores, con los brazos y los pies cruzados; luego observó a Holiday, el médico, de pie y en tensión, con el estómago contra la consola médica de control remoto.

—De acuerdo —gruñó Gersten.

Los ojos de Hawks parpadearon con frustración.

La luz verde que había sobre la puerta del transmisor aún seguía encendida; sin embargo, la puerta se hallaba cerrada y de ella salía el cable que alimentaba de energía a los componentes del escáner. La cámara del receptor estaba sellada. El siseo de la respiración de Barker, tranquila, aunque ganando en velocidad, brotaba del altavoz.

—Sam, dame energía de prueba —pidió Hawks.

Latourette presionó un botón de la consola, y Hawks observó a los técnicos arracimados alrededor de la entrada del banco de amplificadores. Había un carrete nuevo de cinta en la consola de salida, con el extremo enroscado alrededor de los rodillos de freno y la cabeza grabadora y terminando en el carrete de recepción. Petwill, el ingeniero que habían contratado de la Electronic Associates, le hizo un gesto de asentimiento a Hawks.

—Sam, dame energía de funcionamiento —dijo Hawks—. Actívala.

Las luces que había encima de las puertas del transmisor y del receptor saltaron del verde al rojo. La respiración de Barker cayó casi en el silencio.

Hawks observó el reloj montado en la superficie del transmisor. Treinta segundos después de que pidiera la energía, la cinta de canales múltiples comenzó a rechinar al pasar bajo la cabeza grabadora, una bobina borrosa y rugiente. Un disco de color marrón comenzó a crecer alrededor del eje del carrete vacío a una fantástica velocidad. La luz verde sobre la puerta del receptor estalló a la vida. También apareció encima de la puerta del transmisor.

Los frenos se cerraron sobre la consola de la cinta. El carrete de recepción se hallaba lleno en sus tres cuartas partes. La respiración breve de Barker jadeó a través del altavoz.

Hawks apoyó la mano sobre la parte inclinada de su cuello y la frotó contra el músculo tenso que descendía hasta su hombro.

—Doctor Holiday, cuando esté dispuesto a disminuir la anestesia...

Holiday asintió. Giró el control de reducción del control remoto, que estaba conectado al tanque de gas anestésico en el traje blindado de Barker.

La respiración de Barker se hizo más fuerte. Aún seguía deslizándose a la frontera del pánico; sin embargo, todavía no había comenzado a farfullar en el micrófono.

—¿Cómo le suena a usted, Weston? —preguntó Hawks.

El psicólogo escuchó con atención.

—Lo está haciendo bastante bien. Y parece como una respiración de miedo, no de dolor.

Hawks cambió la dirección de los ojos.

—¿Usted qué opina, doctor Holiday?

El hombre pequeño asintió.

—Oigamos cómo se comporta con un poco de gas. —Llevó las manos de nuevo a los controles.

Hawks oprimió el interruptor de su micrófono.

—Barker —llamó con suavidad.

La respiración en el altavoz se hizo más fuerte y tranquila.

—Barker.

—Sí, doctor —repuso la voz irritada de Barker—. ¿Qué le ocurre?

—Doctor Hawks —comentó Holiday desde la consola—, ya se encuentra en anestesia cero.

Hawks asintió.

—Barker, se halla usted en el receptor. Recobrará el conocimiento total casi de inmediato. ¿Siente algún dolor?

—¡No! —restalló Barker—. ¿Ya han terminado de jugar?

—Ahora voy a encender las luces de la cámara. ¿Puede verlas?

—¡Sí!

—¿Puede sentir todo su cuerpo?

—Perfectamente, doctor. ¿Puede sentir usted todo el suyo?

—Muy bien, Barker. Ahora vamos a sacarle de la cámara.

El equipo de la Marina comenzó a empujar la mesa hacia el receptor al tiempo que Latourette cortaba los imanes de delante y de atrás y los técnicos empezaban a abrir la puerta de la cámara. Weston y Holiday se adelantaron para comenzar el examen de Barker tan pronto como se hallara fuera del traje.

—Asegúrese de comunicarle su nombre —le dijo Hawks con voz tranquila al alférez mientras se dirigía a la consola de control—. Muy bien, Sam —comentó cuando vio que la mesa se deslizaba debajo de la armadura de Barker y se alzaba sobre sus patas hidráulicas hasta establecer contacto con el traje—. Puedes empezar a disminuir la potencia de los imanes primarios.

—¿Crees que está bien? —inquirió Latourette.

—Dejaré que me lo garanticen Weston y Holiday. Ciertamente, sonó tan funcional como siempre.

—Eso no indica gran cosa —gruñó Latourette.

—Es... —Hawks respiró hondo y volvió a empezar con suavidad—. Es lo que necesito para hacer el trabajo. —Pasó el brazo alrededor de los hombros de Latourette—. Vamos, Sam, demos un paseo —dijo—. Dispondremos de los informes preliminares de Weston y de Holiday en un minuto. Ted puede comenzar a preparar la emisión de mañana.

—Quiero hacerlo yo.

—No... No, deja que él se haga cargo del asunto. Está bien. Y..., y tú y yo podremos subir y salir un poco al sol. Hay algo que he de decirte.

CUATRO

Hawks estaba sentado con la espalda apoyada en el ángulo del sofá en el estudio de Elizabeth Cummings. Sostenía blandamente la copa de brandy con ambas manos y observaba el cielo nocturno a través del cristal que había detrás de ella. Ella estaba sentada en un sillón situado debajo de la ventana con el perfil hacia él, los brazos alrededor de las rodillas levantadas.

—En mi primera semana en la escuela primaria —le contó él—, tuve que elegir. ¿Fuiste al colegio aquí en la ciudad?

—Sí.

—Yo fui a la escuela en un pueblo muy pequeño. La escuela estaba bastante bien: había cuatro aulas para menos de setenta alumnos. Sin embargo, sólo teníamos tres maestros, incluyendo al director, y cada uno de ellos enseñaba en los tres cursos, contando también con pre-primaria. Lo cual significaba que dos tercios de cada día yo no podía contar con mis maestros. Estaban enseñando a los otros dos cursos cosas que yo sabía ya o no se suponía que debía conocer. Entonces, cuando fui a la escuela secundaria, de repente descubrí que tenía un maestro para *cada asignatura*. Al final de la primera semana, la directora de esa escuela y yo nos encontramos por casualidad en el patio. Ella había leído mis tests de inteligencia y todas esas cosas, y me preguntó si me gustaba la escuela secundaria. Yo le contesté que me lo estaba pasando muy bien. —Hawks sonrió, mirando su copa de brandy—. Entonces se irguió mucho y su rostro cobró una expresión pétrea. “¡No has venido aquí a divertirme!”, me dijo, y se marchó.

»De modo que se me planteó una elección. Después de esas palabras, o tomaba mis deberes del colegio como un castigo, y descubriría la forma de evitarlo, o podía *fingir* tomármelo todo en serio y aprovechar las ventajas que te brinda la simulación. Mi elección se planteaba entre una actitud honesta y deshonestas. Me decidí por la deshonestidad. Me volví muy serio, y asistía a clase con una cartera llena de libros y apuntes. Formulaba preguntas serias y analizaba mis deberes, incluso aquellos temas que me aburrían. Me convertí en un estudiante modelo. Al cabo de poco tiempo, eso *fue* un castigo. Pero me lo había impuesto yo mismo, y acepté las consecuencias de mi deshonestidad. —Bebió un sorbo de brandy—. A veces me pregunto qué habría sido de mí si hubiera elegido continuar como en la escuela primaria..., preguntándole a mis profesores todo aquello que me interesaba, mientras dejaba que todo lo demás me resbalara, al tiempo que disfrutaba de mi educación. —Miró a su alrededor—. Es un estudio muy bonito el que tienes, Elizabeth. Me alegra que pudiera conocerlo. Quería ver dónde trabajabas..., qué hacías.

—Por favor, sigue hablándome de ti —comentó ella desde la ventana.

—En la escuela secundaria sólo tuve que tomar otra decisión —continuó él al

cabo de un rato, en el que simplemente permaneció sentado contemplándola—. Fue durante el tercer año, y estaba a punto de dar mi primera asignatura de ciencias. Física. El profesor de física del colegio durante mi segundo año había sido un excelente profesor, un tal Hazlet. Sus alumnos casi adoraban el suelo que pisaba. Por entonces, yo había empezado a pensar que la respuesta a mi vida eran las ciencias.

»Cuando me presenté a clase el primer día de mi tercer año, me sentía lleno de ansiedad. Había leído muchas novelas acerca de la superciencia y de la gente competente que realizaba cosas competentes con ella, y supongo que esperaba más de lo que incluso Hazlet habría podido introducir en una clase de física de la escuela secundaria.

»Sin embargo, Hazlet no estaba. No sé lo que le ocurrió..., supongo que se fue a trabajar para el gobierno o, más probablemente, se cambió a una escuela con un presupuesto mayor. Fuera lo que fuese, la dirección de la escuela tuvo que reemplazarlo. Tenían a una profesora en su nómina, una profesora graduada en la universidad y todo eso, con todos los diplomas necesarios, que había sido contratada para enseñar español. Era una dama muy gentil del sur, una tal señorita Cramer, con unos huesos pequeños y delicados y facciones muy pálidas. Su piel era casi transparente, y siempre parecía que se quedaba sin aliento. Mientras yo estaba en segundo curso, como ya he dicho, había intentado enseñar gramática española a un puñado de niños que iban con petos remendados y zapatos de granja. Así como todo el mundo en la escuela conocía a Hazlet, también todo el mundo sabía qué lado del escritorio de la señorita Cramer tenía el control de la clase.

»De modo que al año siguiente, cuando entré en el laboratorio de física, descubrí que a la señorita Cramer se le había dado un curso de verano sobre la enseñanza de la física y se le había adjudicado el puesto de Hazlet. No funcionó muy bien. Disponía de todo tipo de guías para maestros, y de la ayuda de los manuales de física que explicaban las fórmulas y los problemas clásicos. Supongo que cada noche, cuando regresaba a casa, intentaba memorizar las respuestas del día siguiente. Pero, simplemente, no funcionó..., descubrió que, cuando trataba de desarrollar un problema en la pizarra del mejor modo que ella sabía, el resultado no coincidía con la respuesta que había memorizado. Así que borraba su solución y escribía la del manual, diciéndonos que aunque ella no había podido sacar bien las ecuaciones, ésa era la solución correcta, y que debíamos memorizarla. Cuando nos ponía un examen, jamás había problemas de cálculo. Sencillamente planteaban el problema y dejaban un espacio en blanco para la respuesta correcta.

»Incluso con ese camino de aproximación, era incapaz de meter tanto en su mente cada noche para abarcar todo el terreno necesario. Por ejemplo, nunca aprendió que el símbolo químico del mercurio no era Mk. No resultaba gracioso; era patético. Y, siempre que algo iba mal, estallaba en una furia muy femenina; a veces lloraba

sentada a su escritorio. Espero que haya encontrado un trabajo en algún lugar..., al año siguiente no regresó.

»Sin embargo, yo tuve que elegir. Tuve que decidir si me unía a la clase en mirar por la ventana y reírme a hurtadillas de la señorita Cramer, o concentrarme cada día en la clase, ignorando todo lo demás (se trataba de hacer caso omiso de todo o ponerme a llorar yo mismo), y dedicarme a recorrer la biblioteca en busca de textos de ciencia para enseñarme a mí mismo. Ello significaba apartarme del sendero que los otros individuos de la clase estaban tomando, al tiempo que veía cómo se perdían. Tuve la elección de permanecer con mis semejantes, o de apartarme de ellos, sabiendo que yo estaba nadando mientras ellos se ahogaban.

»Elegí salvarme. Después de un tiempo, comencé a razonar que si había algún físico latente entre ellos, reemprenderían el camino en la universidad. Traté de ayudar a algunos con los deberes, hasta que me di cuenta de que habían perdido el interés en comprender el por qué las respuestas eran las que eran. Si de verdad querían vivir, me dije a mí mismo, encontrarían la energía para nadar. Si ninguno nadaba, significaba que nadie de ellos tenía madera de científico. —Sonrió, con los ojos apagados—. La vida y la ciencia, de niño, parece que han sido de igual importancia para mí. Casi lo mismo.

—¿Y ahora? —inquirió Elizabeth.

—Ya no soy un niño. Ya no estamos en mil novecientos treinta y dos.

—¿Ésa es tu respuesta?

—Puedo decir lo mismo con más palabras. Tengo un trabajo que ha de ser realizado por mí, ya que fui yo el que lo hizo. Ahora no puedo dar marcha atrás y cambiar al niño del que crecí. Puedo verlo; veo sus errores al igual que sus decisiones acertadas. Sin embargo, yo soy el hombre que creció de esos errores al tiempo que de las decisiones que un adulto aprobaría. He de seguir con lo que soy. No hay nada más que pueda hacer..., no puedo juzgarme eternamente. Un trozo de carbón no puede modificar su estructura. Es un diamante o un pedazo de carbón..., y ni siquiera sabe lo que es el carbón o los diamantes. Otros deben juzgarlo.

Permanecieron sentados un rato largo, en silencio: Hawks con la copa de brandy vacía depositada en la mesita de café, al lado de sus piernas extendidas, y Elizabeth observándole desde la ventana, con el rostro apoyado sobre las rodillas levantadas.

—¿En qué pensabas ahora? —le preguntó ella cuando él volvió a moverse y miró su reloj de pulsera—. ¿En tu trabajo?

—¿Ahora? —Sonrió desde mucha distancia—. No..., pensaba en otra cosa. Pensaba en cómo se toman las placas de rayos X.

—¿Y qué ocurre?

Él sacudió la cabeza.

—Es complicado. Cuando un médico le saca unas radiografías a un hombre

enfermo, consigue una impresión que le muestra las manchas en sus pulmones, o el calcio en sus arterias, o el tumor en su cerebro. Pero, para curar a un hombre, no puede sacar unas tijeras y cortar las manchas de la radiografía. Lo que debe hacer es abrir con el bisturí al hombre y, antes de poder realizar la operación, ha de decidir si el bisturí puede llegar hasta la enfermedad sin dañar alguna parte de éste. Tiene que decidir si el bisturí posee el suficiente filo como para arrancar el tumor maligno del tejido sano, o si el hombre reproducirá su enfermedad de los restos que queden detrás... si tendrá que ser operado una y otra vez. Cortar la radiografía no hace nada. Lo único que logra es dejar un agujero en el celuloide. Y, aunque hubiera un modo de arreglar los rayos X para que no fotografiaran el tumor maligno, y aunque existiera alguna forma de hacer que la radiografía cobrara vida, ésta aún tendría un agujero en el lugar donde había estado el mal, como si un cirujano la hubiera atacado con su bisturí. Moriría por la herida.

»De modo que lo que haría falta sería una película de rayos X cuyos ingredientes químicos no sólo no reprodujeran el tumor maligno, sino que reprodujeran el tejido sano, que nunca han visto, en su lugar. Se necesitaría una cámara que pudiera modificar de forma inteligente los granos de plata de la película. ¿Quién podría construir semejante cámara? ¿Cómo voy a hacerlo, Elizabeth? ¿Cómo voy a construir ese tipo de máquina?

Ella le acarició la mano en la puerta. Los dedos de él se estremecieron profundamente.

—Por favor, llámame tan pronto como puedas —dijo ella.

—No sé cuándo será eso —respondió él—. Este..., este proyecto en el que estoy metido, si funciona, va a ocuparme mucho tiempo.

—Llámame cuando puedas. Si no estoy aquí, me encontrarás en casa.

—Llamaré —susurró él—. Buenas noches, Elizabeth.

Apretó la mano contra el costado de su pierna. El brazo comenzó a temblarle. Dio media vuelta antes de que ella pudiera acariciarle de nuevo, y bajó con rapidez las escaleras del estudio hasta su coche: los ecos de sus pisadas resonaron torpemente.

CINCO

1

A la mañana siguiente, Hawks estaba sentado en su despacho cuando Barker llamó a la puerta y entró.

—El guardia de la entrada me dijo que viniera a verle aquí —comentó. Sus ojos midieron el rostro de Hawks—. ¿Ha decidido despedirme o algo así?

Hawks negó con la cabeza. Cerró la tapa de la carpeta que estaba estudiando y, con un gesto de la mano, le indicó la silla que tenía delante.

—Siéntese, por favor. Tiene mucho en lo que pensar antes de ir al laboratorio.

—Por supuesto. —La expresión de Barker se relajó. Atravesó la parte del suelo no alfombrada con un sonoro ruido de los tacones de sus botas—. De paso, doctor, buenos días —añadió, dejándose caer en la silla y cruzando las piernas. La placa que le habían colocado en la pierna ortopédica sobresalía bastante debajo de la tensa tela del pantalón en su rodilla.

—Buenos días —contestó Hawks de forma escueta. Abrió la carpeta y extrajo un cuadrado grande de papel doblado. Lo empujó sobre el escritorio en dirección a Barker.

Sin mirarlo, Barker dijo:

—Claire quiere saber qué está ocurriendo.

—¿Se lo ha dicho?

—¿Es que el FBI me calificó de tonto?

—No en los aspectos que les importan a ellos.

—Espero que ésa sea su respuesta. Lo único que pretendía era informarle de un hecho que supongo que puede interesarle. —Sonrió sin ninguna alegría—. Me costó el sueño de esta noche.

—¿Podrá dedicar cinco minutos de máximo esfuerzo físico esta tarde?

—Se lo comunicaría si no pudiera.

—De acuerdo entonces. De lo único de que dispondrá es de cinco minutos. Ahora..., éste es el lugar al que iré. —Señaló en el mapa—. Ésta es la región explorada de la cara oculta de la Luna.

Barker frunció el ceño y se inclinó hacia delante, observando las líneas bien

trazadas y el rectángulo de territorio rodeado por unas zonas marcadas ligeramente con las palabras: «No se dispone de información exacta».

—Una zona bastante irregular —dijo. Alzó la vista—: ¿Ha sido explorada?

—Un estudio topográfico. La Marina dispone de un puesto localizado... —apoyó el dedo en un cuadrado ínfimo— ahí. Justo por encima del disco visible en máxima oscilación. Aquí... —señaló un círculo levemente impreciso a una distancia de medio centímetro-es a donde irá usted.

Barker enarcó una ceja.

—¿Qué dicen los rusos al respecto?

—Todo este mapa —explicó Hawks con paciencia— abarca setenta kilómetros cuadrados. La instalación naval, y el lugar al que irá usted, se encuentran englobados en una zona de setecientos metros cuadrados. Prácticamente, son las únicas formaciones visibles desde el aire. Las otras son el receptor de materia situado al lado de la estación naval y la torre de repetición cerca de la cara visible. Están camufladas..., todas menos el lugar al que irá usted, que no se puede ocultar. Sin embargo, las radiofotos del cohete circunlunar ruso del mes pasado abarcan una zona de, por lo menos, diez millones de kilómetros cuadrados de superficie lunar. ¿Podría usted ver a una mosca en la fachada de la torre de televisión del edificio del Empire State? ¿A través de unos binoculares sucios?

—Sólo si estuviera a su lado.

—Los rusos no lo están. Creemos que disponen de una instalación robot de telemetría en algún lugar de la cara visible y, según nuestros cálculos, enviarán hombres allí el año próximo. Aún no la hemos localizado; pero las predicciones estadísticas sitúan su base a unos diez mil kilómetros circulares de nuestra instalación. Yo no creo que debamos preocuparnos de pedirle permiso a alguien para continuar con nuestro programa. Sin importar la situación, nosotros estamos allí, y ése es el emplazamiento al que irá usted hoy... Ahora deje que le explique cómo sucedió todo esto.

Barker se reclinó de nuevo en su silla, cruzó los brazos y enarcó las cejas.

—Me encanta su actitud de maestro —murmuró—. ¿Ha pensado alguna vez en seguir una carrera en la enseñanza, doctor?

Hawks le miró.

—No puedo dejar que muera usted en la ignorancia —repuso finalmente—. Usted..., usted es libre de marcharse de este despacho cuando quiera y dar por finalizado su trabajo aquí. Connington envió su contrato y su cláusula de marcha a la compañía esta mañana. Si ha leído su contrato, recordará la cláusula que le permite cancelarlo en cualquier momento.

—Oh, me quedaré, doctor —replicó Barker con ligereza.

—Gracias.

—De nada.

—Barker, no me lo está poniendo nada fácil, ¿verdad?

—Para mis cánones, no lo está haciendo muy bien, doctor.

La mano derecha de Hawks hurgó en el montón de carpetas al tiempo que las miraba.

—Tiene razón. La misericordia sólo es una invención cultural reciente del hombre —comentó, con un tono extremadamente preciso—. Dedicuémonos al trabajo. A principios de este año, las Fuerzas Aéreas consiguieron una fotografía radiada de un cohete que intentaba situarse en órbita lunar. El cohete se acercó demasiado y chocó en algún lugar más allá de la cara visible. Por un accidente afortunado, esa fotografía única nos mostró esto. —Tomó una lustrosa ampliación de veinte por veinticinco de la carpeta y se la pasó a Barker—. Como puede ver, está casi toda ella difuminada y estriada por los errores de transmisión del aparato de radiofoto del cohete. Sin embargo, esta zona, de la cual se puede ver una parte en esta esquina, aquí, no es una formación natural.

Barker la observó con el ceño fruncido.

—¿Es lo mismo que me mostró en aquella fotografía con un plano terrestre?

—Pero aquélla fue tomada mucho después. Lo único que mostraba ésa es que había algo en la Luna cuyo alcance y naturaleza no eran determinados por la fotografía, pero que no se parecía a ninguna característica terrestre o lunar que el ser humano conociera. Desde entonces, hemos medido su extensión de la mejor manera a nuestro alcance, y podemos afirmar que mide unos cien metros de diámetro por veinte de alto, con irregularidades y características amorfas que no estamos capacitados para describir con exactitud. Aún sabemos muy poco acerca de su naturaleza...; sin embargo, eso se encuentra más allá del punto inmediato. Cuando se descubrió, al gobierno le pareció importante estudiarla. Se había tenido la creencia de que la cara oculta de la Luna no mostraría nada sorprendentemente distinto de la cara visible. Teniendo en cuenta el desigual estado de la astronáutica rusa y americana, quedaba claro que si no actuábamos con rapidez los rusos dispondrían de todas las posibilidades de realizar un descubrimiento de primera magnitud cuya naturaleza desconocemos, pero cuya importancia puede ser capital..., quizás, incluso, decisiva, por lo menos en lo que al control de la Luna se refiere.

Hawks se frotó los ojos.

—Por casualidad —prosiguió Hawks con voz suave—, la Marina había firmado un contrato de desarrollo unos años atrás con la Continental Electronics, asegurando mi trabajo con el escáner de materia. Para la época en la que se tomó la fotografía de la Luna desde el cohete, el sistema experimental que usted ha visto en el laboratorio ya había sido construido y, a pesar de lo tosco de su diseño, había llegado al punto en el que transmitiría de forma consistente a un voluntario desde el transmisor al

receptor del laboratorio, sin ningún daño aparente. De modo que, en el momento en que pensábamos comenzar la transmisión inalámbrica experimental a un receptor situado en la Sierra, el gobierno estableció un programa acelerado para enviar voluntarios a la Luna.

»Se gastó mucho dinero extra en equipo y personal y, después de una serie de fracasos, el equipo aeronáutico del ejército logró situar una torre de repetición en este lado de la cara de la Luna, cerca del borde. Luego, se lanzó un receptor bastante incompleto, más bien de forma casual, cerca de aquí... —golpeó el mapa con frustración—, de esta formación. Y se emitió a un técnico voluntario a través de la torre de repetición al receptor, que apenas tenía el suficiente espacio para contenerlo. Una vez allí, se le fue suministrando todo lo necesario a través del receptor. Consiguió llegar hasta el cohete que contenía la torre de repetición, la emplazó sobre una base estable, y lo cubrió todo con un camuflaje de plástico y un protector absorbente para los impactos de meteoritos. Empleando partes que se le fueron transmitiendo, construyó luego el receptor y el transmisor de retorno que estamos empleando hoy. También construyó una rudimentaria barraca para él y, después, parece que comenzó a investigar la formación desconocida en contra de las órdenes recibidas, que estipulaban que debía aguardar la llegada de los especialistas de la Marina, que son los que ahora manejan ese puesto.

»No se le encontró hasta hace unas semanas. La suya fue la segunda fotografía que le enseñé. El cuerpo se hallaba en el interior de la cosa, y a los médicos que le hicieron la autopsia les pareció como si hubiera caído desde una altura de varios miles de metros bajo la gravedad terrestre.

La boca de Barker se frunció fugazmente.

—¿Pudo haber ocurrido eso?

—No.

—Ya veo.

—Yo no puedo verlo, Barker, y tampoco nadie. Ni siquiera sabemos cómo llamar a ese lugar. El ojo es incapaz de seguirlo, y las fotografías suministran únicamente impresiones muy frágiles. Tenemos razones para creer que existe en más de tres dimensiones espaciales. Nadie sabe lo que es, por qué está emplazado ahí, cuál puede ser su verdadero objetivo o qué es lo que lo creó. Desconocemos si se trata de algo animal, vegetal o mineral. Sabemos, gracias a la geología de varios cráteres causados por meteoritos que han acumulado residuos a sus lados, que lleva allí, como mínimo, un millón de años. Y sabemos lo que hace: mata a la gente.

—¿Una y otra vez, de formas insospechadas, doctor?

—De modo característico y persistente, de formas insospechadas. Hemos de descubrir cada una de esas formas. Necesitamos determinar, sin ningún margen de error u omisión, exactamente qué puede hacerle esa formación a los hombres. Hemos

de obtener una guía completa sobre sus límites y capacidades. Cuando la tengamos, podremos arriesgarnos finalmente a entrar en ella con técnicos cualificados que la estudien y la desmonten. En realidad, serán esos equipos de técnicos los que llegarán a aprender de ella todo lo que el ser humano pueda, y añadirán esa masa de información al colectivo general del conocimiento humano. Pero eso es lo que siempre hacen los técnicos. Primero hemos de conseguir a nuestro cartógrafo. Es mi responsabilidad directa el que la formación, eso espero, le mate una y otra vez.

—Bueno, ésa es una advertencia honesta, aunque no tenga mucho sentido. No podré decir que no me lo comunicó.

—No fue una advertencia —repuso Hawks—. Fue una promesa.

Barker se encogió de hombros.

—Llámelo como guste.

—No suelo escoger mis palabras sobre esa base —señaló Hawks.

Barker le lanzó una sonrisa.

—Usted y Latourette deberían hacer un número de hermanos.

Hawks miró con atención a Barker durante un buen rato.

—Gracias por darme algo más de lo que preocuparme. —Cogió otra carpeta y la arrojó a las manos de Barker—. Mire aquí. —Se puso de pie—. Sólo existe una entrada a la cosa. De algún modo, nuestro primer técnico la encontró; probablemente, tanteando alrededor de la periferia hasta que por casualidad la atravesó. No se trata de ninguna abertura en un sentido descriptible; es un lugar donde la naturaleza de la formación permite la entrada a un ser humano, ya sea por accidente o adrede. Es imposible explicarlo en términos más precisos, y tampoco puede ser abarcado por el ojo o, así lo sospechamos, por el cerebro humano. Tres hombres murieron para realizar el mapa que ahora permite que otros hombres, que seguirán el mapa como ciegos, del mismo modo que unos navegantes atravesarían una niebla densa, penetren en la formación. Otros hombres han muerto para conseguirnos la siguiente información sobre su interior.

»Un hombre que se halle dentro puede ser visto muy difusamente, si sabemos dónde mirar. Nadie sabe, salvo en los términos más incoherentes, lo que esa persona ve. Nadie ha salido jamás; nadie ha sido capaz de hallar una salida; la entrada no puede emplearse con ese propósito. La materia no viva, como una fotografía o un cadáver, puede ser sacada desde el interior. Sin embargo, la acción de sacarla, invariablemente, resulta fatal para el hombre que lo hace. Esa fotografía del cuerpo del primer voluntario costó la vida de otro hombre. La formación tampoco permite las señales eléctricas desde el interior. Eso incluye a un hombre hablando de modo inteligible desde dentro de su casco, lo suficientemente alto como para que su micrófono capte la voz. Se permiten toses, gruñidos y otros ruidos vocales carentes de información. Un intento de codificar un mensaje de esa forma resultó un fracaso.

»Usted no será capaz de mantener comunicaciones, ya sea por radio o por cable. Podrá realizar unas señales muy limitadas con la mano a unos observadores del puesto, y redactará notas escritas en una pizarra atada a una cuerda, que el equipo de observación intentará sacar una vez que usted haya muerto. Si eso no funciona, el hombre de la siguiente emisión tendrá que entrar y, si puede, pasar la *pizarra* a mano, siempre que sea descifrable. De lo contrario, tratará de repetir las acciones que usted siguió, tomando notas, hasta que localice el lugar que le mató a usted. Disponemos de un gráfico con posturas y movimientos seguros que han sido establecidos de esta forma y también de los que resultan fatales. Por ejemplo, resulta fatal arrodillarse sobre una pierna mientras se mira hacia el norte lunar. Es fatal alzar la mano izquierda por encima del hombro en cualquier postura. También es fatal, más allá de un punto determinado, llevar una armadura cuyos conductos de aire pasen por los hombros. Más allá de otro punto, es fatal llevar una armadura cuyos conductos de aire vayan directamente al traje sin el uso de tubos. Resulta mutilante llevar una armadura cuyas dimensiones varíen de forma importante de la que usted usará. Es fatal emplear los movimientos de la mano requeridos para escribir la palabra «sí», ya se emplee la izquierda o la derecha.

»Desconocemos la causa de todo eso. Lo único que sabemos es lo que un hombre puede o no puede hacer dentro de la parte de la formación que ya ha sido explorada. De momento, hemos logrado cartografiar un sendero y unos movimientos seguros hasta una distancia de doce metros. El tiempo de supervivencia para un hombre en el interior de la formación es ahora de tres minutos y cincuenta y dos segundos.

»Estudie sus mapas, Barker. Los llevará consigo cuando vaya; sin embargo, no sabemos si el hecho de llevarlos encima no resultará fatal más allá del punto que indican. Puede quedarse aquí y memorizarlos. Si tiene alguna otra pregunta, mire en estos informes transcritos en busca de las respuestas. Yo le informaré de todo lo demás que necesite saber cuando baje al laboratorio. Le espero allí en una hora. Siéntese ante mi escritorio —terminó Hawks, yendo rápidamente hacia la puerta—. Dispone de una excelente luz de lectura.

2

Hawks observaba los datos astronómicos del Monte Wilson, discutiéndolos con el equipo de antena, cuando finalmente Barker cruzó las dobles puertas: llevaba la

carpeta que contenía los mapas de la formación. Caminaba con pasos veloces y precisos, el rostro tenso.

—De acuerdo, Will —comentó Hawks, alejándose del ingeniero a cargo de la antena—. Será mejor que empiece a rastrear la torre de repetición en veinte minutos. Tan pronto como lo hayamos metido en el traje, transmitiremos.

Will Martin asintió y se quitó las gafas de lectura para señalar de forma casual a Barker con ellas.

—¿Cree que se arrugará?

Hawks negó con la cabeza.

—No, en especial si se le plantea de esa forma. Y yo ya me he encargado de hacerlo.

Martin mostró una sonrisa apacible.

—Vaya manera infernal de ganarse unos dólares.

—Puede comprarnos y vendernos a nosotros dos cien veces, Will, y ni siquiera perderse una ración extra de pastel del dinero para la comida.

Martin volvió a mirar a Barker.

—¿Por qué está en esto, entonces?

—Por su forma de ser. —Echó a andar en dirección a Barker—. Y, creo, por mi forma de ser. Y por la forma de ser de esa mujer —murmuró para sí mismo—. Supongo que también podríamos meter a Connington. Todos nosotros estamos buscando algo que debemos tener si queremos ser felices. Me pregunto qué conseguiremos.

—Ahora preste atención—dijo Barker, golpeando la carpeta—. De acuerdo con esto, si realizo un movimiento equivocado, me encontrarán con toda mi sangre en un charco fuera del traje blindado, y no habrá ni rastro de mí. Si realizo otro movimiento, me veré paralizado de cintura para abajo, lo cual significará que tendré que arrastrarme sobre mi estómago. Pero el hecho de que te arrastres hace que, de algún modo, te veas aplastado en el interior del casco. Y prosigue de esta forma alegre todo el camino. Si no cuido mis pasos con la atención de un funambulista, y si no me muevo con precisión y en el sitio adecuado, como un bailarín de ballet, nunca llegaré tan lejos como indica este mapa. Diría que no dispongo de ninguna posibilidad de salir con vida.

—Aunque se quedara quieto y no hiciera nada —admitió Hawks—, la formación le matará cuando transcurran tres minutos y cincuenta y dos segundos. No permitirá que nadie viva más tiempo de lo que algún otro hombre la haya obligado. El límite aumentará a medida que usted progrese. ¿Por qué su naturaleza es tal que cede ante la acción humana? No lo sabemos. Es muy posible que se trate de un efecto lateral que coincide con su objetivo verdadero..., si es que tiene alguno.

»Tal vez se trate del equivalente alienígena de una lata de tomate vacía. ¿Acaso la

cucaracha sabe por qué puede entrar en la lata sólo por un extremo cuando se la encuentra en el camino que lleva a su madriguera? ¿Sabe la cucaracha por qué es más difícil ascender hacía la izquierda o hacia la derecha, en el interior de la lata, que seguir una línea recta? ¿Sería estúpida la cucaracha si llegara a la conclusión de que la especie humana colocó allí la lata para atormentarla..., o una ególatra si pensara que la lata sólo fue fabricada para engañarla? Para la cucaracha sería mejor si estudiara la lata en los términos de la lógica de la lata, hasta el límite de la capacidad de la cucaracha. De ese modo, por lo menos, la cucaracha podría avanzar de forma inteligente. Quizás hasta llegara a obtener una percepción del creador de la lata. Cualquier otra aproximación sería una ilusión o una locura.

Barker alzó con impaciencia los ojos hacia Hawks.

—Todo eso es mierda. ¿Es la cucaracha más feliz por ello? ¿Consigue algo? ¿Logra escapar de algo? ¿Comprenden las otras cucarachas lo que está haciendo y establecen una colecta para mantenerla mientras pierde el tiempo? Una cucaracha inteligente caminaría alrededor de la lata, doctor, y viviría su vida satisfecha.

—Cierto —aceptó Hawks—. Adelante. Márchese ahora.

—¡No hablaba de mí! Me refería a usted. —Barker miró alrededor del laboratorio. Alzó la vista hasta los instrumentos que había en las galerías—. Hay un montón de gente aquí. Todos por usted. Supongo que eso ha de ser muy satisfactorio. —Se pasó la carpeta bajo un brazo y permaneció con las manos en los bolsillos y la cabeza ladeada mientras hablaba sin rodeos a la cara de Hawks—. Hombres, dinero, energía..., todos entregados al eminente doctor Hawks y sus preocupaciones. Me parece que otras cucarachas *han* hecho una colecta.

—Si lo mira de esa forma —repuso Hawks inexpresivamente—, es como simplificarlo. Y explica la razón por la que sigo enviando hombres a esa formación. Complace a mi ego el ver la muerte de hombres siguiendo mis órdenes. Ahora es su turno. Vamos, Lancelot..., su armadura le espera. ¿No oye el sonido de las trompetas? ¿Qué es esto...? —Tocó una mancha de lápiz de labios alrededor de un moretón en un costado del cuello de Barker—. ¿Los favores de una dama? ¿De quién es el corazón que se romperá hoy si usted es desmontado?

Barker le apartó bruscamente la mano.

—El corazón de una cucaracha, doctor. —Su entrenado rostro mostró una sonrisa horrible y reminiscente—. El corazón frío, frío de una cucaracha.

Barker yacía en el interior de su traje, con los brazos extendidos a los costados. Hawks le había pedido al equipo de la Marina que se alejara de la mesa. Entonces dijo con voz suave:

—Morirá, Barker. Quiero que renuncie a toda esperanza. No existe ninguna.

—Ya lo sé, doctor —comentó Barker.

—Le dije que moriría una y otra vez. Y lo hará. La de hoy sólo será la primera

vez. Si retiene su cordura se encontrará bien..., salvo que tendrá el recuerdo de su muerte, y el conocimiento de que mañana habrá de volver a morir.

—De otra forma insospechada. Ya me lo ha contado antes. —Barker suspiró—. De acuerdo, doctor..., ¿cómo piensa hacerlo? ¿Qué ínfima magia va a utilizar?

Se sentía notablemente tranquilo; del mismo modo en que se había enfrentado a Sam Latourette. Su expresión casi era apática. Sólo los ojos negros, con las pupilas muy dilatadas, mostraban vida en su rostro.

—Habrá dos Al Barker-explicó Hawks—. Cuando sea explorado, la señal que le describa no sólo será enviada al receptor de la Luna, sino también al que hay aquí en el laboratorio. La señal del receptor del laboratorio se guardará en una cinta de una consola de freno hasta que la señal del duplicado haya alcanzado la Luna. Entonces, los dos receptores darán resolución a un Barker. Establecimos este sistema de operación tan pronto como comprendimos que no había esperanza alguna para el voluntario de la Luna. Ello significa que, en lo que concierne a la Tierra, el voluntario no muere. Ha funcionado a la perfección en cada ocasión.

Barker le miró con gesto paciente.

—Fue concebido como una especie de seguro de vida —continuó laboriosamente Hawks, mientras le temblaba el labio superior—. Y le salvará la vida. El Barker L, en la Luna, morirá. Pero el Barker T, aquí en la Tierra, en el laboratorio, será extraído de su traje, y ése será usted, y podrá, si retiene su capacidad para recordar de forma coherente, y para racionalizar, ir a casa esta noche como si sólo hubiera transcurrido otro día de su vida. Y únicamente *usted* —dijo, con la mirada fija más allá de la superficie del cráneo de Barker—, que está en la Luna y me recuerda hablándole ahora, sabrá que es el desafortunado, el Barker L, y que un extraño ha ocupado su puesto en el mundo. —Los ojos se clavaron en el Barker que yacía en el traje—. Otra persona abrazará a Claire esta noche. Otra persona conducirá su coche y beberá su whisky. Usted no será el Barker que yo conocí en su casa. Ese hombre desaparecerá. Sin embargo, ningún Barker ha conocido aún la muerte..., ningún Barker habrá tenido que ir a un lugar del que no existe el regreso. Usted puede salir de ese traje en este momento, Barker, y abandonar todo ahora. Yo lo haría.

Observó al hombre con intensidad.

Al cabo de un momento, la boca de Barker se abrió en una risa mortal y silenciosa.

—Oh, *vamos*, doctor —comentó—. No cuando ya casi oigo la música.

Hawks se llevó las manos a la espalda, fuera de su vista.

—Muy bien. Entonces, queda una última cosa. Cuando comenzamos a emplear esta técnica, descubrimos que el voluntario T mostraba síntomas de confusión momentánea. Se comportaba, a pesar de que se hallaba a salvo en el laboratorio, como si fuera el voluntario L en la Luna. Este período de confusión duraba sólo unos

momentos, y se transformaba rápidamente en comprensión. Dejamos a un lado ese fenómeno como una de las cosas que debíamos relegar ahora y reservar para analizarla cuando se solucionaran los problemas urgentes. Muchas cosas se han dejado a un lado de esa forma. Sin embargo, recibimos informes del equipo de la base lunar de que el voluntario L perdía tiempo de un modo inexplicable..., de que quedaba como desorientado durante varios segundos después de formarse en el receptor. Quizá se debiera a algún daño cerebral, tal vez a algo distinto..., por entonces no lo sabíamos, aunque se trataba de algo nuevo, y hacía que el voluntario perdiera un tiempo efectivo.

»Ése era un problema urgente. Lo solucionamos cuando tomamos en consideración el hecho de que por primera vez en el universo, tal como nosotros lo conocemos, dos cerebros *idénticos* coexistían en él, y en el mismo período de tiempo. Se nos hizo evidente, a pesar de que algunos de nosotros no deseábamos aceptar esa conclusión, que los cuatrocientos millones de kilómetros de distancia que los separaban no eran un impedimento de importancia para sus pensamientos, como no lo sería el trazo de una línea en el sendero de un viajero. Puede llamarlo como quiera, telepatía si lo desea, sin importar lo que sienta cuando algo se incluye en una nomenclatura científica.

Una momentánea expresión de leve desagrado brotó en su rostro.

—Claro que no tenían ninguna posibilidad para establecer una verdadera comunicación. Casi al instante, los dos cerebros dejaban de ser idénticos. Los dos voluntarios recibían muy diferentes impresiones sensoriales y las grababan en sus células cerebrales individuales. En unos pocos segundos, las dos mentes se distanciaban enormemente, y la hebra, desgastada, se desenroscaba y rompía. L y T ya no eran el mismo hombre. Y nunca, ni siquiera en aquel primer instante, fueron capaces simplemente de «hablar» el uno con el otro en el sentido de transmitirse mensajes de uno a otro lado como si fueran telegramas. Me parece que esa especie de comunicación objetiva y sin compromiso no será posible nunca. Ser capaz de leer la mente de un hombre es ser capaz de *ser* ese hombre..., estar donde está él, vivir lo que sea que viva. Hasta en este caso especial que nos atañe, los dos hombres únicamente pueden, durante un momento moribundo, creer que son una sola mente.

Hawks miró a su alrededor. Gersten le observaba pacientemente, aunque sin hacer nada, ya que había completado todos los preparativos. Hawks asintió con gesto ausente y volvió a fijarse en Barker.

—Comprendimos —conluyó— que aquí disponíamos de los medios potenciales de observar exhaustivamente a un hombre en el interior de la formación lunar. De modo que ésa es la razón por la que establecimos las circunstancias de las emisiones a la Luna de la forma en que lo hemos hecho. Barker L cobrará resolución en la Luna, donde los aparatos de bloqueo sensorial de su armadura dejarán de ser operativos

debido a que se encuentran fuera del alcance de nuestros controles bajos de energía de aquí. Despertará de la anestesia y podrá moverse y observar con normalidad. Sin embargo, el Barker T de aquí, seguirá bajo nuestro control. No recibirá ningún estímulo externo mientras yazca aislado en su traje. Su mente se verá libre del entorno de este laboratorio, y aceptará lo que sea que entre en ella. Y sólo podrá recibir lo que haya en la mente de Barker L.

»También Barker T creará hallarse en la Luna, en el interior de la formación. No sabrá que es Barker T. Vivirá como si estuviera en la mente de L, y su estructura orgánica grabará las percepciones sensoriales que el cuerpo de L envíe a su cerebro. Claro que, aunque ningún método podrá prevenir el aumento eventual de los estímulos divergentes (por ejemplo, las condiciones metabólicas de los dos cuerpos se harán poco a poco menos y menos similares), aun así, el contacto quizá dure unos diez o quince minutos. No obstante, nunca hemos podido comprobarlo.

»Usted sabrá que ha alcanzado el límite de nuestros anteriores envíos cuando llegue hasta el cuerpo de Rogan. Desconocemos qué le mató. Poco importa, salvo que usted, fuera lo que fuese, tendrá que evitarlo. Tal vez las condiciones en las que se encuentre el cuerpo le den una pista útil. Si es así, será lo único útil que habremos aprendido de Rogan. Porque cuando Rogan T, aquí abajo, sintió morir a Rogan L, allí arriba, lo único que pudo sentir Rogan T fue la muerte de Rogan L. Lo mismo le ocurrirá a usted.

»La mente de Barker L morirá con su cuerpo, en la forma particular en que el cuerpo sea destruido. Esperemos que eso suceda al final de un poco más de doscientos treinta y dos segundos de tiempo transcurrido, en vez de menos. Tarde o temprano tendrá que suceder. Y la mente de Barker T, segura aquí abajo en el cerebro de T, se *sentirá* morir de todas formas, debido a que no tiene la libertad de percibir nada de lo que le ocurra a su propio cuerpo. Toda su vida, todos sus recuerdos, culminarán de repente. Sentirá el dolor, el impacto, la angustia indescriptible del final del mundo. No ha habido ningún hombre capaz de soportarlo. Descubrimos a las mentes más brillantes y estables que pudimos hallar entre los voluntarios físicamente adecuados y, sin ninguna excepción, todos los voluntarios T fueron sacados del traje en estado de locura. Fuera la que fuese la información que debían proporcionarnos, se perdió más allá de toda esperanza, y nosotros no ganamos nada por el terrible precio que pagamos.

Barker le miró de modo inexpresivo.

—Eso es una gran pena.

—¿Cómo quiere que lo explique? —inquirió rápidamente Hawks. Le sobresalía una vena en el centro de la frente—. ¿Quiere que hable de la función que cumplimos aquí, o desea que hable de otra cosa? ¿Piensa decir que, ya sea o no un duplicado, un hombre muere en la Luna y eso me convierte lo quiera o no en un asesino? ¿Quiere

llevarme ante un juzgado y, desde allí, a una cámara de gas? ¿Quiere investigar en los libros de leyes y ver qué castigo se le aplica al crimen repetido de hacer que unos hombres enloquezcan sistemáticamente? ¿Nos ayudará eso aquí? ¿Hará más suave el camino?

»Vaya a la Luna, Barker. Muera. Y si lo hace, descubra que ama a la Muerte de la misma forma ardiente en que la ha cortejado; ¡y entonces, y sólo quizá entonces, tal vez sea usted el primer hombre en regresar en condición de exigir su venganza sobre mí! —Aferró el borde de la placa pectoral abierta y la cerró de un golpe. Se mantuvo erguido apoyando las palmas de las manos sobre ella y se inclinó hasta que su cara quedó directamente sobre la abertura del visor de Barker—. Pero, antes de que lo haga, me comunicará de qué forma útil puedo llegar a hacer que lo experimente otra vez.

3

Los hombres de la Marina introdujeron a Barker en el transmisor. Los imanes laterales lo elevaron de la mesa y en el acto sacaron ésta de debajo de él. La puerta se cerró herméticamente y los imanes de arriba y de abajo lo inmovilizaron para el escáner. Hawks le hizo un gesto de asentimiento a Gersten, y éste presionó el botón de *standby* de su consola.

En el techo había un disco de radar enfocado de forma paralela a la antena del transmisor. En el laboratorio, Will Martin señaló con un dedo al técnico del cuerpo de señales. Un *bip* del radar viajó hasta la Luna, ida y vuelta. El tiempo transcurrido y la progresión Doppler fueron alimentados como datos al ordenador, que estableció el tiempo exacto de retención en la consola de freno. La antena del transmisor de materia disparó una pulsación de UHF a través de la torre de repetición de la Luna en dirección al receptor que había allí, activando el mecanismo de seguridad para que aceptara la señal de L.

Gersten observó su consola, se volvió hacia Hawks y anunció:

—Pantalla verde.

Hawks dijo:

—Adelante.

La luz roja se iluminó sobre la puerta del transmisor, y la nueva cinta de almacenaje rugió al pasar a la bobina de la consola de freno. Un segundo y cuarto

más tarde, el comienzo de la cinta empezó a pasar debajo de la cabeza de reproducción, alimentando la señal de T al receptor del laboratorio. La primera pulsación fuerte de la señal de L llegó simultáneamente a la Luna.

El final de la cinta chasqueó en la bobina de recepción. La luz verde se encendió encima de la puerta del receptor del laboratorio. La excitada respiración de Barker T salió a través del altavoz y después de un momento dijo:

—Estoy aquí, doctor.

Hawks permanecía en medio de la sala con las manos metidas en los bolsillos, la cabeza inclinada hacia un lado, los ojos en blanco.

Al cabo de un rato, Barker T dijo con voz malhumorada y distorsionada por los labios entumecidos:

—¡De acuerdo, de acuerdo, bastardos de la Marina, voy a entrar! —Luego musitó —: Ni siquiera me hablan, aunque son muy eficientes moviendo a un hombre.

—Cállese, Barker —ordenó Hawks con voz intensa y contenida.

—Voy a entrar ahora, doctor —anunció Barker con claridad.

El ciclo de su respiración cambió. Después gruñó una o dos veces, y en una ocasión emitió un ruido inconsciente y agudo desde su tensa garganta.

Gersten tocó el brazo de Hawks y le señaló el cronómetro que sostenía en la mano. Mostraba doscientos cuarenta segundos de tiempo transcurrido desde que Barker penetrara en la formación. Hawks replicó con un gesto casi imperceptible de asentimiento. Gersten vio que no apartaba los ojos, y siguió sosteniendo el reloj.

Barker aulló. El cuerpo de Hawks dio un salto reflejo, y la sacudida de su brazo lanzó por los aires el cronómetro de Gersten.

Holiday, que se hallaba ante la consola médica, golpeó con la palma de la mano un interruptor. La adrenalina bombeó en el corazón de Barker T en el momento en que se cortaba el suministro de anestesia.

—¡Sáquenlo! —gritó Weston—. ¡Sáquenlo de ahí!

—Ya no corre prisa —comentó despacio Hawks, como si el psicólogo estuviera en un lugar donde pudiera oírle—. Fuera lo que fuese lo que iba a sucederle, ya le ha ocurrido.

Gersten observó el reloj hecho pedazos y luego a Hawks.

—Es lo mismo que estaba pensando yo —murmuró.

Hawks frunció el ceño y comenzó a andar hacia la cámara del receptor, al tiempo que el equipo introducía la mesa con el traje por la puerta.

Barker estaba sentado acurrucado en el borde de la mesa, con la armadura abierta y desarticulada a su lado, y se limpiaba el macilento rostro. Holiday lo auscultaba con un estetoscopio y miraba esporádicamente a un lado para captar una nueva lectura de la presión sanguínea mientras apretaba el extremo del manómetro que sostenía en la

mano. Barker suspiró.

—Si existe alguna duda, sólo tiene que preguntarme si estoy vivo. Si escucha alguna respuesta, lo sabrá. —Miró con expresión agotada por encima del hombro de Holiday cuando el médico le ignoró, y le preguntó a Hawks—: ¿Y bien?

Hawks dirigió los ojos a Weston, que asintió de forma impertérrita.

—Lo ha conseguido, doctor Hawks —dijo Weston—. Después de todo, muchas constelaciones de personalidades neuróticas han demostrado a menudo ser útiles a un nivel funcional.

—Barker-comenzó Hawks—, yo...

—Sí, lo sé. Está feliz de que todo saliera bien. —Miró a su alrededor. Sus ojos saltaban con movimientos bruscos de lado a lado—. Yo también. ¿Tiene alguien un cigarrillo?

—Aún no —cortó Holiday secamente—. Si no le importa, amigo, de momento dejaremos sus vasos capilares con una dilatación normal.

—Todo el mundo es tan duro —musitó Barker—. Todo el mundo sabe lo que es mejor. —Volvió a mirar a su alrededor, a la gente del laboratorio que se arracimaba entorno a la mesa—. ¿Podrían algunos de ustedes observarme un poco más tarde, por favor?

Todos retrocedieron unos pasos, indecisos, y luego retornaron trabajo.

— ¿Barker —preguntó con voz suave Hawks—, ¿se siente bien?

Barker le miró con gesto inexpresivo.

—Llegué allí y salí del receptor, y lo primero que hice fue mirar el entorno del puesto. Un grupo de zombis con uniformes de la Marina me manejaron igual que usted trataría a un fantasma desagradable. No me dirigían ni dos palabras sin parecer que estaban pagando por ellas. Me indicaron la pasarela camuflada que construyeron desde la burbuja del puesto, y casi me metieron en ella a empellones. Uno caminó a mi lado hasta que llegué a la formación, y jamás me miró a la cara.

—Tienen sus propios problemas —comunicó Hawks.

—Estoy seguro de que los tienen. De cualquier forma, me metí en la cosa sin ningún incidente, y avancé sin problemas. Es... —Su rostro se olvidó de la irritación, y la expresión que apareció en él fue la de un desconcierto bien recordado—. Es como un sueño, ¿sabe? No se trata de una pesadilla..., no está llena de gritos y caras ni cosas parecidas..., pero es..., bueno, *reglas* y esa lógica demencial: Alicia en el País de las Maravillas con dientes afilados. —Hizo un gesto con el que parecía borrar sus palabras torpes de una pizarra—. Supongo que tendré que descubrir algún modo de traducirlo a nuestro idioma. No creo que resulte muy difícil. Sólo déme algo de tiempo para acostumbrarme.

Hawks asintió.

—No se preocupe. Ahora disponemos de bastante tiempo.

Barker alzó la cara y le sonrió con un repentino gesto infantil.

— ¡Logré avanzar bastante más allá del cuerpo de Rogan L, ¿sabe? Lo que finalmente me mató fue..., fue el..., fue... —El rostro de Barker comenzó a enrojecer y los ojos se desorbitaron, casi blancos. Le temblaron los labios—. El..., el... —miró fijamente a Hawks—. ¡No puedo! —gritó—. No puedo..., Hawks... — Se debatió contra Holiday y Weston, que intentaban sujetarle los hombros, y dobló rígidamente las manos en el borde de la mesa, con los brazos tensos, sacudidos por espasmos—. ¡Hawks! —aulló, como si se encontrara detrás de una pared de cristal grueso—. ¡Hawks, yo no le importaba! ¡No era *nada* para él! Yo era..., era... —La boca se inmovilizó, parcialmente abierta, y la punta de la lengua recorrió la parte interna de sus dientes superiores—. N-n-n... Na... ¡*Nnada*!

Escudriñó la cara de Hawks con gesto desesperado. Respiró como si nunca pudiera haber suficiente aire para él.

Weston jadeaba con el esfuerzo de mantener quieto a Barker y hacer que se tumbara. Holiday juraba mientras, con gesto preciso y continuo, empujaba la aguja de una hipodérmica a través del diafragma de una ampolla que había sacado de su maletín.

Hawks cerró los puños a los lados.

—¡Barker! ¿De qué color era su primer cuaderno de la escuela?

Los brazos de Barker se relajaron levemente. Su cabeza perdió la rigidez con la que intentaba adelantarla. La sacudió y, con gesto ceñudo, miró al suelo, concentrándose con gran intensidad.

—Yo..., no lo recuerdo, Hawks —tartamudeó—. Verde..., no, no, era anaranjado, con letras azules, y las tapas mostraban tres peces de colores que salían de su pecera hacia una librería; luego retornaban a ella. Yo..., puedo ver la página con los dibujos: tres peces en el aire, que caían uno detrás del otro en ángulo, mientras la pecera les aguardaba. El texto lo formaban tres frases de una sola palabra. «¡Splash!». Luego, un sangrado de frase y otro «¡Splash!», y después otro más. Tres «Splash» en una fila, igual que los peces.

—Bien, ahora lo ve, Barker-repuso Hawks con gentileza—. Lleva vivo desde que puede recordarlo. Usted es algo. Ha visto, y recuerda.

Weston miró por encima del hombro.

—¡Por amor del cielo, Hawks! ¡Déjele en paz!

Holiday escrutó a Barker con un ligero parpadeo de los ojos, la hipodérmica inmóvil.

Hawks expelió despacio el aliento y le dijo a Weston:

—Por lo menos, sabe que está vivo.

Ahora Barker se hallaba hundido. Casi doblado por completo, se tambaleó en el borde de la mesa, mientras la tonalidad de su cara volvía gradualmente a la

normalidad. Susurró con voz intensa:

—Gracias. Gracias, Hawks —con amargura, musitó—: Gracias por todo. —Tuvo una súbita sacudida y su torso se puso rígido—. Que alguien me traiga un cubo o algo.

Gersten y Hawks se hallaban al lado del transmisor y observaron a Barker salir con paso inseguro del cuarto de baño; llevaba puestos los pantalones y la camisa.

—¿Qué piensa, Ed? —preguntó Gersten—. ¿Qué hará ahora? ¿Nos dejará plantados?

—No lo sé —respondió Hawks ausente, contemplando a Barker—. Creí que se repondría. Pero ¿lo ha hecho? —le comentó a Gersten—. Simplemente tendremos que esperar y comprobarlo. Hemos de pensar en una forma de manejar la situación.

—¿Conseguir a otro hombre?

Hawks sacudió la cabeza.

—No podemos. Ni siquiera sabemos lo suficiente de éste —dijo, como si hubiera sido atacado por un enjambre de moscas—. Necesito tiempo para meditar. ¿Por qué transcurre el tiempo mientras un hombre piensa?

Barker llegó hasta ellos. Tenía los ojos hundidos en las cuencas. Miró de un modo penetrante a Hawks. Su voz salió con un tono nasal e inseguro.

—Holiday dice que, teniendo en cuenta todo lo sucedido, ahora me encuentro bastante bien. Sin embargo, alguien ha de llevarme a casa. —Sus labios se alzaron ligeramente—. ¿Desea el trabajo, Hawks?

—Sí, lo quiero. —Hawks se quitó la bata y la depositó, doblada, sobre un armamento—. Será mejor que tenga preparada otra emisión para mañana, Ted —le anunció a Gersten.

—¡No cuente conmigo! —cortó Barker.

—Ya sabe que siempre podemos cancelarla —le señaló a Gersten—. Llamaré mañana temprano y se lo confirmaré.

Barker se tambaleó hacia delante al tiempo que Hawks acomodaba su paso al de él. Atravesaron con lentitud el laboratorio y, juntos, salieron por las puertas que daban a las escaleras.

Connington les aguardaba en el corredor de arriba, sentado en uno de los sillones de plástico de color naranja brillante que había alineados contra la pared del vestíbulo. Tenía las piernas extendidas, y una mano sostenía un cigarro delante de su cara mientras lo encendía y exhalaba humo por entre los fruncidos labios, formando un cono semitransparente. Sus ojos se posaron una vez sobre Barker y otra sobre Hawks.

—¿Ha habido algún problema? —preguntó cuando llegaron delante de él—. He oído que hubo algún problema en el laboratorio —repitió con los ojos brillantes—. ¿Un mal rato, Al?

Hawks dijo:

—Si descubro al hombre que le pasa información del laboratorio, lo despediré.

Connington alargó el brazo hacia el cenicero que había a su lado. Un anillo que llevaba en el dedo repiqueteó levemente contra el asa de metal.

—Está perdiendo su flema, Hawks —comentó—. Hace un par de días, no se habría molestado en lanzar amenazas. —Se puso de pie y continuó con voz meliflua—: Mis actos habrían estado por debajo de usted. —Se balanceó sobre los tacones, con las manos en los bolsillos—. ¿Qué importancia tiene la cuantía de detalles que descubra? ¿Cree que me hacen falta? Les conozco a ustedes dos. Eso es suficiente.

—Maldito seas, Connington... —comenzó Barker, con un tono agudo y desgarrado en su voz.

La mirada de Connington le frenó momentáneamente.

—Así que tenía razón —sonrió adrede—. ¿Vas a volver de regreso a Claire ahora? —Expelió humo—. ¿Los dos juntos?

—Algo parecido —repuso Hawks.

Connington se alisó una solapa de la chaqueta.

—Creo que yo también iré a ver qué ocurre. —Le sonrió con ternura a Barker, con la cabeza ladeada—. ¿Por qué no, Al? Bien puedes disponer de la compañía de *toda* la gente que trata de matarte.

Hawks observó a Barker. La mano de Barker manoteó como si estuviera tratando de coger algo invisible en el aire, justo delante de su estómago. Miraba fijamente a Connington, con los ojos perdidos, y el jefe de personal entrecerró momentáneamente los suyos.

Entonces, con voz apagada, Barker dijo:

—No hay lugar en el coche.

Connington se rió cálida y melosamente.

—Yo conduciré, y tú puedes sentarte en el regazo de Hawks. Igual que Charlie McCarthy.

Hawks apartó la vista de la cara de Barker y repuso con firmeza:

—Yo conduciré.

Connington se rió de nuevo entre dientes.

—Sam Latourette no consiguió el trabajo con la Hughes Aircraft. El hecho de que Waxted lo quisiera con él no significó ninguna diferencia. Apareció completamente borracho esta mañana a la entrevista. Yo conduciré. —Se volvió hacia las puertas de doble cristal y salió fuera. Miró por encima del hombro y dijo—: Vamos, amigos.

Claire Pack estaba de pie contemplándoles desde el descansillo de los escalones que conducían al césped. Vestía un bañador de una pieza de corte muy alto en los muslos, y tenía las manos apoyadas levemente en las caderas. Cuando Connington apagó el motor y los tres salieron del coche, enarcó las cejas. Las estrechas tiras que servían como sujetadores de la parte alta del bañador colgaban en círculos alrededor de sus brazos.

—¡Vaya, doctor! —exclamó con voz ronca y un mohín de los labios—. Me he estado preguntando cuándo volvería de nuevo por aquí.

Connington, que salió por el otro lado del coche, le sonrió con gesto atento y dijo:

—Tenía que traer a Al a casa. Parece que hubo una pequeña dificultad con los procedimientos hoy.

Giró la vista a Barker, que estaba alzando la puerta del garaje con movimientos bruscos y cortantes de sus brazos y cuerpo, con toda su atención fija en el acto que realizaba. Se pasó la lengua por el borde de los dientes.

—¿De qué tipo?

—Mi conocimiento no llega a tanto. ¿Por qué no se lo preguntas a Hawks? —Connington extrajo un nuevo cigarro de la pitillera—. Me gusta ese bañador, Claire —afirmó, y subió al trote los escalones, rozándola—. Hoy es un día caluroso. Creo que voy a buscar un traje de baño y darme una zambullida. Mientras tanto, tú y los muchachos podéis mantener una agradable conversación.

Recorrió rápidamente el sendero que subía hasta la casa, se detuvo, encendió el cigarro, miró de reojo por encima de sus manos ahuecadas y entró en la casa, perdiéndose de vista.

Barker se sentó en el coche, lo puso en marcha y lo introdujo de morro en el garaje. El trueno cautivo en el tubo de escape rugió con fuerza y murió, quedando en silencio.

—Creo que se pondrá bien —comentó Hawks.

Claire bajó la vista hasta él. Adoptó una expresión de abierta inocencia.

—¿Oh? ¿Quiere decir que volverá a la normalidad?

Barker bajó las puertas del garaje y pasó al lado de Hawks con la cabeza inclinada, pisando con firmeza mientras se guardaba las llaves en el bolsillo. Mientras ascendía los escalones alzó con brusquedad la cara hacia Claire.

—Voy arriba. Puede que me duerma. No me despiertes. —Se volvió a medias y observó a Hawks—. Creo que se encuentra inmovilizado aquí, a menos que desee dar otra caminata. ¿Pensó en eso, doctor?

—¿Y usted? Me quedaré hasta que se levante. Quiero hablar con usted.

—Le deseo que pase un buen rato, doctor —dijo Barker.

Se alejó mientras Claire le observaba. Entonces ésta volvió a mirar a Hawks. Durante todo el encuentro no había movido ni un ápice los pies o las manos.

—Algo ocurrió —explicó Hawks—. No sé el alcance de su significado.

—Preocúpese usted de ello, Ed —respondió ella, con el labio inferior brillante—. Mientras tanto, usted es el único que queda aquí abajo.

Hawks suspiró.

—Subiré.

Claire Pack sonrió.

—Venga y siéntese al lado de la piscina conmigo —pidió cuando él hubo recorrido todos los escalones. Dio media vuelta antes de que pudiera responderle y caminó despacio delante de él, con el brazo derecho colgando a su lado. Alargó la mano hacia atrás y buscó el contacto de la de él. Redujo el paso de modo que caminaran uno al lado del otro y le miró—. No le importa, ¿verdad? —preguntó.

Hawks bajó durante un momento la vista a sus manos y, mientras lo hacía, ella colocó sus dedos en el interior de la palma de él. Despacio, contestó:

—No..., no, no creo que me importe —y cerró la mano en torno a los dedos de ella.

Ella sonrió y dijo:

—Así —con voz suave y casi infantil.

Caminaron hasta el borde de la piscina y se quedaron contemplando el agua.

—¿Le llevó mucho tiempo a Connington librarse de la borrachera del otro día? —preguntó Hawks.

Ella rió con ganas.

—Vamos..., ¿lo que quiere saber es si le dejé quedarse después de sus feroces amenazas? La respuesta es: ¿por qué no? En realidad, ¿qué puede hacer? —Su mirada de reojo surgió de un gracioso giro de la cabeza y los hombros, de forma que el cabello resplandeció bajo el sol y los ojos quedaron cubiertos a medias por el destello de sus pestañas—. ¿O piensa que me encuentro bajo su hechizo de Svengali? —preguntó con un fingido terror que la dejó con los ojos muy abiertos y los labios formando un gesto incrédulo y de color escarlata.

Hawks no apartó los ojos de ella.

—No, no lo pienso.

Las cejas de ella oscilaron con placer y abrió la boca para emitir una risa baja, apenas susurrada. Incluyó el torso hacia él y le pasó el otro brazo por el suyo.

—¿He de tomar eso como un cumplido? Todo indica que usted es un hombre difícil para la charla intrascendente.

Hawks colocó la mano derecha sobre su propia muñeca izquierda y mantuvo esa postura, con el brazo cruzado de forma incómoda delante de su cuerpo.

—¿Qué más le ha comentado Al sobre su trabajo? —le preguntó.

Ella bajó la vista hasta el brazo de él. Con voz confiada y grave, repuso:

—¿Sabe?, si me acerco demasiado a usted, siempre le queda la salida de lanzarse a la piscina. —Entonces volvió a sonreír para sí misma sin apartar la cara para que él la viera y, ayudándose con las manos, se inclinó para apoyarse con una cadera sobre la hierba, la cabeza ladeada de modo que pudiera contemplar la superficie del agua—. Lo siento —dijo, sin alzar la vista—. Hice ese comentario sólo para ver cómo reaccionaría. ¿Sabe?, Connie tiene razón acerca de mí.

Hawks se puso en cuclillas a su lado y observó de lado su rostro vuelto.

—¿Con respecto a qué?

Ella introdujo una mano en el agua azul y la agitó, creando burbujas plateadas entre sus dedos extendidos.

—No puedo conocer a un hombre durante más de unos minutos sin tratar de meterme debajo de su piel —contestó pensativamente—. He de hacerlo. Supongo que podría llamarlo un calibrado. —Giró de pronto el rostro hacia él—. Si quiere, también puede llamar a eso un juego de palabras freudiano. —Entonces, apartó de nuevo el rostro. Un sendero de gotas caídas fuera de la superficie satinada de la piscina comenzó a encogerse debajo del sol. Su voz sonó, una vez más, reflexiva y pausada—. Soy así.

—¿De veras? ¿O decir eso forma parte del proceso? Todo lo que usted comenta busca su efecto, ¿cierto?

En esta ocasión giró lentamente la cabeza y le miró con una sonrisa que escondía un leve destello de cinismo.

—Usted es muy rápido, ¿no? —comentó con un mohín—. ¿Está seguro de que merezco toda esa concentración? Después de todo, ¿qué bien le reportará a usted?

Enarcó las cejas y mantuvo esa expresión, con la sonrisa aumentando despacio entre sus labios.

—No soy yo el que decide lo que ha de interesarme —contestó Hawks—. Primero, algo me intriga. Luego, lo analizo.

—Entonces ha de tener unos instintos curiosos, ¿verdad? —Ella aguardó una respuesta. Hawks no le dio ninguna. Al rato, añadió—: Creo que en más de un sentido. —Hawks siguió mirándola con seriedad, y ella perdió lentamente la vivacidad que había detrás de su expresión. De pronto, rodó hasta ponerse de espaldas, cruzando con rigidez los tobillos, y colocó las manos debajo de los músculos de sus piernas. Mirando al cielo, dijo—: Yo soy la mujer de Al.

—¿De qué Al? —inquirió Hawks.

—¿Qué le está sucediendo? —preguntó ella, moviendo sólo los labios—. ¿Qué le está haciendo?

—En realidad, no lo sé —repuso Hawks—. Espero averiguarlo.

Ella se irguió y se volvió para contemplarle. Sus pechos se movieron bajo el

extremo superior de su bañador suelto.

—¿Tiene alguna especie de consciencia? —quiso saber—. ¿Existe alguien que no se encuentre indefenso ante usted?

Él sacudió la cabeza.

—Esa pregunta no es válida. Hago lo que debo hacer. Únicamente eso.

Ella parecía casi hipnotizada por él. Se le acercó más.

—Quiero ver si Al se encuentra bien —dijo Hawks, poniéndose de pie.

Claire arqueó el cuello y alzó la cara para mirarle.

—Hawks —susurró.

—Perdóneme, Claire. —Él pasó por encima de sus piernas alzadas y se encaminó hacia la casa.

—Hawks —repitió ella con voz ronca. La parte superior del bañador estaba cayéndose de sus pechos—. Ha de poseerme usted esta noche.

Él continuó andando.

—Hawks..., ¡se lo advierto!

Hawks abrió de golpe la puerta de la casa y desapareció detrás de los cristales bañados por el sol.

5

—¿Cómo ha ido? —se rió Connington desde las sombras de la barra, en el otro lado de la sala. Avanzó, vestido con un traje de baño, el estómago apretado por la estrecha banda elástica de la cintura. Llevaba al brazo una camisa playera y sostenía una jarra y dos copas—. Desde aquí, se parece mucho a una película muda —continuó, indicando la pared de cristal que daba al césped y a la piscina—. Excelente para la acción, pero mala para los diálogos.

Hawks se volvió y miró. Claire seguía sentada, mirando con fijeza lo que debió haber sido una barricada resplandeciente de reflejos de sí misma.

—Sabe cómo llegar a un hombre, ¿verdad? —Connington se rió entre dientes—. Con ella, estar prevenido no significa estar protegido. Es como una fuerza elemental de la naturaleza... la subida de las mareas, la llegada de las estaciones, un eclipse de sol. —Miró el interior de la jarra, donde el hielo, flotando en el líquido del cóctel, empezó a repiquetear de repente—. Semejantes criaturas no han de ser vistas como

buenas o malas —prosiguió a través de unos labios entrecerrados—. Por lo menos, no por hombres mortales. Poseen sus propias leyes, y es imposible contradecirlas. —Su aliento salió expelido hacia el rostro de Hawks—. Nacen entre nosotros: chicas que recogemos en la carretera, que trabajan en casinos, dependientas de Woolworth's..., pero crecen hasta alcanzar su herencia. Son nuestra ruina, Hawks. Son nuestra ruina, pero nos empeñamos en seguir la estela de sus cometas.

—¿Dónde se encuentra Barker?

Connington hizo un ademán con la jarra.

—Arriba. Tomó una ducha, amenazó con sacarme las entrañas si no me apartaba de su camino en el pasillo y se metió en la cama. Puso el despertador para las ocho en punto. Se bebió una buena dosis de ginebra para facilitar el sueño. «¿Dónde se encuentra Barker?» —repitió burlescamente Connington—. En la tierra de los sueños, Hawks..., sin importar qué tierra de sueños le ha acogido en sus brazos.

Hawks miró su reloj de pulsera.

—Tres horas, Hawks —prosiguió Connington—. Tres horas, y la casa está sin su señor. —Rodeó a Hawks camino de la cristalera—. ¡Hurra! —exclamó malévolamente, alzando la jarra en dirección a Claire. Empujó con torpeza la puerta con el hombro, dejando una mancha húmeda en el cristal—. ¡Al ataque!

Hawks cruzó la estancia en dirección al bar. Buscó detrás y localizó una botella de whisky. Cuando alzó la vista, después de poner hielo y agua en una copa, vio que Connington había llegado hasta donde se hallaba Claire y estaba de pie a su lado. Claire estaba tendida boca abajo, de cara a la piscina, con la barbilla apoyada sobre sus antebrazos cruzados. Connington sostenía la jarra y trataba de llenar las dos copas que tenía en la otra mano.

Hawks caminó despacio hasta el canapé de piel que había delante del ventanal y se sentó. Se llevó el borde de la copa a los labios y apoyó los codos en las piernas. Rodeó la copa con ambas manos, sosteniéndola suavemente, y la inclinó hasta que pudo dar un sorbo. La mitad inferior de su rostro estaba bañado por una luz solar rojiza, moteada con leves fragmentos de color ambarinos y puntos vítreos de luz cambiante. El puente de la nariz y la parte superior de la cara se hallaban bajo un velo de sombra.

Claire se volvió a medias y alzó un brazo para tomar la copa que Connington le ofrecía. Entrechocó con brevedad, en un brindis, la copa de Connington y bebió un trago, arqueando el cuello. Luego volvió a acomodarse en la postura anterior y apoyó el torso sobre los codos, cerrando los dedos alrededor de la copa que había depositado junto al borde de la piscina. Siguió mirando por encima del agua.

Connington se sentó en el borde de la piscina a su lado y metió las piernas en el agua. Claire alargó una mano y se secó el brazo. Connington volvió a alzar de nuevo su copa, la mantuvo en alto para otro brindis, y esperó que Claire bebiera otro sorbo.

Con un giro de los hombros ella bebió también, apretando la palma de la mano contra la parte superior del bañador para sujetarla.

Los rayos solares caían de forma oblicua por detrás de Connington y de Claire Pack; sus perfiles aparecían ensombrecidos contra el resplandeciente océano y el cielo.

Connington llenó una vez más las copas.

Claire bebió otro trago. Connington le tocó el hombro e inclinó la cabeza hacia ella. La boca de ella se abrió en una risa. Extendió el brazo y le tocó la cintura. Los dedos cogieron el rollo de carne que recubría el estómago de él. El hombro de ella se alzó y su codo se puso rígido. Connington le aferró la muñeca; luego subió la mano por su brazo, tirando hacia atrás. Giró el cuerpo, depositó rápidamente la copa en la hierba y se lanzó a la piscina. Sus manos salieron disparadas y cogieron los brazos de ella, tirando hacia delante.

La luz cayó sobre la cara de Hawks y le llenó los ojos a medida que el disco solar se deslizaba y aparecía a la vista por debajo de las tejas del techo. Dejó caer los párpados hasta que sus ojos miraron a través de la estrecha máscara que formaban sus pestañas.

Manteniendo las manos en las muñecas de Claire, Connington dobló las rodillas hacia delante, plantó los pies contra el costado de la piscina y se tensó hacia atrás. Claire se deslizó en el agua encima de él, y se hundieron fuera de la vista debajo de la superficie. Un momento más tarde, la cabeza y los hombros de ella aparecieron a unos cuantos centímetros, y braceó con movimientos pausados en dirección a la escalera, subiendo y deteniéndose al borde de la piscina para colocarse el bañador sobre los pechos. Recogió la toalla de la hierba con un gesto circular del brazo, se la pasó alrededor de los hombros y caminó a paso ligero hasta que se perdió de vista a la izquierda, hacia la otra ala de la casa.

Connington permaneció en la piscina, observándola. Entonces se lanzó hacia delante y nadó hasta la escalera que había en el lado menos profundo y salió, chorreando agua por los hombros y la espalda. Dio unos pocos pasos en la misma dirección. En ese instante giró el rostro hacia la cristalera. Cambió oblicuamente de dirección y, en la esquina de la piscina, se lanzó de cabeza al agua. Nadó en línea recta hasta el emplazamiento del trampolín. Después, durante un rato, una vez que el sol apareció por completo y la sala en la que aguardaba Hawks quedó llena de una luz rojiza, el sonido de la plancha oscilante vibró hasta las tablas de madera de la casa a intervalos esporádicos.

A las ocho menos diez, una radio comenzó a sonar a fuerte volumen con música de jazz. Diez minutos más tarde, el zumbido eléctrico del despertador de la radio anuló la música y, un momento más tarde, se escuchó un golpe leve y, luego, sólo llegó el sonido ocasional de las pisadas de Barker mientras se vestía.

Hawks se acercó al bar, lavó su copa vacía y la colocó de nuevo en su repisa. Miró a su alrededor. Por el ventanal se veía la noche, y la única iluminación procedía del balcón en el extremo de la sala, donde las escaleras bajaban de la segunda planta. Hawks alargó el brazo y encendió una lámpara de pie. Su sombra se arrojó contra la pared.

6

Barker bajó con una botella cuadrada a medio llenar en la mano. Localizó a Hawks, emitió un gruñido, enarboló la botella y dijo:

—Odio el alcohol. Tiene un sabor horrible, me da arcadas, apesta y me quema la boca. Sin embargo, la gente no cesa de ponértelo en las manos, y te repiten una y otra vez: «¡Bebe!», y: «¿Qué te pasa, Charlie, te estás quedando un poco rezagado, eh? ¿Te ayudo a terminar esa copita?». Hasta que tú te sientes como si fueras un tipo raro y un pelmazo por todas las veces que has dicho que no, gracias, que estabas seguro, que ya no querías otra copa. Entonces ellos te catalogan, y ya no sueñas que vayas a pasártelo bien a menos que no te hayas atiborrado con ese veneno para que te dure hasta el día siguiente. Y ellos hablan sobre el asunto con lenguaje de caballeros: la cosecha, el bouquet, las marcas y las mezclas, como si todo no fuera etanol en una u otra concentración. ¿Ha escuchado alguna vez a dos bebedores de martinis hablar en un bar, Hawks? ¿Ha oído alguna vez a dos chamanes intercambiando hechizos mágicos? —Se dejó caer en una mecedora y se echó a reír—. Yo tampoco. Estoy sintetizando mi herencia. Veo a dos borrachos en un bar y extrapolo hacia la dignidad. Supongo que eso es un sacrilegio.

Se llevó un cigarrillo a los labios, lo encendió y continuó a través del humo:

—Pero es lo mejor que puedo hacer, Hawks. Mi padre está muerto, y en una ocasión creí que era bueno desligarme del resto de mi pueblo. Me gustaría recordar cómo fue aquello. Hay una parte de mí que necesita el dolor.

Hawks regresó hasta el canapé y se sentó. Colocó las manos en las rodillas y contempló a Barker.

—Y también hablar —dijo Barker—. Uno no es una compañía adecuada para ellos si no pronuncia las palabras con una entonación correcta. Si tiene un «Papá», no pertenece a su círculo. Sólo permiten la entrada de caballeros con «Padres» en su sociedad. Y, sí, sé que se burlaron de mí por eso. Yo anhelaba pertenecer allí, oh,

Dios, Hawks, cuánto deseaba pertenecer, y me aprendí todas los códigos. ¿Qué me reportó? Claire tiene razón, ¿sabe?... ¿qué me reportó? No me mire de esa forma. Yo sé lo que es Claire. Usted sabe que yo lo sé. Se lo dije apenas conocerle. Pero ¿creyó alguna vez que vale algo para mí? Cada vez que se insinúa a un hombre, sé que lo que hace es comparar. Ella se encuentra en un mercado abierto, de compras. Y para ser comprada. Yo no la retengo con ningún collar al cuello. No está domesticada. Yo no soy un hábito para ella. No soy algo a lo que ella esté ligada por alguna ley. Y en cada ocasión que termina regresando a mí, ¿sabe qué demuestra ello? Que yo sigo siendo el tipo más duro de la manada. Porque ella no se quedaría conmigo si yo no lo fuera. No se engañe..., no sé qué es lo que piensa acerca de usted y de ella, pero no se engañe.

Hawks miró a Barker con expresión curiosa; sin embargo, Barker ya no le observaba.

—Si ella pudiera verme, Hawks..., ¡si pudiera verme en ese lugar! —El rostro de Barker estaba encendido—. No estaría jugando con usted y Connington esta noche..., no, no si pudiera ver lo que hago ahí arriba... Cómo esquivo, y me agacho, y me retuerzo, y avanzo, y salto, y espero a... a...

—¡Tranquilo, Barker!

—Sí. Tranquilo. Cómo me desinflató. Retrocedo. Eso muerde. —Barker tosió con amargura—. De todas formas, ¿qué hace usted aquí, Hawks? ¿Por qué no está bajando a pie por el sendero con su culo tieso y la nariz husmeando el aire? ¿Cree que le servirá de algo quedarse sentado aquí? ¿Qué espera? Que yo le diga, claro, un poco de reposo y un poco de ginebra y ya me encuentro bien, sencillamente bien, doctor, ¿a qué hora quiere que regrese mañana? ¿O lo que desea es que me derrumbe para poder atacar con facilidad a Claire? ¿Qué ha estado haciendo mientras yo dormía? ¿Manitas con ella? ¿O Connington se le adelantó? —Miró a su alrededor—. Supongo que es eso último.

—He estado pensando —repuso Hawks.

—¿Sobre qué?

—Sobre la razón por la que deseaba que yo estuviera aquí. Sobre el por qué acudió usted directamente a mí y me pidió que viniera. Me preguntaba si tenía usted la esperanza de que yo le hiciera regresar.

Barker se llevó la botella a la boca y escudriñó a Hawks por encima de ella mientras bebía. Cuando la bajó dijo:

—¿Qué se siente siendo usted? Todo lo que sucede ha de ser retorcido para que encaje con lo que usted quiere. Para usted, nada es nunca lo que aparenta ser.

—Eso es verdad para todo el mundo. Nadie percibe el mundo que otros ven. ¿Qué desearía que fuera, un hombre de latón? ¿Hueco, y más resistente que la carne? ¿Es eso lo que quiere que sea un hombre? —Hawks se inclinó hacia delante, arrugas

tenzas se abrieron a lo largo de sus huecas mejillas—. ¿Algo que siga inmutable una vez que las estrellas se hayan consumido y el universo se haya enfriado? ¿Que aún siga aquí cuando todo lo que alguna vez vivió haya muerto? ¿Es ésa la idea que tiene usted de un hombre respetable?

—Un hombre ha de luchar, Hawks —replicó Barker con mirada distante—. Un hombre debería mostrar que nunca teme morir. Debería adentrarse en el corazón de sus enemigos, cantando su marcha de muerte, y matar o ser muerto; jamás ha de temer enfrentarse a las pruebas de su hombría. Un hombre que vuelve la espalda..., que acecha en los límites de la contienda y empuja a otros a que se batan con sus enemigos... —Barker miró de repente a Hawks con gesto obvio—. Ése no es un hombre. Es una especie de cosa retorcida que se arrastra por el suelo.

Hawks se puso de pie y flexionó ligeramente las manos, sintiendo los brazos extraños, con el rostro perdido por encima del nivel de la lámpara. Las pantorrillas presionaban contra el cuero del canapé y lo empujaron levemente hacia la pared.

—¿Es ése el motivo por el que quiso que yo viniera aquí? ¿De modo que nadie pudiera decir que usted no era capaz de llevarse la serpiente al regazo? —Adelantó la cabeza y escudriñó a Barker—. ¿Es eso, guerrero? —preguntó inquisitivamente—. ¿Otro rito de iniciación? Usted nunca ha temido aceptar a sus enemigos y darles cobijo, ¿verdad? Un hombre de verdad no vacilaría en hospedar a asesinos en su casa y ofrecerles bebida y alimento, ¿cierto? Deja que Connington, el apuñalador traicionero, entre en tu hogar. Deja que Hawks, el asesino, haga lo peor. Deja que Claire te incite a un acto suicida detrás del otro, que pierda una pierna aquí y un trozo de carne en otra ocasión. ¿Qué le importa a usted? Es Barker, el guerrero mimbrenño. ¿No es eso? Sin embargo, ahora no piensa luchar. De repente ya no desea volver a la formación. La muerte le resultó demasiado impersonal. No le importaba lo valiente que fuera usted, o qué ritos iniciáticos hubiera pasado. Eso es lo que usted dijo, ¿verdad? Se sentía furibundo, Barker. Todavía lo está. ¿Qué es la Muerte, que ignora a un maduro guerrero mimbrenño?

»¿Es usted un guerrero? —preguntó—. Explíqueme esa parte. ¿Qué es lo que ha hecho alguna vez para alguno de nosotros? ¿Cuándo ha alzado un dedo para defenderse? Usted ve lo que nos proponemos, pero no hace nada al respecto. Teme que se piense de usted que es un hombre incapaz de luchar; sin embargo, ¿contra qué lucha? Lo único que ha hecho conmigo ha sido amenazarme con recoger sus cosas y volver a casa. No..., los coches deportivos y las pistas de esquí, las lanchas y los aeroplanos: ése es el tipo de cosas por las que se afana. Cosas y lugares donde usted controla la situación..., donde puede decir, al morir, que conoce la calidad del hombre al que ha matado. Cosas y lugares donde el paso fatal puede localizarse en el descuido o el cálculo erróneo de Barker, el asesino, que finalmente ha tenido éxito en vencer a su par, Barker, el guerrero. Incluso en la guerra, ¿luchó usted mano a mano,

en terreno abierto? Sólo fue un asesino, como todos nosotros, que golpeaba desde la oscuridad, y si le atraparon se debió a su error. ¿Con qué digno oponente, aparte de sí mismo, se enfrentó alguna vez?

»Creo que tiene usted miedo, Barker..., miedo de que nadie que pueda matarlo comprenda la clase de guerrero que es. ¿Cómo puede confiar en que los extraños le reconozcan por lo que es? Sin embargo, un guerrero nunca tiene miedo. Ni siquiera en su interior. ¿Cree que es eso lo que lo explica, Barker? ¿Ésa es la trampa en la que usted se ve atrapado? En los rincones más lejanos de su mente, ¿cree que todo ha sido racionalizado y mantenido con seguridad... que usted debe convivir entre sus enemigos para demostrar su valor, pero que no se atreve a batirse con ellos en mortal combate por miedo a morir de forma anónima? ¿Cree que ésa es la razón por la que un extraño ha de amenazarle para verse arrastrado hacia su vida? Y, ¿por qué usted le permite que lo agote y lo mate poco a poco, pero nunca se gira y se enfrenta a él, reconociendo que se encuentra librando una batalla por su vida? ¿Debido a que si usted permite que le ataquen lentamente, quizá el proceso lleve años, y puede suceder cualquier cosa que lo interrumpa; pero que sin embargo, si peleara, entonces acabaría inmediatamente, además y correría el peligro de perder y morir sin ser cantado? —Hawks miró de forma burlona a Barker. Aturdido, dijo—: Me pregunto si no será ésa la explicación.

Barker se incorporó con movimientos pausados de la silla.

—¿Quién es usted para decirme estas cosas, Hawks? —preguntó, observándolo con calma.

Se llevó la mano a la espalda sin mover los ojos y depositó la botella en la pequeña mesa que había al lado de la silla.

Hawks se pasó las palmas de la mano por la tela de su chaqueta.

—Medite en lo que le ocurrió hoy. Usted creyó que la formación era algo parecido a una pendiente de esquí compleja, ¿verdad, Barker? Sólo otro lugar inexorable, peligroso, como muchos otros en los que ha estado antes.

»Pero no había reglas que explicaran qué le mató cuando murió. Usted logró ir más allá de lo que indicaban los mapas. Al morir, no pudo decirse a sí mismo que había malinterpretado las reglas, o que no logró obedecerlas, o que intentó vencerlas. No había reglas. Nadie las descubrió. Usted murió desconociendo qué le mató. Y no había ninguna multitud que aplaudiera su habilidad o lamentara su destino. Una mano gigantesca descendió y le sacó del tablero..., y nadie sabe los motivos. De repente, usted supo que no se encontraba en ninguna pendiente de esquí, y que todas sus habilidades no significaban nada. Usted vio, con una claridad como nadie lo hará jamás, el rostro desenmascarado del universo desconocido. Los hombres le han colocado máscaras, Barker, y le han quitado algunas partes, y creyeron que lo sabían todo acerca de él. Sin embargo, sólo perciben las partes que conocen. Un hombre que

desciende por una pendiente montado en unos esquíes no ha asimilado el proceso de la gravedad y de la fricción. Lo único que ha hecho es aprender a tratar con ellas en esa situación en particular, a fin de realizar un salto grande y aterrizar a salvo. A pesar de todos los murmullos de la multitud que anhela ver a un hombre derrotando aquello que una vez mató a los hombres de forma despiadada. Nada de su destreza en el salto le ayudará si cae de un avión sin un paracaídas. Entonces, todos sus saltos anteriores y sus aterrizajes buenos no podrán con la gravedad. El universo dispone de unos recursos de muerte que apenas estamos comenzando a vislumbrar. Y usted acaba de averiguarlo.

»La muerte se halla en la naturaleza del universo, Barker. La muerte sólo es el funcionamiento de un mecanismo. Todo el universo ha estado muriendo desde el momento de su creación. ¿Es que esperaba que una *máquina* se preocupara por aquello sobre lo que actúa? La muerte es como los rayos del sol o una estrella fugaz; no les importa dónde caen. La muerte no puede ver los estandartes de una lanza o la guirnalda gloriosa en la mano de un moribundo. Las banderas y las flores son inventos de la vida. Cuando un hombre muere cae en manos enemigas..., un enemigo indiferente, que no sólo escupe sobre los estandartes sino que ni siquiera sabe lo que éstos significan. Ningún hombre corriente soporta ese descubrimiento. Usted lo averiguó hoy. Usted permaneció sentado en el laboratorio y quedó mudo ante semejante injusticia. Nunca creyó que la justicia se tratara de otra invención humana. No obstante, unas horas de descanso y un poco de ginebra le *han* ayudado. El impacto ha menguado. Todos los impactos humanos decrecen..., excepto el crítico. Ahora se halla indefenso, igual que Rogan y los demás. De algún modo, la creación en el interior de su cerebro sigue queriendo avanzar. ¿Por qué? ¿Cómo es que la muerte no derribó sus cimientos, si es que son lo que usted pensaba que eran?

»¿Sabe por qué aún está cuerdo, Barker? Creo que yo sí lo sé. Pienso que se debe a que tiene a Claire, y a Connington, y a mí mismo. Creo que es porque sabía que podía refugiarse en nosotros. En realidad, no es la Muerte lo que hace que usted pruebe su propia valía ante sí mismo; es la amenaza de morir. No la Muerte, sino los asesinos. Mientras nos tenga a nosotros a su alrededor, sus partes vitales están a salvo.

Barker avanzaba en su dirección, con las manos medio levantadas.

Hawks continuó:

—No tiene ningún sentido, Barker. No puede hacerme nada. Si fuera a matarme, habría demostrado que temía tratar conmigo.

—No es verdad —repuso Barker en voz alta—. Un guerrero mata a sus enemigos.

Hawks contempló los ojos de Barker.

—Usted no es un guerrero, Al —comentó con pena—. No la clase de guerrero que piensa que quiere ser. Usted es un hombre, eso es todo. Quiere ser un hombre

digno..., un hombre que satisfaga sus propios cánones, cuya altura sea la elegida por él. Eso es todo. Eso es suficiente.

Los brazos de Barker comenzaron a temblar. La cabeza cayó a un lado y miró a Hawks con ojos parpadeantes y torvos.

—¡Es usted tan inteligente! —jadeó—. ¡Sabe tanto! Conoce más sobre mí que yo mismo. ¿Cómo es eso, Hawks..., quién le rozó la frente con una varita mágica?

—Yo también soy un hombre, Al.

—¿Sí? —los brazos de Barker se hundieron a los costados—. No por ello me cae mejor. Largúese de aquí, hombre, mientras aún puede. —Dio media vuelta y atravesó la sala con pasos breves, rápidos y compulsivos. Abrió de golpe la puerta—. ¡Déjeme con mis viejos y conocidos asesinos!

Hawks le miró y no dijo nada. Su expresión aparecía atribulada. Entonces se puso en movimiento y comenzó a caminar. Se detuvo en el umbral de la puerta y se quedó cara a cara delante de Barker.

—He de tenerle —dijo—. Necesito su informe por la mañana, y necesito que vuelva una vez más al interior de esa cosa.

—Largúese, Hawks —replicó Barker.

—Ya se lo dije —comentó Hawks, y salió a la oscuridad.

Barker cerró de un portazo. Se volvió hacia el corredor que conducía a la otra ala de la casa, con el cuello tenso y la boca abierta para gritar. El grito surgió casi de forma inaudible entre el cristal que le separaba de Hawks:

—¿Claire? ¡Claire!

7

Hawks atravesó el rectángulo de luz que cruzaba el césped hasta que llegó al borde irregular que era el comienzo del precipicio que daba al mar. Permaneció mirando la espuma invisible con la forma indistinta de la niebla marina llenando la noche delante de él.

—Una oscuridad —dijo en voz alta—. Una oscuridad en la que no se veía ninguna estrella.

Entonces comenzó a andar con la cabeza baja y las manos en los bolsillos por el borde del precipicio.

Cuando llegó al patio de baldosas que había entre la piscina y la zona más alejada

de la casa, pasó entre la mesa y las sillas de metal que había en el centro, abriéndose camino en la difusa luz.

—Bien, Ed —comentó con voz triste Claire desde la silla situada al otro extremo de la mesa—. ¿Se une a mí?

Volvió la cabeza sorprendido, y luego se sentó.

—Supongo que sí.

Claire se había puesto un vestido y bebía una taza de café.

—¿Quiere un poco? —le ofreció con voz suave e insegura—. Es una noche fresca.

—Gracias —cogió la taza cuando ella alargó el brazo para dársela y bebió del otro lado de la gruesa mancha de lápiz de labios—. No sabía que estaría aquí.

Ella se rió entre dientes, con ironía.

—Me canso de abrir puertas y descubrir a Connie en el otro lado. Estaba esperando que Al se despertara.

—Ya lo ha hecho.

—Lo sé.

Le devolvió la taza.

—¿Lo oyó todo?

—Estaba en la cocina. Fue..., fue toda una experiencia escuchar cómo hablaba así de mí.

Depositó el café haciendo chocar la taza contra el plato y se pasó los brazos alrededor del cuerpo, con los hombros inclinados mientras miraba el suelo.

Hawks no repuso nada. Casi era demasiado oscuro para ver la expresión facial a través del diámetro de la mesa y, durante un momento, cerró los ojos, manteniendo los párpados firmemente apretados, antes de abrirlos de nuevo y ponerse de lado en la silla, con una mano descansando sobre la mesa, los dedos arqueados mientras se inclinaba hacia ella.

—No sé por qué lo hago, Hawks —dijo ella—. No lo sé. Pero sí le trato como si le odiara. Lo hago con todo el mundo. No puedo conocer a nadie sin convertirme en una perra.

—¿También con las mujeres?

Giró el rostro hacia él.

—¿Qué mujer querrá estar el tiempo suficiente a mi lado como para comprobarlo de verdad? ¿Y qué hombre va a ignorar mi parte femenina? Pero yo también soy un ser humano; no soy simplemente algo que..., todo físico. Sin embargo, a nadie le *caigo* bien, Hawks..., ¡nadie muestra jamás ningún interés en la parte *humana* de mí!

—Bien, Claire...

—No es una sensación agradable, Hawks, escuchar que hablan de ti de esa forma. «Yo sé lo que es ella..., por Dios, yo sé lo que es ella». ¿Cómo lo sabe? ¿Cuándo ha

intentado *conocerme*? ¿Qué ha hecho jamás para averiguar lo que pienso, lo que siento? Y Connington... que trata de manipularme, que trata de llevarlo todo de un modo retorcido para que, al fin, me entregue a él. Intentando involucrar a Al en algo que está seguro que va a arruinarlo por completo, de forma que yo ya no lo quiera más. ¿Qué le hace pensar que ha de ser Connington si alguna vez me separo de Al? ¿Sólo porque Connie está siempre por aquí..., porque no tiene el suficiente sentido común para marcharse una vez que ha sido rechazado? ¿Es culpa mía que siempre se quede? No consigue nada a cambio. Lo único que logra es que Al se enfurezca de vez en cuando.

—¿No le convierte eso en una persona útil para usted? —inquirió Hawks.

—¡Y usted...! —estalló Claire—. ¡Tan malditamente seguro de que nada puede rozarle sin su consentimiento! Haciendo comentarios agudos. ¡Se supone que «tentar» a Al es lo que yo hago! Bueno, pues escuche: ¿podría hacer que un ladrillo volara? ¿Podría convertir una ostra en un cisne? Si no fuera de la forma que es, ¿qué podría hacerle? Yo no le ordeno que vaya y realice esas cosas. Y también intenté mantenerlo alejado de usted..., cuando se marchó, aquel primer día, ¡traté de que abandonara el proyecto! Sin embargo, lo único que conseguí fue que se pusiera celoso. ¡No era eso lo que yo perseguía! Yo nunca me insinué a usted antes de hoy, no una insinuación real, simplemente, yo, no lo sé, podría decir que actuaba como de costumbre..., ¡y usted lo sabe!

Alargó el brazo por la superficie de la mesa con un movimiento veloz y le cogió la mano.

—¿Tiene alguna idea de lo sola que me siento? ¿De cuánto desearía no ser yo misma? —Tiró ciegamente de su mano—. Pero ¿qué puedo hacer al respecto? ¿Cómo puedo llegar a cambiar ahora?

—No lo sé, Claire —repuso Hawks—. Es muy difícil para la gente cambiarse a sí misma.

—¡Pero yo no quiero *odiarme*, Hawks! ¡No durante toda mi vida, como ahora! ¿Qué creen todos ustedes que soy: ciega, sorda, estúpida? Sé cómo se comporta la gente buena..., y sé lo que es ser una perra y lo que es no serlo. Una vez fui una niña..., asistí a la escuela, me enseñaron ética, y moral, y comprensión. No soy alguien de *Marte*... ¿Es que todos ustedes piensan que soy así porque no conozco nada mejor?

Hawks repuso con voz entrecortada:

—Supongo que todos conocemos algo mejor. Sin embargo, y de vez en cuando, lo olvidamos. Algunos creemos que hemos de hacerlo, por algo que consideramos que lo requiere. —Su rostro era un abanico de expresiones—. Si lo que acabo de decir no parece tener mucho sentido, lo siento. No sé qué otra cosa decirle, Claire.

Ella se puso de pie de un salto, sosteniendo aún su mano, y dio la vuelta alrededor

de la mesa hasta detenerse delante de él; se inclinó, aferrando los dedos de él con ambas manos.

—Podría decirme que le caigo bien, Ed —susurró—. ¡Usted es el único que podría ir más allá de mi exterior y *gustarle!*

Se incorporó cuando ella tiró de su mano.

—Claire... —comenzó.

—¡No, no, no, Ed! —cortó ella, rodeándole con los brazos—. No deseo hablar. Sólo quiero *ser*. Quiero que alguien me abrace y no piense en mí como una mujer. Por una vez en mi vida, anhelo sentir calor..., ¡tener a otro ser humano cerca de mí! —Sus brazos subieron por la espalda de él y sus manos cogieron cuello y nuca—. Por favor, Ed —murmuró, con el rostro tan cerca que sus ojos se desbordaron y brillaron bajo la luz lejana, de modo que en el siguiente instante la húmeda mejilla de ella tocó la de él—. Si puede, concédame eso.

—No lo sé, Claire... —comenzó él de forma incierta—. No estoy seguro de que usted...

Ella empezó a besarle las mejillas y los ojos, mientras sus uñas le mesaban el cabello de la nuca.

—Hawks —dijo como ahogada—. Hawks, me encuentro tan perdida...

Él tenía la cabeza inclinada, y los dedos de ella estaban tan rígidos detrás, que los tendones sobresalían como cuerdas en el dorso de sus manos. Los labios de ella se abrieron, y las sandalias de cuero produjeron un ruido apagado sobre las piedras del patio.

—Olvide todo —musitó ella al besarle la boca—. Piense sólo en mí.

Entonces ella se apartó repentinamente y permaneció a unos treinta centímetros de él, con el dorso de una mano apoyado contra el labio superior, los hombros y las caderas flojos. Jadeaba rítmicamente, y sus ojos brillaban.

—No..., no, no puedo contenerme..., no con usted. Usted es demasiado para mí, Ed. —Alzó los hombros y dio medio paso hacia él—. Olvide eso de caerle bien —dijo desde lo más profundo de su garganta en el momento en que alargaba los brazos hacia él—. Simplemente, tómeme. Siempre podré conseguir a alguien a quien le caiga bien.

Hawks no se movió. Ella le miró, con los brazos extendidos y el rostro hambriento. Luego bajó los brazos despacio y exclamó con voz apagada:

—¡No le culpo! No pude evitarlo, pero no le culpo por lo que está pensando. Cree que soy una especie de ninfómana, que enloquece ante cualquier hombre. Considera que, debido a que me está ocurriendo ahora, sucede siempre lo mismo. Piensa que, porque podría hacer lo que quisiera conmigo, lo que dije antes acerca de mí no es la verdad. Usted...

—No —cortó Hawks—. Aunque no creo que usted piense que es verdad.

Considera que es algo que puede usar ya que suena plausible. Y así es. Es verdad. Y, cada vez que teme que un hombre está a punto de descubrirlo, intenta distraer su atención con lo único de usted que imagina que él estará interesado. Pienso que tiene miedo de hallarse en un mundo lleno de criaturas llamadas hombres. No importa todo lo que insista en decir que trata de no ser de esa forma, siempre ha de cortar a los hombres hasta dejarlos de su tamaño. —Cogió el pañuelo del bolsillo de la pechera y se limpió torpemente los labios—. Lo siento —continuó—. Pero es así como me lo parece a mí. Connington funciona con la premisa de que todo el mundo tiene una debilidad que él puede explotar. No sé si tiene o no razón; sin embargo, la suya es que usted sólo se entrega a los hombres que cree que descubrirán esa debilidad. Me pregunto si lo sabía.

Los dedos de ella se clavaron en la tela que cubría sus rígidos muslos.

—Tiene miedo, Hawks —dijo—. Tiene miedo de una mujer, igual que tantos otros.

—¿Me culparía? Tengo miedo de muchas cosas. La gente que no desea ser gente es una de ellas.

—¿Simplemente por qué no se calla la boca, Hawks? ¿Qué es lo que hace, ir por la vida dando charlas? ¿Sabe lo que es usted, Hawks? Una persona detestable. Aburrido e *insoportable*. Un pelmazo de primera. No le quiero ver más por aquí. No quiero volver a verle nunca más.

—Lamento que no desee ser diferente, Claire. Dígame una cosa. Hace un momento, casi lo consiguió. Se aproximó mucho. Sería una tontería que yo lo negara. Si hubiera hecho lo que intentaba hacer conmigo, ¿seguiría siendo un insoportable? ¿Y qué sería usted, que por amor a la seguridad se entregaría a un hombre al que desprecia?

—¡Oh, *largúese* de aquí, Hawks!

—¿El hecho de ser un pelmazo me vuelve incompetente para ver las cosas con claridad?

—¿Cuándo va a dejar de intentarlo? ¡No deseo nada de su *apestosa* ayuda!

—No pensé que la deseara. Ya se lo dije. Es lo único que he dicho. —Se volvió en dirección a la casa— Voy a ver si Al me deja emplear su teléfono. Necesito que alguien me saque de aquí. Me hago demasiado viejo para las grandes caminatas.

—¡Váyase al *infierno*, Hawks! —gritó ella, siguiéndole al mismo paso, uno o dos metros detrás.

Hawks caminó más deprisa, con las piernas rígidas, oscilando los brazos en arcos breves.

—¿Me ha oído? ¡Piérdase! ¡Vamos, *largúese* de aquí!

Hawks llegó hasta la puerta de la cocina y la abrió. Connington se hallaba derrumbado de espaldas contra una encimera, con la camisa playera y el bañador

salpicados de sangre y saliva de la boca. La mano izquierda de Barker, cerrada sobre su cabello, era lo único que le impedía caer del taburete alto sobre el que era sostenido. El puño derecho de Barker estaba echado hacia atrás, manchado y con unos cortes profundos del impacto contra los dientes y que le llegaban a los huesos de sus nudillos.

—Me quedé dormido, eso es todo —farfullaba desesperadamente Connington—. Perdí el conocimiento en la cama de ella, eso es todo..., ella no estaba.

El antebrazo de Barker salió disparado y su puño chocó de nuevo contra el rostro de Connington. Dijo con voz furiosa:

—¡Esto sólo es por desearlo, Connie! No pienso tolerar encontrarte en la cama de mi mujer. Eso es todo, ¡no puedo dejar que salgas impune de algo así!

Connington tanteó de forma apática detrás de él, en busca de un asidero. No se esforzaba en defenderse.

—Ésa es la única manera en la que jamás podrías encontrarme allí. —Lloraba, al parecer sin ser consciente de que lo hacía—. Creí que por fin lo había descubierto. Pensé que hoy iba a ser el día. Nunca conseguí estar a su altura. Puedo descubrir la puerta que me permite penetrar en todas las personas. Todo el mundo tiene un punto débil. Todo el mundo se resquebraja veces, y me permite verlo. Todo el mundo. Nadie es perfecto. Ése es el gran secreto. Todo el mundo menos ella. Tenía que resbalar en alguna ocasión; sin embargo, nunca logré verlo. Yo, el gran jefe de personal.

—*¡Déjale en paz!* —Aulló Claire detrás de Hawks. Arañó la espalda de Hawks hasta que éste se apartó de la puerta; entonces le clavó las uñas a Barker, que saltó hacia atrás con la mano sujetándose el antebrazo—. ¡Apártate de él! —gritó a la cara de Barker, agazapándose con los pies separados y las temblorosas manos alzadas.

Cogió una toalla, mojó un extremo en el fregadero y se dirigió a donde estaba Connington, hundido sobre el taburete y mirándola con ojos lacrimosos.

Se inclinó sobre Connington y comenzó a frotarle la cara con movimientos frenéticos.

—Vamos, cariño —canturreó—. Vamos. Vamos. —Connington elevó una mano, con la palma hacia fuera y los flojos dedos abiertos, y ella la cogió, apretándola y llevándosela hasta su cuello, mientras seguía frotando febrilmente la aplastada boca—. Yo te curaré, cariño..., no te preocupes.

Connington giró la cabeza de lado a lado, mirando con ojos ciegos en dirección a ella, gimiendo mientras la toalla recorría los cortes.

—No, no, cariño —le reprendió ella—. ¡No, quédate quieto, cariño! No te preocupes. Yo te necesito, Connie. Por favor.

Comenzó a limpiarle el pecho, abriendo la parte superior de la camisa y deslizándola por encima de sus hombros, como un policía al realizar el arresto de un

borracho.

—Muy bien, Claire —anunció Barker con rigidez—. Esto es el fin. Para mañana quiero que saques todas tus cosas de aquí. —Curvó la boca en un gesto de asco—. Nunca creí que te convertirías en una carroñera.

Hawks dio media vuelta y descubrió un teléfono situado en la pared. Debido a la prisa, disco con torpeza.

—Soy..., soy Ed —dijo con la garganta constreñida—. Me pregunto si podrías ir hasta aquella parada en la carretera, donde está situada la tienda con los surtidores, y recogerme. Sí, yo..., necesito que me lleven de nuevo a la ciudad. Gracias. Sí, estaré esperando allí.

Colgó y, al volverse, Barker, con expresión atontada, le preguntó:

—¿Cómo lo ha hecho, Hawks? —Casi gritó—. ¿Cómo consiguió esto?

—¿Estará mañana en el laboratorio? —inquirió Hawks con cansancio.

Barker le miró a través de sus refulgentes ojos negros. Señaló con un brazo a Claire y a Connington.

—¿Qué me quedaría, Hawks, si le perdiera a usted?

SEIS

—Pareces cansado —comentó Elizabeth cuando los fluorescentes del techo del estudio se encendieron después de un parpadeo y Hawks se sentó en el sofá.

Sacudió la cabeza.

—No he estado trabajando duro. Es la misma vieja historia..., cuando era niño, en la granja, realizaba tareas físicas hasta quedar exhausto, de modo que no tuviera ningún problema para dormir. Me despertaría por la mañana y me sentiría de maravilla; estaría descansado, lleno de energía, y sabría con toda exactitud que tenía por delante aquel día, y que haría todo lo que tuviera que hacer. Incluso cuando me hallaba cansado me sentía *bien*; tenía la impresión de que lo que acababa de realizar era lo correcto. Aun cuando después de la cena no podía mantener los ojos abiertos, mi cuerpo estaba relajado y feliz. No sé si ello resulta comprensible si no lo has experimentado; pero era así.

»Sin embargo, ahora permanezco siempre sentado y pienso. No puedo dormir por la noche, y me levanto por la mañana sintiéndome peor que el día anterior. Necesito horas hasta que dejo de sentir que mi cuerpo está irritado. A veces creo que por el día la situación mejora únicamente porque mi cuerpo se embota, no porque la irritación se desvanezca. Nunca me siento bien. Continuamente estoy lleno de molestias y dolores que surgen de ninguna parte. Me miro en el espejo y me contempla un hombre enfermo..., la clase de hombre en la que no confiaría, si tuviera que trabajar con él, para que pudiera realizar sus tareas.

Elizabeth enarcó una ceja.

—Creo que te vendría bien un poco de café.

Él sonrió con una mueca.

—Preferiría té, si tienes.

—Me parece que sí. Veré.

Atravesó el estudio hacia la esquina tapada con una cortina, donde se encontraban la alacena y el hornillo.

—Oh..., mira —llamó él a su espalda—. Estoy siendo tonto. El café es perfecto. Si no tienes té.

Se sentaron en el sofá juntos, bebiendo té. Elizabeth depositó la taza sobre la mesa.

—¿Qué ocurrió esta noche? —preguntó.

Hawks sacudió la cabeza.

—No estoy completamente seguro. En parte fue un problema de mujer.

Elizabeth gruñó:

—Oh.

—No del tipo normal —se apresuró a decir Hawks.

—No pensé que lo fuera.

—¿Por qué?

—Tú no eres el tipo de hombre normal.

Hawks frunció el ceño.

—No, supongo que no. Por lo menos, no parece que reciba las reacciones normales de la gente. Y no sé por qué.

—¿Quieres saber qué es lo que sucede entre las mujeres y tú?

Hawks la miró parpadeando.

—Sí. Mucho.

—Las tratas como a personas.

—¿Sí? —sacudió de nuevo la cabeza—. No lo creo. Nunca he sido capaz de entenderlas muy bien. No sé por qué hacen la mayor parte de las cosas que hacen. Yo... De hecho, Elizabeth, he tenido un montón de problemas con las mujeres.

Elizabeth le acarició la mano.

—No me sorprendería en absoluto. Pero eso está al margen de la cuestión. Ahora piensa en esto: yo soy bastante más joven que tú.

Hawks asintió, con una expresión turbada.

—Lo he pensado.

—Ahora medita también en esto: tú no eres encantador, elegante o dicharachero. De hecho, tienes un aspecto gracioso. Estás demasiado ocupado como para dedicarme mucho tiempo y, aunque me llevaras alguna noche a bailar, estarías tan fuera de lugar que yo no lo disfrutaría. Sin embargo, haces una cosa: que sienta que mis reglas son tan valiosas para mí como las tuyas lo son para ti. Cuando me pides que haga algo, sé que no te sentirás herido si me niego. Y, si lo hago, no piensas que has conseguido un punto en alguna especie de juego complejo. No intentas usarme, no me engañas, no tratas de cambiarme. Yo ocupo tanto espacio en el mundo, tal como tú lo percibes, como tú. ¿Tienes alguna remota idea de lo raro que es eso?

Hawks estaba perplejo.

—Me alegra que lo veas así —repuso con lentitud—, pero no considero que sea verdad. Mira... —Se puso de pie y comenzó a andar de un lado para otro mientras Elizabeth seguía sentada observándole, con una ligera sonrisa en el rostro—. Las mujeres —prosiguió con énfasis— siempre me han fascinado. De niño realicé los tanteos normales. No me tomó mucho tiempo descubrir que la vida no era lo que ocurría en esas historias mimeografiadas que hacíamos circular por la escuela. No, había algo más..., ¿qué?, no lo sé; sin embargo, había algo acerca de las mujeres. No me refiero al aspecto físico. Quiero decir algo especial sobre las mujeres: un objetivo que yo no podía captar. Lo que me molestaba era que estaban estos otros organismos inteligentes, en el mismo mundo que los hombres, y debía haber un propósito para esa inteligencia. Si todas las mujeres sólo estaban para la continuidad de la especie,

¿para qué necesitaban la inteligencia? Con un simple juego de instintos se habrían podido arreglar igual de bien. Y, de hecho, los instintos están ahí, de modo que, ¿cuál era el objetivo de la inteligencia? Había hombres de sobra para encargarse de convertir el entorno en un lugar cómodo. Ésa no era la causa de las mujeres. Por lo menos, no era por lo que *tenían* que poseer inteligencia... Pero nunca lo averigüé. Y siempre me lo he preguntado.

Elizabeth sonrió.

—Sigues sin ver que nosotras pensamos lo mismo de vosotros.

Hawks suspiró y dijo:

—Tal vez. Pero eso no me aclara lo que quiero saber.

—Quizá lo descubras pronto —comentó Elizabeth con voz suave—. Mientras tanto, ¿por qué no has intentado hacerme el amor?

Hawks la miró con los ojos abiertos.

—¡Por todos los cielos, Elizabeth, aún no te conozco lo suficientemente bien!

—Eso era lo que quería decir acerca de ti —repuso Elizabeth, mientras el rubor desaparecía de su rostro—. Ahora, doctor, ¿te gustaría otra taza de té?

Elizabeth había vuelto a trabajar a su mesa de dibujo, sentada con los tacones enganchados en el apoyapies superior de su taburete; un hilillo de humo se alzaba de un cenicero sostenido por dos chinchelas grandes en el borde del tablero. Esporádicamente, una voluta de humo se metía en sus ojos y la obligaba a cerrarlos. Entonces maldecía en voz baja y miraba a Hawks, que estaba sentado en un almohadón al lado de la mesa, sujetándose con una mano las rodillas encogidas.

—En la universidad me enamoré de una muchacha —comentó—. Una chica muy atractiva, de Chicago. Era inteligente y, por encima de todo, poseía tacto. Había visto y hecho tantas cosas más que yo: obras de teatro, ópera, conciertos, todo aquello de lo que puedes disfrutar en una ciudad. La envidiaba tremendamente por ello y la admiraba mucho. Pero lo que pasó es que nunca traté de compartir todas esas cosas con ella. Creo que tenía la idea de que, si le pedía que me hablara de ellas, se las estaría quitando... como si recibiera algo de ella que le había costado mucho conseguir y que yo no tenía derecho a arrebatarse. Sin embargo, me dije a mí mismo que una persona tan buena como ella podría valorar si yo valía la pena o no. Bueno, creo que es así como lo pensé. De cualquier modo, intenté compartirlo todo con ella. De hecho, la aburrí.

Elizabeth dejó el lápiz a un lado y alzó la cabeza para observarle.

—Hubo momentos en los que estuvimos muy cerca el uno del otro, y otros en que no tanto. Yo siempre temía perderla. Y un día, poco antes de graduarnos, me dijo con mucho tacto: “Ed, ¿por qué no te relajas y me llevas a algún lugar donde podamos beber una o dos copas? Podríamos bailar un poco e ir a dar una vuelta en el coche, y aparcarlo en algún sitio y simplemente no hablar”. Algo me dominó —comentó

Hawks—. En el tiempo en que se tarda en parpadear, dejé de estar enamorado. Nunca más me acerqué a ella.

»¿Por qué exactamente? No lo sé. ¿Sólo porque creí que yo era tan maravilloso que el hecho de que no me escucharan me resultaba inimaginable? No lo creo. Sé que estaba lleno de bobadas. Sabía que la mayoría de las cosas que tenía que decir no resultaban originales ni interesantes. Y yo nunca había hablado con nadie salvo con ella. Apenas conseguía obligarme a mantener conversaciones sociales con otra gente. Pero yo la *amaba*, Elizabeth, y ella me había dicho que ya no quería escucharme más; entonces dejé de amarla. Fue como si se hubiera convertido en una cobra. Empecé a temblar de forma incontrolada. Me alejé de ella tan pronto como pude y me dirigí a mi cuarto..., y permanecí allí sentado, temblando. Debí transcurrir una hora antes de que me controlara.

»Ella intentó varias veces ponerse en contacto conmigo. Y hubo momentos en los que yo salí casi a buscarla de nuevo. Sin embargo, nunca funcionó. Yo me había desenamorado. Y me sentía asustado... En una ocasión, en la guerra, me vi atrapado en el incendio de un laboratorio y apenas logré escapar a tiempo. Durante unos pocos minutos estuve convencido de que iba a morir. Ésa es la única vez en la que experimenté el mismo temor... Oh, sí—repitió—, tengo problemas con las mujeres.

—Quizá tu problema sea con la muerte.

La expresión de él se hizo infinitamente lejana. La compostura de su cara y de su cuerpo se modificó.

—Sí —corroboró—, así es.

Finalmente se puso de pie, con las manos en los bolsillos, después de haber permanecido sentado durante largo tiempo sin pronunciar palabra.

—Es tarde. Será mejor que me marche —anunció.

Elizabeth alzó la vista de su trabajo.

—¿Aún sigues con ese proyecto?

Sonrió con un gesto torcido.

—Supongo que sí. Doy por hecho que toda la gente que necesito aparecerá en el trabajo mañana.

—¿Es que algunos se quedan en casa los sábados?

—¿Oh? ¿Mañana es sábado?

—Pensé que era eso lo que querías dar a entender.

—No. No, no lo recordaba. Y pasado mañana será domingo.

Elizabeth enarcó las cejas y repuso inocentemente:

—Sí, normalmente es así.

—Cobey estará bastante irritado —murmuró Hawks, perdido en sus pensamientos—. Tendrá que pagarle a los técnicos horas extra.

—¿Quién es Cobey?

—Un hombre, Elizabeth. Otro hombre que conozco.

Ella le condujo a casa, al edificio de apartamentos estucado con una tonalidad pastel construido a mediados de los años 20 donde él tenía su vivienda de batalla de una habitación y media.

—Nunca antes había visto el lugar donde vivías —dijo ella, mientras ponía el freno de mano.

—No —admitió él. Su rostro estaba tenso por la fatiga. Permaneció sentado con la barbilla apoyada sobre el pecho y las rodillas contra la guantera—. Es... —Con un gesto vago de la mano indicó el edificio con techo de tejas, en cuyas paredes se veían unas grietas que habían sido enyesadas en repetidas ocasiones y pintadas de nuevo por encima de la pintura original—. Es un lugar.

—¿Nunca echas de menos el campo y la granja? ¿Los territorios abiertos? ¿Los bosques? ¿El cielo despejado?

—No había muchos campos abiertos —contestó él—. En su mayor parte se criaban pollos, y todo estaba lleno de gallineros de una o dos plantas. —Miró fuera de la ventanilla—. Gallineros. —La observó de nuevo—. ¿Sabes? Los pollos son muy proclives a los problemas respiratorios. Estornudan y roncan toda la noche, por millares..., es un sonido que pende sobre pueblos enteros, como el gemido de una multitud lejana que llorara. Los pollos. Solía preguntarme si sabían lo que éramos nosotros..., por qué los teníamos encerrados y los hacíamos comer de unos abrevaderos y beber de unas espitas. Por qué los protegíamos de la lluvia y nos rompíamos las espaldas para llevarles una mezcla húmeda de granos. Por qué entrábamos cada semana a su gallinero y les quitábamos los excrementos de debajo de sus nidos e intentábamos mantener los gallineros tan limpios de cualquier enfermedad como fuera posible. Me preguntaba si lo sabían, y si ésa era la causa por la que cacareaban mientras dormían. Pero, por supuesto, los pollos sonabismalmente estúpidos. De todas las cosas vivas del mundo, sólo el Hombre piensa como el Hombre.

Abrió la puerta del coche, se volvió a medias para salir, y luego se detuvo.

—¿Sabes?... ¿Sabes? —comenzó de nuevo—. Cuando estamos juntos, *hablo* mucho. —La miró con una expresión de disculpa—. Debes aburrirte mucho con mi charla.

—No me importa.

Él sacudió la cabeza.

—No te entiendo. —Le sonrió con gentileza.

—¿Te gustaría hacerlo?

Él parpadeó.

—Sí. Mucho.

—Puede que yo también sienta lo mismo hacia ti.

Volvió a parpadear.

—Bueno —dijo—. Bueno, creo que he dado por sentado eso todo el tiempo, ¿verdad? Nunca lo pensé. Jamás. —Sacudió la cabeza. Añadió con pesar—: Sólo el Hombre piensa como el Hombre. —Salió del coche y se quedó al lado de la puerta, mirándola—. Has sido muy amable conmigo esta noche, Elizabeth. Gracias.

—Quiero que me llames de nuevo tan pronto como puedas.

De repente, él frunció el ceño.

—Sí. Tan pronto como pueda —repitió con voz perturbada. Cerró la puerta y se quedó dándole unos golpecitos al marco de la ventanilla abierta—. Sí-insistió. Sonrió con una mueca—. El tiempo pasa —se quejó en voz baja—. Te..., te llamaré —le confirmó, y se alejó en dirección a la casa de apartamentos, con la cabeza gacha y los brazos colgando a los costados, las manos largas abriéndose y cerrándose al ritmo de sus pasos, siguiendo una trayectoria levemente errática, de modo que había recorrido el sendero de uno a otro extremo antes de alcanzar la puerta del edificio y ponerse a buscar las llaves.

Por fin consiguió abrir la puerta. Dio media vuelta, miró hacia el coche y agitó la mano con un movimiento rígido, como si no estuviera seguro de que hubieran terminado su conversación. Luego dejó caer el brazo y empujó la puerta.

SIETE

Barker llegó al día siguiente al laboratorio con los ojos enrojecidos. Le temblaban las manos mientras se ponía la ropa interior.

Hawks se le acercó.

—Me alegra verle aquí —comentó con cierta incomodidad.

Barker alzó la vista y no replicó nada.

Hawks prosiguió:

—¿Está seguro de que se encuentra bien? Si no se siente bien podemos cancelarlo hasta mañana.

—Deje de preocuparse por mí—repuso Barker.

Hawks se llevó las manos a los bolsillos.

—Bien. ¿Ha ido a ver a los especialistas de navegación?

Barker asintió.

—¿Fue capaz de darles un informe detallado de los resultados de ayer?

—Parecieron felices. ¿Por qué no aguarda hasta que digieran toda la información y le lleven los informes a su escritorio? ¿Qué le importa a usted lo que yo encuentre ahí arriba mientras siga avanzando y no me venga abajo? ¿No es verdad? A usted no le importa lo que me suceda; lo único que yo hago es trazar un camino para que sus inteligentes técnicos no tropiecen con nada cuando suban y lo desmonten todo, ¿cierto? Así que, ¿a usted qué le preocupa, salvo que me pierda y tenga que encontrar a un nuevo tipo? ¿Y cómo lo haría? ¿A cuánta gente cree usted que tenía Connington en sus planes dentro de su cabeza? No eran planes que conducían hasta aquí, ¿verdad? De modo que, ¿por qué no me deja en paz?

—Barker... —Hawks sacudió la cabeza—. No, olvídalo. No tiene ningún sentido que hablemos.

—Espero que lo cumpla.

Hawks suspiró.

—De acuerdo. Hay una cosa más; a partir de ahora, esto va a continuar día tras día, siempre que las condiciones astronómicas lo permitan. No pararemos hasta que usted haya salido por el otro lado de la formación. Una vez que comencemos, nos resultará difícil interrumpir el impulso. Pero, si en alguna ocasión, desea usted tomarse un descanso: trabajar en sus coches, cualquier cosa..., si nos es posible, lo haremos. Nosotros...

Los labios de Barker se tensaron en una mueca.

—Hawks, he venido aquí a hacer algo. Y pretendo llevarlo a cabo. Es lo único que deseo hacer. ¿De acuerdo?

Hawks asintió.

—Muy bien, Barker. —Se sacó las manos de los bolsillos—. Espero que no nos

lleve demasiado tiempo cumplirlo.

Hawks bajó por el corredor hasta que llegó a la sección de navegación. Llamó a la puerta y entró. Los hombres del equipo de especialistas alzaron la vista, y luego se apiñaron de nuevo alrededor del mapa a gran escala de la formación que ocupaba la mesa de cuatro metros cuadrados en el centro de la sala. Sólo el oficial de la Guardia Costera que estaba al mando se aproximó a Hawks mientras los demás, pacientemente, marcaban la gran lámina de plástico con tiza de color rojo sujeta a los extremos de unos señaladores de madera. Uno de ellos se hallaba al lado de una grabadora, con la cabeza ladeada mientras escuchaba la voz de Barker.

La voz sonaba baja y ahogada.

—¡Ya se lo dije! —comentaba—. Hay una especie de nube azul..., y algo que parece moverse en su interior. No es como algo vivo.

—Sí, ya tenemos eso —replicó la voz paciente de uno de los miembros del equipo—. Pero ¿a qué distancia se encontraba del lugar en el que se hallaba usted en la colina de arena blanca? ¿A cuántos pasos?

—Es difícil de calibrar. A unos seis o siete.

—Oh, oh. Ahora bien, usted ha dicho que se encontraba directamente a la derecha del sitio al que usted miraba. Bien, entonces, ¿qué hizo usted?

—Di un rodeo de unos dos metros hacia el saliente, y giré a la izquierda para seguir el camino del chapitel rojo. Entonces...

—¿Se dio cuenta de dónde se encontraba la nube azul, en relación con usted, cuando dio la vuelta?

—La miraba hacia atrás por encima de mi hombro derecho.

—Ya veo. ¿Podría volver la cabeza ahora en ese ángulo para que pueda tener una mejor idea de la dirección? Gracias. A unos doce grados a la derecha. ¿Y seguía a unos seis o siete pasos en línea recta?

El miembro del equipo detuvo la cinta, la hizo retroceder, y volvió a escucharla de nuevo. Realizó una anotación en una hoja de papel.

El oficial de la Guardia Costera le preguntó a Hawks:

—¿Puedo ayudarle en algo, doctor? Transcribiremos esto y se lo enviaremos en unas pocas horas. Tan pronto como esté acabado, se lo llevaremos directamente a su despacho.

Hawks sonrió.

—No vine a darles prisa o a entorpecer su trabajo. No se preocupe, teniente. Sólo quería saber qué aspecto general tenía la cosa. ¿Sus comentarios tienen algún sentido, les son de ayuda?

—Todo marcha bien, señor. Las descripciones que nos ha dado de las cosas del interior de la formación no concuerdan con los otros informes que recibimos..., pero parece que nadie ve lo mismo. Lo que cuenta es que los peligros siempre están

localizados en las mismas posiciones relativas. De modo que sabemos que hay *algo* ahí, y con ello basta. —El teniente, un hombre delgado, habitualmente sombrío, sonrió—: Y esto es mucho mejor que intentar descubrir el sentido de unas pocas frases garabateadas en una pizarra. Sólo con este viaje, ya nos ha dado una cantidad enorme de cosas con las que trabajar. —El teniente se frotó la parte posterior del cuello—. Es una especie de alivio. Hubo un momento en el que estuvimos bastante seguros de que nos llegaría el retiro antes de que esa cosa —indicó el mapa con un gesto— estuviera acabada.

Hawks mostró una sonrisa carente de alegría.

—Teniente, si yo no hubiera podido realizarla llamada telefónica a Washington que ahora podré hacer, este trabajo ya estaña acabado.

—Oh. Creo que, entonces, será mejor que lo cuidemos bien. —El teniente sacudió la cabeza—. Espero que aguante. Para nosotros, es una persona difícil de manejar. Pero no se puede tener todo. Creo que si usted ha conseguido por fin a alguien que funcione a la perfección en la parte científica de todo esto, eso es lo principal, aunque aquí abajo, del lado práctico, no todo sea melocotones con crema.

—Sí —corroboró Hawks.

El hombre situado al lado de la grabadora desconectó la máquina, se acercó hasta la mesa del mapa, clavó un trozo de tiza en el extremo de su señalador, lo alargó e hizo una pequeña marca de color escarlata sobre el plástico blanco. La miró con aire crítico y, luego, asintió satisfecho.

Hawks también asintió. Luego le comentó al oficial:

—Gracias, teniente —y se marchó a su despacho.

Aquel día, el tiempo durante el que logró sobrevivir Barker dentro de la formación se elevó a cuatro minutos y treinta y ocho segundos.

El día que el tiempo transcurrido llegó hasta los seis minutos y doce segundos, Connington fue a ver a Hawks a su oficina.

Hawks alzó la vista con curiosidad desde detrás de su escritorio. Connington atravesó despacio el despacho.

—Quería hablar con usted —musitó mientras se sentaba—. Me pareció que debía hacerlo. —Sus ojos se movían ansiosos de un lado a otro.

—¿Por qué? —inquirió Hawks.

—Bueno..., exactamente no lo sé. Salvo que no me parecía justo dejarlo correr. Hay..., en realidad, no sé cómo lo llamaría usted, pero hay un esquema en la vida... De todas formas, debería haber un esquema: un comienzo, una mitad y un final. Capítulos, o algo así. Quiero decir, debe de haber un esquema o, de lo contrario, ¿cómo se podrían controlar las cosas?

—Soy capaz de ver que quizá resulte necesario creer en algo así —dijo Hawks con tono paciente.

—Sigue sin ceder un centímetro, ¿verdad? —comentó Connington.

Hawks guardó silencio, y Connington esperó un instante; luego abandonó el tema.

—De todas formas —prosiguió—, quería que supiera que me marchó.

Hawks se reclinó en su sillón y le miró de forma inexpresiva.

—¿Adonde irá?

Connington hizo un gesto vago.

—Al este. Creo que allí encontraré trabajo.

—¿Claire va con usted?

Connington asintió, con los ojos fijos en el suelo.

—Sí. —Alzó la vista y sonrió con desesperación—. Vaya forma graciosa de acabar las cosas, ¿verdad?

—Del modo exacto en que usted lo planeó —indicó Hawks—. Todo, menos la parte en la que, con el tiempo, se convertía en el presidente de la compañía.

La expresión de Connington cambió a una sonrisa desafiante.

—Oh, yo no lo calculé como algo seguro. Lo único que deseaba ver era lo que ocurría cuando le colocaban a usted un poco de sal en la cola. —Se puso rápidamente de pie—. Bueno, creo que eso es todo. Sólo quería hacerle saber cómo habían terminado las cosas.

—Bueno, no-dijo Hawks—. Barker y yo aún no hemos acabado.

—Yo sí —repuso Connington retadoramente—. Yo tengo parte en ello. Lo que ocurra a partir de ahora ya no tiene nada que ver conmigo.

—Entonces, usted es el vencedor de la contienda.

—Claro —replicó Connington.

—Y eso es lo que siempre es. Una contienda. Entonces surge un ganador, y así acaba esa parte de la vida de todos. De acuerdo. Adiós, Connington.

—Adiós, Hawks —dio media vuelta y vaciló. Miró por encima del hombro—. Creo que eso es todo lo que deseaba decirle.

Hawks no comentó nada.

—Podía haberlo hecho con una nota o una llamada telefónica —expuso desde la puerta—. En realidad, ni siquiera tenía por qué hacerlo.

Agitó la cabeza, perplejo, y observó a Hawks como si esperara una respuesta a una pregunta que se estuviera formulando a sí mismo.

Hawks dijo con voz suave:

—Lo único que deseaba era asegurarse de que yo supiera quién era el ganador, Connington. Eso es todo.

—Sí, eso supongo —admitió inseguro Connington, y salió lentamente del despacho.

Al día siguiente, cuando el tiempo transcurrido alcanzó los seis minutos y treinta y nueve segundos, Hawks fue al laboratorio y le dijo a Barker:

—Tengo entendido que se muda aquí, a la ciudad.

—¿Quién se lo comunicó?

—Winchell. —Hawks miró atentamente a Barker—. El nuevo director de personal.

Barker gruñó.

—Connington se ha marchado a algún lugar del este. —Alzó la vista con una expresión de perplejidad en el rostro—. Él y Claire subieron ayer a recoger las cosas de ella, mientras yo me encontraba aquí. Rompieron todos los ventanales del salón que daban al jardín. Tendré que colocarlos de nuevo antes de que pueda poner la casa a la venta. Nunca creí que él fuera así.

—Me gustaría que se quedara con la casa. La envidio.

—Eso no es asunto suyo, Hawks.

Pero, no obstante, el tiempo transcurrido había sido aumentado hasta alcanzar los seis minutos y treinta y nueve segundos.

El día que el tiempo transcurrido llegó a los siete minutos y doce segundos, Hawks se hallaba en su oficina, recorriendo con un dedo el arrugado mapa, cuando sonó el teléfono.

Lo miró con un movimiento veloz de los ojos, encorvó los hombros y prosiguió con lo que estaba haciendo. La yema del dedo descendió por la insegura línea de color azul, atravesando las ocultas zonas negras, cada una marcada con sus instrucciones y su relación de tiempo relativo, cada una bordeada con una X roja, como si el mapa representara un diagrama de una playa prehistórica, donde un tambaleante organismo hubiera marcado su laborioso recorrido sobre la arena sucia entre las largas hileras de algas resacas y otros desechos que ahora yacían varados bajo el moribundo cielo. Miró el mapa ensimismado, agitando los labios, luego cerró los ojos y frunció el ceño, repitió las relaciones y las instrucciones, los abrió y volvió a inclinarse otra vez hacia delante.

El teléfono sonó de nuevo, suave pero insistente. Cerró la mano en un momentáneo puño y, después, hizo a un lado el mapa y cogió el auricular del aparato.

—Sí, Vivian —contestó. Escuchó y, finalmente, dijo—: De acuerdo. Llame a la entrada, por favor, y haga que le concedan un pase de visitante al doctor Latourette. Le esperaré aquí.

Colgó el teléfono y miró las desnudas paredes de su despacho.

Sam Latourette llamó suavemente a la puerta y entró, con la boca torcida en una semisonrisa tímida, los pasos lentos e inseguros mientras cruzaba el despacho.

Vestía un traje arrugado y una camisa blanca con el cuello abierto sin corbata. Debajo de su barbilla, y en algunas partes del cuello, se veían pequeños cortes recientes, como si acabara de afeitarse. Llevaba el cabello cuidadosamente peinado;

aún estaba húmedo del agua que había empleado en él, y se abría en mechones entre los cuales se podía ver el cuero cabelludo, como si alguien hubiera hallado un viejo busto y, en un arranque de añoranza, lo hubiera acicalado tan bien como lo permitían las circunstancias.

—Hola, Ed —saludó con voz suave, tendiendo la mano al tiempo que Hawks se ponía rápidamente de pie—. Ha pasado tiempo.

—Sí. Es verdad. Siéntate, Sam... Aquí, en esta silla.

—Tenía la esperanza de que pudieras hacerme un hueco en tu tiempo para verme —comentó Latourette, hundiéndose en el asiento. Alzó la vista con gesto de disculpas—. Las cosas deben estar avanzando a toda velocidad ahora.

—Sí —repuso Hawks, sentándose en su propio sillón—. Sí, bastante.

Latourette bajó la vista al mapa, que Hawks había doblado y colocado en un extremo del escritorio.

—Parece que me equivoqué con respecto a Barker.

—No lo sé. —Hawks alargó una mano hacia el mapa y, luego, la retiró y la colocó con la otra sobre su regazo—. Ha hecho muchos progresos para nosotros. Supongo que eso es lo que cuenta.

Observó a Latourette con ojos intensos y cierta vacilación.

—¿Sabes? —empezó Latourette, con la misma expresión de incomodidad en el rostro—. No deseaba el trabajo con la Hughes Aircraft. Al principio pensé que sí. Ya sabes. Un hombre..., un hombre quiere seguir trabajando. De todas formas, se supone que eso es lo que desea.

—Sí.

—Pero tú sabes que yo no me emborracho. Quiero decir, yo..., no lo sé. Oh, tal vez en una fiesta. Solía hacerlo. Pero no... Bueno, no porque esté resentido y quiera estropear las cosas. Yo nunca he sido así.

—No.

Latourette se rió en silencio, tragándose el sonido.

—Creo que intentaba convencerme a mí mismo de que estaba realmente irritado contigo. Ya sabes..., como si tratara de verme como una especie de figura trágica. No..., no, no quería ir a trabajar. Creo que eso es todo. Lo que de verdad deseaba era salir y sentarme bajo el sol. Quiero decir, que aquí, de todas formas, mi función había terminado..., y tú tenías que empezar a darle una oportunidad a Ted Gersten. Más pronto o más tarde tendrías que hacerlo.

Hawks apoyó las manos en el borde del escritorio.

—Sam —dijo con voz firme—, hasta hoy aún no sé si hice lo correcto. Sentí pánico, Sam. Me asusté, debido a que Barker había logrado llegar hasta mí.

Latourette intervino con rapidez:

—Eso no significa que te equivocaras. ¿Dónde estaríamos todos si nunca

hubiéramos actuado según una corazonada? De vez en cuando has de moverte a toda velocidad. Más tarde, cuando echas un vistazo hacia atrás, ves que, si no lo hubieras hecho así, todo se habría desbordado. A menudo nuestros instintos son mucho más inteligentes que nosotros.

Sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa, sin bajar la vista, rebuscando a tientas con los dedos en el bolsillo mientras él miraba fijamente el aire que tenía delante, como si lo que hubiera comentado fuera un pensamiento anticipado de algún ensayo de lo que él y Hawks debían decirse mutuamente, como si su atención del momento estuviera en algo que todavía no estaba seguro de que estuviera preparado para decir.

—Mañana ingresaré en el hospital —continuó—. Ya es hora. Quiero decir, podría quedarme un poco más de tiempo fuera, pero, de este modo, acabo con el asunto. Y, ya sabes, con morfina podría aguantar un poco más... o con lo que sea que te den. Cada día es más molesto —dijo, como de pasada—. De cualquier forma, el gobierno envió el otro día a un hombre a verme; no me comentó directamente que querían que hiciera algo, pero creo que se sentirán más contentos viéndome en un lugar en el que no importe mucho lo que diga en mis sueños. —Emitió una sonrisa sofisticada—. Ya sabes. El Gran Hermano.

Hawks permaneció sentado, contemplándole.

—De todos modos... —Latourette agitó una mano, inconsciente del cigarrillo que tenía a medio camino hacia sus labios desde que lo sacara del bolsillo—. Estaré fuera de circulación. —Bajó la vista y exclamó—: Oh —y se llevó el cigarrillo a la boca. Extrajo rápidamente una caja de cerillas del bolsillo de la chaqueta y lo encendió, aspiró con fuerza, apagó el fósforo y se inclinó hacia delante para arrojarlo a la papelera de Hawks, con el rostro concentrado en la tarea de meterlo dentro—. De forma que he estado pensando si no te parecería una buena idea sacar un doble mío de la cinta de mi archivo. Así, podrías tenerme, quiero decir, podrías disponer de mi doble, en el laboratorio, en caso de que, de vez en cuando, te hiciera falta algo de ayuda. Quiero decir, te encuentras tan próximo a la culminación del proyecto, que quizá te vendría bien tenerme alguna vez a mano... —Su voz se perdió. Ruborizándose, observó a Hawks por el rabillo del ojo.

Hawks se puso rápidamente de pie y comenzó a ajustar los controles del aire acondicionado que había en la ventana detrás del escritorio. Los mecanismos de los mandos aparecían un poco rígidos, y pasaron a sus nuevas posiciones con el correspondiente ruido mecánico de sus reguladores.

—Sam, estás al tanto de que tu última cinta de archivo tiene seis meses de antigüedad. Si sacáramos un duplicado de ti de ella, éste ni siquiera conocería los procedimientos que utilizamos ahora para las emisiones a la Luna. Pensaría que estaba en abril.

—Lo..., lo sé, Ed —repuso Latourette en voz baja—. No dije que debieras darle

mi antiguo trabajo. Pero yo sabía que en algún momento sacarían un doble mío de esa cinta. Quiero decir que yo, el duplicado, no estaría sorprendido de lo que hubiera ocurrido. Yo ya pensé cómo iba a ser. El duplicado sería un hombre entrenado, y comprendería la situación. Se acomodaría con rapidez.

—¿Se acomodaría a trabajar bajo las órdenes de Gersten? —Hawks se volvió, con la espalda apoyada contra el aire acondicionado—. No es una cuestión de que él comprenda o no lo que había ocurrido. Es mucho más que eso. Míralo desde su punto de vista. En lo que a él respecta, en un momento se encaminaba hacia el transmisor para una exploración, con el cargo de segundo al mando de toda la operación, y al siguiente estaría saliendo fuera del receptor no sólo con seis meses transcurridos en un instante, no sólo con Gersten por encima de él, sino con media docena más de hombres en posiciones más importantes que la suya. De acuerdo..., él sería tú, comprendería lo que había ocurrido, sabría que era un duplicado. Sin embargo, ¿lo sentiría? ¿Cómo te habrías sentido tú, en abril, si te hubieras preparado para la exploración, sabiendo que se trataba únicamente de algo rutinario, que lo único que iba a suceder era que se almacenaría una cinta de ti y que tú, luego, regresarías para proseguir con el trabajo del día, y que entonces, de pronto, resultaba que las cosas no eran así..., que todo el mundo había cambiado, y que se habían hecho cien cosas de un modo que tú desconocías por completo, y que, de repente, tú eras simplemente otro ingeniero, y que ni siquiera tus viejos conocidos sabían cómo dirigirse a ti, y que Gersten se sentía embarazado contigo, y que un completo extraño llamado Barker parecía tener una especie de hostilidad especial reservada hacia ti? Piénsalo, Sam. Porque es así como va a sentirse exactamente el duplicado. Y en lo que más pensará será la injusticia de todo el asunto. Sam..., ¿qué quieres hacerte a ti mismo?

Latourette, mirando el suelo, dijo con suavidad:

—Por no decir nada de que ya no sería capaz de comprender lo que le había sucedido a Ed Hawks..., salvo por el hecho de que, de alguna forma, yo le haría las cosas más difíciles en vez de más fáciles. —Alzó los ojos—. Por Dios, Ed, ¿qué me ha ocurrido? ¿Qué es lo que estoy haciéndonos a los dos? Lo único que siempre quise fue ayudarte, y de algún modo las cosas han terminado así. Nunca debí haber venido a verte hoy, Ed. No debí hacerte esto último.

—¿Por qué no? —quiso saber Hawks—. ¿Es que no posees el derecho moral de trabajar en algo en lo que tanta fe pusiste? ¿Un hombre moribundo no tiene ningún derecho? ¿Ni siquiera el de volver a padecer los últimos seis meses de su cáncer? —Miró a Latourette—. Ya has pensado en esto. Lo has meditado durante mucho tiempo. Si pudiera esperar una respuesta de alguien, sería de ti: ¿por qué no puedes obtener lo que te corresponde?

Latourette le miró con una expresión de angustia.

—Ed, no debí haber venido.

—¿Por qué no? Lo único que te ocurrió fue que sentiste miedo. Te diste cuenta de que las cosas se cerraban a tu alrededor, y experimentaste la necesidad de actuar. Un hombre ha de hacer algo..., no puede simplemente aguardar hasta hundirse y desaparecer de la vista.

—No, no debí venir aquí.

—¿Por qué no? ¿Por qué un hombre no puede incorporarse y protestar contra todo aquello que le aplasta y quiere destruirlo? ¿Por qué un hombre ha de hallarse a merced de las cosas que le ignoran por completo?

Latourette se puso de pie.

—Lo he empeorado —dijo con tono desesperado—. Te he cargado con un peso más. No era mi intención. Lo único que puedo hacer ahora es marcharme de aquí. Por favor, Ed..., intenta olvidarlo. —Se dirigió a toda prisa hacia la puerta y, desde allí, miró fugazmente a Hawks con aire de incompreensión—. En un principio, lo único que deseé fue lo mejor para ti. Y, cuando hoy vine a visitarte, aún pensaba que quería lo mejor para ti. Sin embargo, también anhelaba algo para mí, y eso lo estropeó todo. De algún modo, todo se ha venido abajo. ¿Cómo es que la gente se mete en esto? —inquirió ciegamente—. ¿Dónde se planean así las cosas?

Hawks replicó con amargura:

—¿Por qué un hombre no puede conseguir lo que se merece?

—Ed, esto es lo peor que te he hecho...

—Quizá sea lo que me merezco. Sam, desearía...

—Adiós, Ed —se despidió Latourette, con una expresión aterrada en el rostro, y salió del despacho.

Hawks se sentó con los ojos cerrados, y las manos realizaron movimientos veloces y sin sentido, en un gesto como de querer asir algo de la superficie del escritorio.

Hawks atravesó el suelo del laboratorio en dirección al transmisor. Inesperadamente, Gersten le salió al paso y le dijo:

—Intenté ponerme en contacto con usted hace un rato. Su secretaria me indicó que Sam Latourette se hallaba en su oficina y que, salvo que se tratara de algo que no pudiera aguardar, no recibía llamadas.

Hawks le observó. El rostro de Gersten estaba pálido. Le temblaban los labios. Con voz insegura, comentó:

—Siento eso. A veces, Vivian olvida la importancia relativa de las cosas. —Escrutó a Gersten—. ¿Le trató con descortesía? —preguntó con mirada perpleja.

—Fue perfectamente educada. Además, en estas circunstancias, no era nada que no pudiera esperar.

Gersten comenzó a dar la vuelta para marcharse.

—Espere —pidió Hawks—. ¿Qué ocurre?

Gersten se volvió. Empezó a hablar, y luego cambió de idea. Aguardó un instante y preguntó con voz pausada:

—¿Sigo en el trabajo?

—¿Y por qué no habría de ser así? —preguntó Hawks. Relajó el ceño—. ¿Qué le hizo pensar que quería que Sam volviera? —inquirió despacio. Miró a Gersten a la cara—. Siempre pensé que era usted un hombre con mucha confianza en sí mismo. Está realizando un trabajo muy bueno para mí. —Se llevó la palma de la mano a la nuca y permaneció allí de pie, tratando de desentumecer los rígidos músculos con las yemas de los dedos—. De hecho, tengo la sensación de que hace rato que debí darle más responsabilidades. Yo..., siento no haber dispuesto de tiempo para llegar a conocerle mejor antes. —Con un movimiento poco fluido, se quitó la mano del cuello y se encogió de hombros—. Eso suele ocurrir. Es una pena cuando le sucede a un buen hombre. Sin embargo, no sé qué más decirle.

Gersten se mordió el labio.

—¿Habla en serio? Nunca sé lo que hay en su cabeza.

Las cejas de Hawks se enarcaron. Su labio sufrió un tic.

—Es extraño que usted me diga eso.

Gersten sacudió la cabeza, molesto.

—Tampoco sé lo que quiere decir con eso. Hawks... —alzó la vista—, éste es el mejor trabajo que he tenido jamás. Es el más importante. Casi soy cinco años más joven que usted. El hecho de que pueda conocer esta profesión tan bien como usted es otra cosa. Sin embargo, suponiendo que así sea, ¿qué posibilidades cree que tengo de encontrarme donde está usted dentro de cinco años?

Hawks frunció el ceño.

—Bueno, no lo sé—repuso, pensativo—. Eso depende, por supuesto. Hace cinco años, empecé a vislumbrar todo este proyecto... —Indicó con un gesto de la cabeza la maquinaria que les rodeaba—. Ocurrió que se trataba de algo que podía tener aplicaciones militares, de modo que recibió un buen empuje. Si se hubiera tratado de algo distinto, quizá no hubiera recorrido un camino tan paralelo con respecto a su utilidad. Aunque ese criterio no sirve. Lo que compra la gente no necesariamente es lo mejor..., si es que algo es lo mejor. —Se encogió de hombros—. No lo sé, Ted. Si usted se encuentra desarrollando una idea básicamente nueva en su tiempo libre, tal como lo hacía yo cuando trabajaba en la RCA, quizá llegue muy lejos con ella. —Se encogió de nuevo de hombros—. En gran medida, eso depende de usted.

Gersten le miró con el ceño fruncido.

—No lo sé. No lo sé. Ahora mismo, lamento haberme dejado llevar por un arrebato. —Exhibió una sonrisa rápida de disculpa que desapareció casi al instante—. Supongo que tiene más cosas en las que pensar que en ingenieros caprichosos. Pero... —Pareció reunir el valor para continuar—. Cuando me alisté en el Ejército

durante la guerra —continuó sin preámbulo—, solicité la entrada en la Escuela de Candidatos a Oficiales. Me entrevistó un teniente temporal que había sido un joven sargento indio desde los días en que los civilizaban con un palo bajo la bandera. Me entrevistó, llenó los espacios adecuados del cuestionario y, luego, dio vuelta al impreso, mojó la punta del lápiz con la lengua y escribió: «Este candidato parece tener problemas de habla. Estas dificultades probablemente le impidan ejercer el mando correcto sobre las tropas». Luego giró el impreso, de modo que yo pudiera leer la evaluación confidencial que había hecho. Y eso fue todo. —Gersten estudió el rostro de Hawks con sumo cuidado—. ¿Qué piensa del asunto?

Hawks parpadeó.

—Después de eso, ¿qué hizo el Ejército con usted?

—Me enviaron a la escuela de electrónica de Fort Monmouth.

—Así que, ¿si no fuera por eso, no está seguro de que hoy se encontraría aquí?

Gersten frunció el ceño.

—Supongo que sí —repuso finalmente—. No es así como lo he analizado yo.

—Bueno, no le conozco, Ted; pero yo habría sido un oficial de carrera horrible en la Armada. No creo que el hecho de haber estado allí hubiera mejorado la situación.

—De repente, sonrió con una mueca—. Y deje que me preocupe yo de Sam Latourette. —Miró con ojos de disculpa a Gersten—. Quizá, una vez hayamos sorteado el obstáculo de este proyecto, podamos llegar a conocernos mejor mutuamente.

Gersten no dijo nada. Miró a Hawks como si no pudiera decidir qué expresión poner en su cara. Luego se encogió a medias de hombros y comentó:

—Lo que antes quería hablar con usted se refería a ese asunto de la señal del anaquel de amplificadores. Ahora bien, me parece que si...

Se alejaron juntos, hablando de cosas técnicas.

El día en que el tiempo transcurrido llegó a los siete minutos y cuarenta y nueve segundos, el transmisor tuvo que apagarse, ya que el ángulo de emisión habría incluido una porción demasiado elevada de la ionosfera de la Tierra. Los equipos de mantenimiento se pusieron a trabajar en el nuevo y periódico trazado del horario. Hawks trabajó con ellos.

El día en que estuvieron dispuestos a emitir otra vez, Barker llegó al laboratorio a la hora correcta.

—Parece más flaco —comentó Hawks.

—Usted no parece estar mucho mejor.

El día en que el tiempo transcurrido se elevó a los ocho minutos y treinta y un segundos, Benton Cobey llamó a Hawks a su despacho para una conferencia.

Hawks entró con una bata limpia y miró atentamente a los hombres que se sentaban alrededor de la mesa de conferencias que había en el extremo opuesto al

escritorio de Cobey. Éste se incorporó en la cabecera de la mesa.

—Doctor Hawks, ya conoce a Carl Reed, nuestro Jefe de Contabilidad —dijo, señalando a un hombre reservado y enjuto, próximo a la calvicie, que se sentaba a su lado, con sus manos de labrador relajadas una encima de la otra sobre la superficie del plástico protector de las hojas de trabajo que había traído con él.

—¿Cómo está? —saludó Hawks.

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Y éste es el comandante Hodge, claro —anunció escuetamente Cobey, indicando al oficial naval de enlace que se sentaba a su otro lado; se había quitado la gorra y la había dejado sobre la mesa, donde lanzaba su reflejo sobre la madera brillante.

—Claro —corroboró Hawks, con una fugaz sonrisa a la que Hodge correspondió. Se dirigió al extremo de la mesa opuesto a Cobey y se sentó—. ¿Cuál es el problema? —preguntó.

Cobey miró a Reed.

—Bien, podríamos entrar directamente en materia —dijo.

Reed asintió. Se inclinó levemente hacia delante y, con las yemas de los dedos, empujó los formularios en dirección a Hawks.

—Éstas son las cifras, aquí, que corresponden a los pedidos de equipo de su laboratorio —empezó.

Hawks asintió.

—Abarcan la instalación original y los recambios solicitados durante el último año fiscal.

Hawks volvió a asentir. Observó a Cobey, que se sentaba con las manos entrelazadas y los codos apoyados sobre la mesa, con los pulgares debajo de la barbilla, y miraba por encima de los dedos las hojas que tenía delante de él. Hawksladeó la vista hacia Hodge, que estaba pasando el lado de su dedo índice derecho a lo largo de la mejilla, con los ojos gélidos de color azul en apariencia vacíos, las comisuras entrecerradas hasta formar una perenne pata de gallo.

—Doctor Hawks —prosiguió Reed—, al estudiar esas hojas, en un principio se me ocurrió que debía buscar alguna forma de llevar este proyecto, en la medida de lo posible, a un nivel más económico. Y me parece que lo hemos logrado.

Hawks miró a Reed.

—Ya le he explicado mi idea al señor Cobey, y éste está de acuerdo en que hay que presentársela a usted —dijo Reed. La boca de Cobey sufrió un tic—. Y así —concluyó Reed—, hemos hablado con el comandante Hodge para saber si la Marina estaría dispuesta a considerar un cambio en el procedimiento de la operación, siempre que no interfiriera con la eficiencia en ningún punto importante.

Hodge intervino, en apariencia sin dedicar una gran parte de su atención al tema:

—No nos importaría ahorrar dinero. En especial, cuando no disponemos de la libertad de que se discutan la asignaciones de modo pormenorizado en los debates del Congreso.

Hawks asintió.

Todos guardaron silencio; finalmente, Cobey preguntó:

—Bueno, ¿está dispuesto a escucharlo, Hawks?

—Por supuesto —replicó Hawks. Miró a su alrededor—. Lo siento..., no tenía idea de que todos aguardaban mi respuesta. —Miró a Reed—. Prosiga, por favor.

—Bien —comenzó Reed, bajando la vista a sus números—, me parece que gran parte de este equipo son muchas piezas de lo mismo. Lo que quiero decir con ello, es que aquí hay un artículo en el que se solicitan cien reguladores de voltaje de un mismo tipo. Y aquí hay otro para...

—Sí. Bueno, gran parte de nuestro equipo consiste en un componente en particular u otro, enlazado a una serie de componentes similares. —La cabeza de Hawks estaba ladeada y mantenía los ojos atentos—. Hemos de realizar muchas operaciones básicamente iguales de forma simultánea. No teníamos tiempo para diseñar componentes con la capacidad de realizar estas funciones. Así que debimos emplear los diseños electrónicos ya existentes y arreglarnos con su capacidad comparativamente baja a base de multiplicar los componentes. —Se detuvo durante un momento—. Hacen falta mil hormigas para cargar con un terrón de azúcar —finalizó.

—Ése es un ejemplo muy idóneo, Hawks —comentó Cobey.

—Trataba de explicar...

—Continúe, Reed.

—Bien. —Reed se inclinó hacia delante con energía—. No quiero que usted piense que soy una especie de ogro, doctor Hawks. Pero, enfrentémonos a ello, hay mucho dinero metido en ese equipo y, hasta donde yo puedo ver, no hay ninguna razón para que, si disponemos de una máquina duplicadora, no podamos simplemente —se encogió de hombros— sacar tantas copias como requiramos de cada uno de sus componentes. No veo por qué han de ser construidas en nuestra división de manufacturación o compradas de proveedores de fuera. Ahora bien, aquí tenemos una situación en la que ni siquiera puedo calcular una operación de coste fijo. Y...

—Señor Reed —cortó Hawks.

Reed se detuvo.

—¿Sí?

Hawks se frotó el rostro.

—Comprendo su posición. Y veo que lo que acaba de proponer es totalmente razonable, desde su punto de vista. Sin embargo...

—De acuerdo, Hawks —comentó con sequedad Cobey—. Explíquenos ese «sin

embargo».

—Bien —le dijo Hawks a Reed—. ¿Conoce usted los principios sobre los que trabaja el escáner..., el duplicador?

—Me temo que muy por encima —repuso con tono paciente Reed.

—Bien. Muy por encima, el duplicador coge una pieza de materia y la reduce a una serie sistemática de flujo de electrones. Electricidad. Una señal, igual que lo que sale de una emisora de radio. Ahora bien, esa señal es alimentada a esos componentes..., podríamos decir que de la misma forma que la señal que llega a la antena de un receptor de radio y es enviada al circuito que hay en su interior. Cuando sale por el otro extremo del circuito, no va a un altavoz, sino que es retransmitida a la Luna y, durante el proceso, es chequeada otra vez para comprobar su exactitud. Esencialmente, eso es lo que hacen los componentes: inspeccionan la señal en busca de consistencia. Ahora bien, la cuestión es que la exactitud con que la pieza original de materia es reconstruida, duplicada, depende de la consistencia del flujo de electrones que llegan al receptor. Por lo tanto, si empleáramos componentes duplicados para comprobar la consistencia de la señal con la que duplicamos objetos altamente complicados, tales como un ser humano vivo, estaríamos introduciendo una posibilidad de error adicional que, en el caso de un ser humano, es más alto de lo que nosotros podemos permitirnos dentro de nuestro margen de seguridad. ¿Ha comprendido eso?

Reed frunció el ceño.

Cobey tensó una comisura de su boca y bajó la vista a la mesa para mirar a Hawks.

Hodge cogió su gorra y comenzó a ajustar el alambre que la mantenía rígida por debajo de la funda blanca.

Finalmente, Reed dijo:

—¿Eso es todo, doctor Hawks?

Hawks asintió.

Reed se encogió de hombros, incómodo.

—Bueno, mire —comentó—, me temo que aún sigo sin verlo. Puedo comprender que tal vez sus componentes originales no puedan ser duplicados, ya que su escáner no trabajaría sin ellos; pero...

—Oh, sí que *trabajaría* sin ellos —corrigió Hawks—. Como le he dicho, se trata de un circuito de control. No es primario.

Reed bajó con energía las manos y contempló a Cobey. Sacudió la cabeza.

Cobey respiró hondo y exhaló amargamente el aire.

—¿Qué dice usted, comandante?

Hodge soltó de nuevo la gorra.

—Creo que lo que quiere darnos a entender el doctor Hawks es que, si tenemos

un torno mecánico haciendo tornos mecánicos, y usted emplea estos tornos mecánicos que ha hecho para construir más tornos mecánicos, con sólo que una pieza de uno de estos tornos falle, bastará para que en poco tiempo tenga en sus manos infinidad de tornos mecánicos que serán pura basura.

—Bueno, maldita sea, Hawks, ¿por qué no pudo expresarlo usted de ese modo? —exclamó Cobey.

El día que el tiempo transcurrido alcanzó los nueve minutos y treinta segundos, Hawks le dijo a Barker:

—Estoy preocupado. Si su tiempo transcurrido se alarga mucho más, el contacto entre L y T se hará demasiado frágil. El equipo de navegación me comunica que sus informes son cada vez menos coherentes.

—Entonces, deje que sean ellos los que suban ahí. Veamos cuánto sentido pueden sacar de la formación. —Barker se pasó la lengua por los labios. Sus ojos parecían huecos.

—Ésa no es la cuestión.

—Sé cuál es la cuestión. Pero hay otra. Ya puede dejar de preocuparse. Estoy a punto de salir por el otro lado.

—No me han dicho eso —repuso Hawks con energía.

—No lo saben. Sin embargo, tengo el presentimiento.

—Un presentimiento.

—Doctor, lo único que muestra ese mapa es lo que yo cuento después del trabajo del día. No tiene principio ni fin, salvo que yo le dé ese fin. —Miró a su alrededor, con una expresión amarga en su rostro—. Toda esta maquinaria, doctor, y al final todo se reduce a lo que haga sólo un hombre. —Observó a Hawks—. Un hombre y lo que haya en su mente. O quizá dos. No lo sé. ¿Qué hay en su mente, Hawks?

Hawks contempló fijamente a Barker.

—Yo no hurgo en su mente, Barker. No lo haga usted en la mía. He de realizar una llamada telefónica.

Cruzó el laboratorio y disco un número exterior. Esperó una respuesta y, mientras aguardaba, miró con ojos desenfocados la vieja y familiar pared blanca. De repente, entró en un espasmo de acción y aplastó la palma de su mano libre contra la superficie. Entonces el zumbido del auricular cesó con un *clic*, y él dijo con ansiedad:

—¿Hola? ¿Elizabeth? Soy..., soy Ed. Escucha... Elizabeth... Oh, estoy bien. Ocupado. Escucha..., ¿estás libre esta noche? Es que jamás te he llevado a cenar fuera, o a bailar, o a nada... ¿Vendrás? Yo... —Sonrió a la pared—. Gracias.

Colgó el teléfono y se alejó. Miró hacia atrás por encima del hombro y observó a Barker, que no había dejado de mirarle; prosiguió su camino tímidamente.

OCHO

—Elizabeth... —comenzó, y agitó la mano en un gesto de irritación—. No. Las palabras iban a salir precipitadamente. Ocurre así tan a menudo.

Estaban sentados en un saliente rocoso que se adentraba hacia la espuma de las olas del mar. Hawks mantenía alzado el cuello de su chaqueta, sostenido con una mano. Elizabeth llevaba una abrigo, con las manos en los bolsillos, y un pañuelo sobre la cabeza. La luna, que se ponía sobre el horizonte, proyectaba su luz sobre el encaje de nubes que flotaba sobre sus cabezas. Elizabeth alzó el rostro y le sonrió ampliamente.

—Es un lugar muy romántico éste al que me has traído, Edward.

—Yo..., sólo iba conduciendo. No tenía en mente ningún sitio en particular. —Miró a su alrededor—. No estoy lleno de astucia, Elizabeth... Estoy lleno de lógica, y raciocinio, y Dios sabe qué más. —Sonrió, cohibido—. Aunque sospecho lo peor..., pero eso casi siempre surge más tarde. Me digo a mí mismo: «¿Qué estoy haciendo aquí?», y entonces he de obtener una respuesta. No, tengo cosas... —Manoteó en el aire—. Cosas que quiero decir. Esta noche. No después. —Dio un paso hacia delante, se volvió y se quedó mirándola, observando con pose rígida más allá de su hombro hacia la playa vacía, hacia la elevación de la carretera con su coche aparcado a un lado, y hacia el cielo oriental que había más allá—. No sé qué forma adquirirán. Pero he de pronunciarlas; si quieres escucharme.

—Por favor.

La miró y sacudió la cabeza; luego se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y mantuvo el cuerpo rígido.

—¿Sabes?... Durante la guerra, los alemanes se negaron a creer que el radar de microondas era práctico. Sus submarinos estaban equipados con receptores de búsqueda de radar, con el que podían detectar el uso del radar antisubmarino. Sin embargo, únicamente recibían ondas comparativamente largas. Cuando nosotros instalamos radares de microondas en nuestros aviones de patrulla y en nuestros convoyes de escolta, empezamos a recoger sus señales de noche, cuando emergían para cargar sus baterías. Sin embargo, antes que eso, al comienzo de la guerra, tuvimos que apoderarnos de uno de sus receptores, de modo que pudiéramos determinar sus limitaciones. Por casualidad, a mí se me dio uno para que lo analizara. Un grupo de asalto de un destructor consiguió salvar uno de un submarino que había recibido unas cargas de profundidad y al que se obligó a salir a la superficie. Nuestra gente arrancó la pieza antes de que el submarino se hundiera. El receptor fue enviado al laboratorio en el que yo trabajaba, primero por un avión mensajero con escolta especial y luego por coche. Lo tuve en mis manos durante un lapso de doce horas.

»Bueno, pues lo deposité sobre mi mesa de trabajo y lo contemplé. La carcasa

estaba destruida por la metralla, anegada de agua..., y terriblemente manchada por el humo, el aceite y la corrosión marina, los gases tóxicos de las bombas..., ya sabes. Y tenía más restos cubriéndola. Sin embargo, en aquellos días, yo era un joven brillante, con unas recomendaciones y mi encargo de la Reserva, y henchido con la idea de ser un niño prodigio... —Hawks sonrió con una mueca—. Miré la caja, y en silencio me dije algo alentador muy parecido a esto: “Hummm, no ha de ser muy difícil desentrañarlo. Lo único que hemos de hacer es limpiarlo un poco y...”. Y así sucesivamente. Y todo ese tiempo pude ver que la sangre diluida que se secaba en un charco alrededor del agujero más grande formaba parte del “follón”. Algún marinero, me dije a mí mismo de forma profesional, sin haber estado nunca en el mar, algún marinero se hallaba cerca de ella cuando estallaron las cargas de profundidad. Pero, cuando logré sacar el laminado metálico, Elizabeth, allí había un *corazón* humano, Elizabeth..., entre los tubos y los cables.

Después de un rato, Elizabeth preguntó:

—¿Qué hiciste?

—Bien, pues pasado un tiempo, regresé y analicé el receptor, y construí una réplica. Después, comenzamos a emplear radares de microondas y ganamos la guerra.

«Escucha... la cuestión es que la gente, cuando un hombre muere, dice: “Bueno, ha llevado una vida completa y, cuando llegó su hora, murió sosegadamente”. O, si no: “Pobre muchacho..., apenas había empezado a vivir”. Sin embargo, la cuestión es que la muerte no es un accidente. No es algo que le ocurra a un hombre, más pronto o más tarde, respecto a un día determinado de su vida. Le ocurre a *todo* el hombre: al muchacho que fue, al joven que fue..., a sus alegrías, a sus penas, a las ocasiones en que se rió, a las veces que, simplemente, sonrió. Ya sea más pronto o más tarde, ¿cómo puede el hombre moribundo sentir que ha sido o no *suficiente* la vida que vivió? ¿Quién la mide? ¿Quién puede decidir, cuando muere, que ya era su *hora*? Sólo el cuerpo alcanza un punto en el que ya no puede moverse más. La mente, incluso la mente senil, nublada por las moribundas células del cerebro de su cuerpo, incluso la racional o la irracional, la amplia o la estrecha..., nunca se detiene; sin importar lo que suceda, mientras un destello de electricidad se filtre de una célula a otra, sigue funcionando; sigue moviéndose. ¿Cómo puede mi mente llegar a decirse a sí misma alguna vez: “Bien, esta vida ha alcanzado su final lógico” y desactivarse? ¿Quién puede comentar: “He visto suficiente”? Incluso el suicida ha de *volarse* los sesos, ya que tiene que destruir lo físico para evadirse de lo que contiene su mente y no le deja vivir en paz. La mente, Elizabeth, la inteligencia; la capacidad de observar el universo; de preocuparse de si el pie falla en su pisada, de lo que la mano toca..., ¿cómo puede evitar el continuar, y seguir adelante, bebiendo de todo lo que percibe?

Realizó con el brazo un arco largo y rígido que abarcó todo el mar y la playa.

—¡*Mira* esto! ¡Durante toda tu vida tendrás esto de ahora! ¡Y yo también! En

nuestros últimos momentos, aún seguiremos siendo capaces de mirar hacia atrás, y de *estar* aquí de nuevo. A años de distancia de aquí, a miles de kilómetros de aquí, todavía lo tendremos. El tiempo, el espacio, la entropía..., ningún atributo del universo puede arrebatarnos esto salvo matándonos, aplastándonos.

»¡Lo importante es que el universo está *muriendo*! Las estrellas se están consumiendo. Los planetas giran más lentamente sobre sus ejes. Caen hacia dentro en dirección a sus soles. Las partículas atómicas que lo componen todo se hacen más lentas en sus órbitas. Poco a poco, después de incontables miles de millones de años, ocurre lentamente. Todo se está desintegrando. Y, algún día, se detendrá. Sólo una cosa en todo el universo crece y se hace más rica, y se *obliga* a subir la colina. La inteligencia, las vidas humanas..., nosotros somos los únicos seres que existen y que desobedecen la ley universal. El universo mata nuestros cuerpos; los aplasta con la gravedad; tira y tira hasta que nuestros corazones se cansan de bombear sangre en su lucha contra ella, hasta que los muros de nuestras células se rompen con su propio peso, hasta que nuestro tejido cede y nuestros huesos se debilitan y se doblan. Nuestros pulmones se agotan de inhalar y exhalar aire. Nuestras venas y nuestros vasos capilares se rompen con la tensión. Poco a poco, desde el día de nuestro nacimiento, el universo tira de nuestros cuerpos hasta que éstos ya no pueden regenerarse a sí mismos. Y de esa forma, al final, mata nuestros cerebros.

»Pero nuestras *mentes*..., ése es nuestro don más precioso; ése es el fenómeno que no tiene nada que ver con el tiempo y el espacio, salvo para usarlos..., para describirse a sí mismas las vidas que nuestros cuerpos viven en el universo físico.

»En una ocasión, mi padre me llevó a dar un paseo; era a última hora de la noche y había nevado. Avanzamos por un camino que acababa de ser limpiado. Se veían las estrellas, y también la luna. Era una noche clara y fría, y la nieve amontonada brillaba en la oscuridad. Y, en el tramo en que nuestro camino se unía a la carretera, había una farola sobre un poste alto. Allí realicé un descubrimiento. Hacía el frío suficiente como para que mis ojos lagrimearan, y me di cuenta de que, si los mantenía casi cerrados, la humedad difuminaba las luces, de modo que todo: la luna, las estrellas y la farola, tenía como halos y unos puntos de luz dispersos a su alrededor. Los bancos de nieve parecían destellar como un mar de azúcar hilado, y todas las estrellas estaban unidas por un lazo incandescente, de modo que parecía que yo avanzaba por un universo tan loco, tan maravilloso, que el corazón casi se me parte con su belleza.

«Durante años, llevé ese momento y ese lugar en mi mente. Aún sigue en ella. Pero lo importante es que no fue el universo el que lo creó. Fui yo. Yo lo vi, pero pude vislumbrarlo porque me obligué a verlo. Tomé las estrellas, que son soles lejanos, y la noche, que es la sombra de la Tierra, y la nieve, que es agua que sufre un cambio de estado, y tomé las lágrimas de mis ojos, y creé una tierra de maravillas. Ninguna otra persona ha sido capaz jamás de verla. Ninguna otra persona ha sido

capaz jamás de visitarla. Ni siquiera yo puedo regresar físicamente a ella; yace treinta y ocho años en el pasado, al nivel de la perspectiva del ojo de un niño, y su exactitud estereoscópica se basa en la separación existente entre los ojos de ese niño. En la actualidad, únicamente existe en un lugar. En mi mente, Elizabeth..., en mi vida. Pero, yo moriré y, entonces, ¿dónde estará?

Elizabeth alzó los ojos hacia él.

—¿En mi mente, un poco? ¿Junto con el resto de ti?

Hawks la miró. Alargó los brazos y se inclinó hacia delante con el mismo cuidado con que lo haría un niño al que le dieran un copo de nieve para que lo sostuviera, y la estrechó con ternura en ellos.

—Elizabeth, Elizabeth —musitó—. Nunca me di cuenta de lo que me estabas dejando hacer.

—Te quiero.

Caminaron juntos playa abajo.

—Cuando yo era niña —dijo ella—, mi madre me inscribió en una agencia de repartos e intentó conseguirme algunos papelitos en películas. Recuerdo que un día se necesitaba a alguien que interpretara el papel de la hija de un pastor mejicano; mi madre, con sumo cuidado, me vistió con una pequeña blusa de campesina y una falda con flores bordadas, y me compró un rosario para que lo llevara entre las manos. Me trenzó el cabello y me oscureció las cejas; luego me llevó a los estudios. Cuando aquella tarde regresamos a casa, mi tía le comentó a mi madre: “No lo consiguió, ¿verdad?”, y mi madre, que estaba furiosa y a punto de ponerse a llorar, replicó: “¡Fue lo más horrible que haya visto nunca! ¡Fue terrible! ¡Casi lo tenía, pero se lo ganó una mocosa hispana!”.

Hawks tensó el brazo con el que sujetaba su hombro. Miró hacia el mar y al cielo.

—Éste es un lugar hermoso —exclamó—. ¿Sabes?, es un lugar hermoso.

NUEVE

1

Barker estaba apoyado sobre un armarito cuando Hawks entró por la mañana en el laboratorio y se le acercó.

—¿Cómo se siente? —le preguntó Hawks, mirándole con intensidad—. ¿Bien?

Barker esbozó una sonrisa fugaz.

—¿Qué quiere que haga? ¿Que choquemos los guantes antes del último asalto?

—Le hice una pregunta.

—Me encuentro bien. Lleno de energías. Muy bien, Hawks, ¿qué quiere que le diga? ¿Que estoy hinchado de orgullo? ¿Que éste es un paso tremendo para la ciencia, en el que me siento honrado de participar en este día tan favorable? Ya me han dado el Corazón Púrpura, Doc..., sólo pásame unas aspirinas.

Hawks comentó con vehemencia:

—Barker, ¿está seguro de que será capaz de salir por el otro lado de la formación?

—¿Cómo puedo estarlo? Quizá parte de su lógica sea que uno no puede ganar. Quizá me mate por simple indiferencia. No lo puedo garantizar. Lo único que puedo prometerle es que me encuentro a un paso del extremo del único sendero seguro posible. Si mi siguiente movimiento no me lleva fuera, entonces no existe esa salida. Es una lata de tomate, y yo ya he tocado el fondo. Pero, si es algo más, sí, hoy es el día; éste es el momento.

Hawks hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Eso es todo lo que puedo pedirle. Gracias. —Miró a su alrededor—. ¿Se encuentra Gersten en el transmisor?

Barker asintió.

—Me anunció que podríamos iniciar la emisión en una media hora.

—De acuerdo. Perfecto. Casi es mejor que empiece a ponerse la ropa interior. Aunque habrá una ligera demora. Primero hemos de efectuar una exploración preliminar de mí mismo. Iré con usted.

Barker aplastó el cigarrillo bajo el tacón del zapato. Alzó los ojos.

—Supongo que debería decir algo al respecto. Algún comentario sarcástico sobre cómo se adentra intrépidamente en una playa hostil una vez que las tropas ya han

tomado la isla. Sin embargo, ni siquiera esperaba que lo hiciera.

Hawks no repuso nada; cruzó el laboratorio en dirección al transmisor.

—Usted sabía que disponíamos de trajes adicionales —le dijo a Gersten mientras permanecía tendido en el interior de la armadura abierta.

Los hombres de la Marina trabajaban a su alrededor ajustando los tornillos de las placas de presión. El alférez observaba con ojos atentos y una expresión de incertidumbre en el rostro.

—Sí, pero sólo para el caso de que perdiéramos uno en una exploración defectuosa —replicó Gersten con mirada terca.

—Siempre hemos tenido un buen stock de equipo, en todos los tamaños.

—Hawks, ser capaz de hacer algo, y hacerlo, son dos cosas diferentes. Yo...

—Mire, usted ya conoce la situación. Sabe lo que estamos haciendo aquí tan bien como yo. Una vez hayamos abierto un camino seguro es cuando comienza de verdad la exploración y el análisis. Tendremos que desmontar esa cosa como si fuera una bomba; yo estoy a cargo del proyecto. Hasta hoy, si yo desaparecía de él, habría sido un gasto muy caro. Sin embargo, en este momento, el riesgo es aceptable. Quiero ver cómo es esa cosa. Quiero ser capaz de dar directrices inteligentes. ¿Es tan difícil de comprender?

—Hawks, hoy todavía pueden salir mal unas cuantas cosas ahí arriba.

—Suponga que no es así. Suponga que Barker lo consigue. Entonces, ¿qué? Él estará allí arriba y yo aquí abajo. ¿Es que cree que no planeaba esto desde el comienzo?

—¿Incluso desde antes de conocer a Barker?

—Desearía no haber conocido nunca a Barker. Apártese y deje que cierren la armadura.

Introdujo con cuidado la mano izquierda en el guante que había en el interior del grupo de herramientas.

Lo metieron en la cámara. Los imanes se apoderaron del traje y retiraron la mesa. La puerta se cerró herméticamente. Flotó en mitad del aire, con las piernas y los brazos extendidos, rodeado por los cientos de miles de ojos resplandecientes de las caras del escáner. Se quedó mirando a través del círculo de cristal del visor del casco, con el rostro inexpresivo.

—Cuando quiera, Ted —indicó con voz soñolienta al micrófono, y las luces de la cámara se apagaron.

Las luces se encendieron en el receptor. Abrió los ojos y parpadeó con suavidad. La puerta del receptor se abrió y metieron la mesa debajo de él. Los imanes laterales perdieron fuerza a medida que apagaban los reostatos y, una vez más, estableció contacto con la superficie de plástico.

—Me siento normal —dijo—. ¿Logró obtener una buena cinta de archivo?

—Hasta donde sabemos —le contestó Gersten por el micrófono—. Los ordenadores no detectaron ninguna ruptura en la transmisión.

—Bien, eso es lo mejor que podemos hacer —comentó Hawks—. De acuerdo..., llévenme de nuevo al transmisor y manténganme allí. Introduzcan a Barker en su traje, sujétenle las piernas a la mesa y deslícnelo debajo de mí. Hoy —prosiguió— se establece un nuevo precedente en los anales de la exploración. Hoy vamos a enviar un sandwich a la Luna.

Fidanzatto, que arrastraba la mesa por el suelo del laboratorio, se rió con nerviosismo. Con un movimiento brusco, Gersten giró la cabeza a un lado y le miró.

2

Hawks y Barker se pusieron lentamente de pie en el receptor de la Luna. Los especialistas de la marina que aguardaban en el exterior abrieron la puerta y se hicieron a un lado para dejarles salir. La estación lunar era gris y austera, con vigas maestras geodésicas triangulares y de plástico que recorrían la lámina semiflexible del techo del domo. A intervalos regulares pendían luces, parecidas a estalactitas, y el suelo era un tamiz de estera apisonada sobre una lámina de tierra. Hawks miró a su alrededor con curiosidad, con el casco de su armadura girando con un leve sonido rechinante que, de inmediato, fue amplificado por el material del domo, de modo que cada movimiento que hacían los hombres era seguido por un eco más prolongado. El interior del edificio no estaba quieto en ningún momento. Constantemente crujía y gemía, haciendo que las luces oscilaran en sus soportes; el grupo de hombres —el equipo de la Marina con su ropa interior y Hawks y Barker con su armadura— se veían bañados por reflejos cambiantes, como si se hallaran en el fondo de un mar sacudido arriba por una fuerte tormenta. En la esclusa de aire, los marinos se metieron en sus propios trajes de caucho y luego, uno a uno, todos salieron a la superficie abierta de la Luna.

Las estrellas brillaron sobre ellos con una intensidad fría y opaca, mucho más fuerte que nada que pudiera llegar a un cielo sin luna en una noche de la Tierra, marcadas con agudas manchas de sombra en cada elevación del terreno. Desde el nivel del suelo resultaba posible distinguir las formas vagas de la instalación naval de trabajo, con cada domo cubierto con su red superior de camuflaje, extendiéndose

como el naufragio de un zepelín a la derecha de Hawks, de un ligero color gris verdoso y sin vestigio de ninguna luz.

Hawks inspiró profundamente.

—De acuerdo, gracias —les dijo a los hombres de la Marina, con voz distante, mecánica y profesional por el circuito de radiotelefonía—. ¿Están preparados los equipos de observación?

Un marino, con las insignias de teniente pintadas sobre el casco, asintió y le hizo un gesto hacia la izquierda. Hawks volvió despacio la cabeza, con expresión vacilante, y miró hacia donde estaban los montículos del bunker de observación, agrupados como si se encontraran bajo el saliente de un precipicio, al pie de la enorme formación negra y plateada.

—La pasarela se encuentra por allí —intervino Barker, tocando el antebrazo de Hawks con el grupo de herramientas que tenía en un extremo de la manga—. Vamos..., nos quedaremos sin aire si esperamos a que usted meta el pie en el agua.

—De acuerdo.

Hawks se preparó para seguir a Barker bajo el techo de camuflaje que se extendía, como una pérgola sobre la que no pudieran trepar las ramas, por encima del sendero que había sido apisonado para formar un camino entre el domo del receptor y la formación.

El teniente de la marina realizó un gesto de despedida con la mano y empezó a alejarse, seguido por su equipo de trabajo, tomando el otro sendero, que conducía de regreso a la estación y a sus tareas cotidianas.

—¿Todo listo? —preguntó Barker cuando llegaron a la formación—. Dirija su luz hacia los observadores, allí, de modo que sepan que vamos a comenzar.

Hawks alzó una de las manos y activó una vez la luz de trabajo. Un punto de luz de reconocimiento apareció sobre la superficie lisa y negra del bunker.

—Eso es todo lo que hay, Hawks. Desconozco qué es lo que espera. Simplemente, repita lo que yo haga, y sígame. Esperemos que a esa cosa no le importe que yo no esté solo.

—Ése es un riesgo aceptable —replicó Hawks.

—Si usted lo dice, doctor.

Barker alargó los brazos y colocó la parte interna de sus mangas contra la lustrosa y ondulante pared ante la cual acababa bruscamente la pasarela. La movió hacia los costados, y surgió un ¡*spang!*!, agudo en el interior de la armadura de Hawks, que rebotó hasta sus pies, en el momento en que la pared aceptó a Barker y le succionó al interior.

Hawks bajó la vista a la grava suelta del camino, llena de huellas, como si lo hubiera recorrido todo un ejército. Llegó hasta la pared y alzó los brazos, con el sudor chorreando por las mejillas a un ritmo mucho más rápido del que podían extraer los

deshumidificadores del traje.

3

Barker subía por un plano inclinado de un destelleante negro azulado hacia un lugar donde dos caras de un marrón apagado chocaban repetidamente con golpes secos. Cortinas de verde y blanco remolineaban alrededor de Hawks. Emprendió la carrera en el momento en el que lanzas de un cristal transparente surgían de entre los pliegues del verde y el blanco, con resplandores de una luz rojiza, apenas visible, en los extremos, junto con un azul, verde y amarillo que subía desde el suelo.

Hawks corrió con los brazos pegados a los costados. Llegó hasta el lugar en el que había visto que Barker se lanzaba hacia delante, rodando hacia un lado, junto al torrente flexible de la pálida periferia parecida a hojas de árboles. Cuando se lanzó por el aire, pasó por encima de un cuerpo retorcido vestido con un tipo de armadura que ya había sido descartada.

La blanca armadura de Barker floreció de repente con escarcha, que fue cayendo a medida que coma y quedaba en el camino de Hawks como si fuera el patrón del traje, en un montón de mangas, piernas y torsos anteriores, a los que Hawks les añadió los propios cuando también lo atravesó.

Hawks siguió a Barker por el descendente embudo en espiral, cuyas paredes les manchaban con un polvillo gris que se desprendió de sus armaduras despacio, en largas y delicadas hebras, en el momento en que giraron para pasar al lado del cuerpo de Rogan, medio oculto entre un montón de semicírculos congelados, como un cargamento de platos rotos desechados.

Barker alzó la mano y se detuvieron al borde del campo de planos semicirculares, juntos de pie, mirando hacia el rostro del otro por debajo del saliente que formaba una lengua de metal bruñido de color negroazulado que sobresalía por encima de ellos, oxidado con un marrón áspero allá donde una versión anterior de Barker se había arrastrado por su superficie y yacía ahora con los miembros extendidos y una manga blanca colgando, aferrando un trozo superficie verde entre las pinzas convulsivamente cerradas de su guante de herramientas. Barker lo miró; luego observó de nuevo a Hawks y le hizo un guiño. Entonces cogió una de las proyecciones cristalinas y transparentes que sobresalían de la pared roja parpadeante y se ayudó hasta la siguiente, desapareciendo de la vista por el recodo donde se podía

ver la refulgente luz de color azul, verde y amarillo.

Los acorazados pies de Hawks tantearon en el aire vacío cuando lo siguió alrededor de la curva. Avanzó apoyando una mano tras otra, manteniendo con cuidado el cuerpo hacia arriba para que sus hombros estuvieran siempre por encima del nivel de las manos a medida que se movía lateralmente a lo largo de la alta y escamada escotilla de un amarillo pálido, con cada hoja medio doblada que cedía blandamente con su peso y se retorció casi hasta el punto en que sus pinzas perdían el contacto con la superficie, cuyas puntas de aguja no podía penetrar. Tenía que cruzar los brazos y modificar el peso de su cuerpo de cada hoja a la siguiente antes de que ésta tuviera tiempo de hacerle caer y, a medida que avanzaba, debía estrujar su cuerpo para evitar el golpe de retroceso de cada medio plato que su mano acababa de abandonar. Allí abajo yacía un enmarañado manojo de armaduras rotas; mangas retorcidas, junto con piernas y torsos.

Pasado un rato, Hawks llegó a donde se hallaba Barker tumbado sobre su espalda, descansando. Comenzó a sentarse a su lado, dejándose caer de forma torpe e incómoda. Lanzó una brújula ojeada a su muñeca, donde una brújula giroscópica miniaturizada señalaba hacia el norte lunar. Retorció el cuerpo, tratando de recuperar el equilibrio, y finalmente permaneció, jadeante y erguido, apoyado sobre un pie, como si fuera un ave acuática, mientras Barker le enderezaba. Sobre sus cabezas, líneas de color naranja parpadeaban a través de una masa cristalina con la forma de la cabeza de una rata gigante; entonces, a regañadientes, reanudaron la marcha.

Caminaron a lo largo de una llanura enorme y desolada de unas tonalidades pancromáticas de grises y negros, siguiendo una línea particular de huellas entre un grupo de rastros individuales. Todas terminaban en un montón de armaduras blancas excepto ésta, sobre la que Barker se detenía de vez en cuando poco antes de llegar a su propio cadáver y se echaba hacia un lado, o simplemente aguardaba unos instantes o la rodeaba. En cada ocasión, la llanura, repentinamente, y desde el punto de vista de Hawks, recuperaba el color. Cada vez que seguía a Barker el color moría, y su traje comenzaba a zumbiar con un sonido apagado y metálico.

Al final de la llanura había una pared. Hawks miró su reloj de pulsera. El tiempo transcurrido en el interior de su formación era de cuatro minutos y cincuenta y un segundos. La pared parpadeaba y burbujeaba desde sus pies hacia el cielo negro con haces de luz violeta. De donde caían sus sombras se elevaban flores de escarcha, permaneciendo a la altura máxima donde más apartados se encontraban de los extremos, de modo que guardaban el menor contacto con la luz. La escarcha comenzó a cobrar forma, unas copias de sus armaduras y, a medida que Hawks y Barker se acercaban a la pared, ésta, durante un momento, quedó abierta y expuesta; luego estalló silenciosamente por la presión del vapor, y cada fragmento volado descartado trazó un largo y delicado trazo de vapor mientras se devoraba a sí mismo y toda la

explosión, a regañadientes, se apagaba.

Barker golpeó la pared con un pico agudo, y un refulgente cubo negroazulado de su substancia se apartó de ella, dejando a la vista una superficie áspera y de color marrón. Barker la rozó levemente y cambió de color, hasta adquirir una tonalidad replandecientemente blanca y viva con remolineantes hebras de color verde. La superficie de la pared se tornó cristalina y transparente y desapareció. Se hallaban al borde de un lago de humeante fuego rojo. En la playa, medio enterrada, la pintura blanca amarillenta, chamuscada y derretida, de modo que corría parecida a una fundida loza barata, yacía la armadura de Barker. Hawks observó su reloj de pulsera. Su tiempo transcurrido en el interior de la formación era de seis minutos y treinta y ocho segundos. Se giró y miró hacia atrás. Sobre la llanura abierta y pancromática había un cubo de metal vacío, brillando con tonalidades negroazuladas. Barker regresó sobre sus pasos, lo recogió y lo tiró al suelo. Un áspero muro de color marrón se alzó en el aire entre ellos y la llanura, y detrás de ellos el fuego se apagó. En el lugar donde había estado la armadura de Barker se veía un montón de cristales en el borde de un cuadrado de lapislázuli, de unos cien metros de lado.

Barker introdujo un pie en él. Una sección del cuadrado se inclinó, y los cristales del borde se deslizaron en un embudo brillante. Barker caminó por entre ellos con sumo cuidado, hasta llegar a la otra parte de la sección nivelándola con su peso. Hawks ascendió la pendiente y bajó para unirse a él. Barker señaló con una mano. A través de la grieta de la sección y el resto del cuadrado pudieron ver algunos hombres del equipo de observación, que escudriñaban ciegamente en la dirección en la que se hallaban ellos. Hawks contempló su reloj de pulsera. Su tiempo transcurrido en el interior de la formación era de seis minutos y treinta y nueve segundos. Acurrucado entre ellos y el equipo de observación, apenas visible se hallaba Barker. Los cristales de la parte de su sección se deslizaban dentro de una grieta y caían en largas y delicadas líneas de nieve sobre la armadura casi invisible.

Barker subió al cuadrado de lapislázuli. Hawks le siguió, y la sección se niveló a sus espaldas. Caminaron durante varios metros, y Barker se detuvo. Tenía el rostro tenso. Sus ojos refulgían con entusiasmo. Miró de soslayo a Hawks, y su expresión se tornó cautelosa.

Hawks miraba con insistencia su reloj de pulsera. Barker se humedeció los labios; luego se volvió y empezó a correr en una espiral creciente, con las botas alzando trozos de cristal, y en cada ocasión agachaba la cabeza para evitar las olas de luz roja, verde y amarilla que teñían su armadura. Hawks le siguió, mientras el lázuli se agrietaba en grandes ondas heladas que zigzagueaban, formando una red debajo de sus pies a medida que corría una y otra vez en círculos.

El lázuli se volvió de un azul acero transparente y, entonces, desapareció, dejando atrás únicamente la red de grietas sobre la que Barker y Hawks corrían, mientras

debajo de ellos yacía la indiferente armadura nevada y, a unos pocos centímetros, el equipo de observación, y las estrellas y el horizonte irregular de la Luna detrás de ellos, un rostro contra el que se perfilaba el arco del cielo.

Su tiempo transcurrido en el interior de la formación era de nueve minutos y diecinueve segundos. Barker se detuvo otra vez, con los pies y las pinzas enganchados en la red, inmóvil, mirando por encima del hombro a medida que se le acercaba Hawks. Los ojos de Barker mostraban desesperación. Respiraba entrecortadamente, moviendo la boca. Hawks se detuvo a su lado.

La red de grietas comenzó a romperse para formar estacas puntiagudas como dagas, desprendiéndose, dejando grandes agujeros podridos a través de los cuales remolineaban nubes de humeantes partículas de un gris acero, que formaron estratos afilados como cuchillos y pendieron sobre el gran espacio abierto por encima de la superficie a la que se aferraban Barker y Hawks, y cuya periferia ascendía y se expandía para entrelazarse con los estratos y formar una malla rocosa de semicírculos que avanzaban hacia ellos.

De repente, Barker cerró los ojos, sacudió la cabeza con violencia en el interior del casco, parpadeó y, con una mueca dolorosa, comenzó a ascender por la red, manteniendo firmemente apretado el brazo contra el costado, manoteando encima de él con la derecha en busca de un nuevo asidero tan pronto como el peso de su cuerpo se desprendía de cada sujeción que su pie izquierdo descartaba.

Cuando Barker y Hawks emergieron del borde de la red, al lado de la armadura perdida que yacía debajo de la costra de puntas de daga rotas, su tiempo transcurrido en el interior de la formación era de nueve minutos y cuarenta y dos segundos. Barker se plantó ante el equipo de observación a través de la pared y salió hacia la Luna abierta. Hawks le siguió. Permanecieron mirándose mutuamente a través de sus visores, con la formación directamente detrás de ellos.

Barker la contempló.

—No parece que se haya dado cuenta de lo que acabamos de hacer —dijo por el circuito de radiotelefonía.

Hawks lanzó una mirada a su espalda.

—¿Es que lo esperaba? —inquirió, encogiéndose de hombros. Se volvió hacia los hombres del equipo de observación que estaban de pie, a la espera, en sus trajes lunares, los rostros pacientes detrás de las burbujas transparentes de plástico de sus cascos—. Caballeros, ¿vieron que ocurriera algo nuevo mientras nos encontrábamos en el interior?

El mayor del equipo, un hombre de rostro grisáceo y chupado, con la montura de acero de sus gafas sujeta por una banda elástica, sacudió negativamente la cabeza.

—No. —Su voz brotó distorsionada a través del micrófono del cuello—. La formación no muestra ningún signo externo de discriminar entre un individuo y otro,

o de reaccionar de ninguna forma especial ante la presencia de más de un individuo. Esto es un suposición, asumiendo que todas sus pruebas internas estén relacionadas.

Hawks asintió.

—Ésa fue también mi impresión. —Se volvió hacia Barker—. Lo cual significa que, prácticamente, ya podemos empezar a enviar equipos de técnicos a su interior. Creo que usted ha hecho su trabajo, Al. Pienso que de verdad lo ha hecho. Bueno, vayamos con estos caballeros por un rato. Bien podemos darles nuestros informes verbales, por si acaso el Hawks y el Barker T hubieran perdido contacto con nosotros antes de que emergiéramos.

Comenzó a andar a lo largo del sendero en dirección al bunker de observación, y los demás le siguieron.

4

Gersten se arrodilló y se inclinó sobre el visor abierto.

—¿Se encuentra bien, Hawks? —preguntó.

Hawks T miró confuso delante de él. Un hilillo de sangre descendía por la comisura de su boca. Tanteó con la lengua las partes que se había mordido del labio inferior.

—Seguro que debí de estar más asustado de lo que suponía cuando L rompió el contacto conmigo y yo me di cuenta de que me encontraba en el traje. —Agitó la cabeza de lado a lado, allí tumbado en el suelo del laboratorio—. ¿Barker está bien?

—Ahora mismo le están sacando del receptor. Parece hallarse en buena forma. ¿Lo consiguió? ¿Todo bien?

Hawks T asintió.

—Oh, sí, todo eso fue bien. En el último contacto, L le daba al equipo de observación un informe verbal. —Parpadeó para aclararse los ojos—. Vaya lugar ése de ahí arriba. Escuche, Gersten... —Alzó los ojos, y en su rostro había una expresión de desagrado mientras miraba al hombre. Cuando era niño, en una época en la que padeció una serie de resfriados serios, su padre había tratado de curárselos con baños en agua hirviendo y envolviéndolo en sábanas mojadas, tensando cada sábana más a medida que las pasaba alrededor del cuerpo de Eddie Hawks y por encima de los brazos, dejando al muchacho, de esa forma, inmovilizado toda la noche—. Yo..., odio pedirle esto —prosiguió, sin darse cuenta de que mantenía el rostro vuelto

directamente hacia Gersten—, pero ¿cree que los hombres podrían sacarme antes que a Barker del traje?

Gersten, que en un principio observaba a Hawks con intensidad y preocupación, se puso rígido y se ofendió.

—Por supuesto —dijo, alejándose y dejando a Hawks T solo en el suelo, como un niño en la noche.

Permaneció tendido allí de esa forma durante varios momentos antes de que uno de los técnicos que permanecían formando un círculo a su alrededor se percató de que quizá deseara compañía y se arrodilló a su lado, al alcance del restringido campo de visión que había a través de la abertura del visor.

5

Hawks L contempló al observador en jefe cerrar su libro de notas.

—Creo que esto lo completa —le comentó al hombre.

Barker, que se hallaba a su lado en la mesa de acero, asintió dubitativo.

—Yo no vi ningún lago de fuego —le dijo a Hawks.

Hawks se encogió de hombros.

—Yo no vi ningún arco de cristal verde roto en su lugar. —Se incorporó y se dirigió al equipo de observación—: Caballeros, si son tan amables de colocamos los visores en su lugar, emprenderemos nuestro camino.

Los observadores hicieron un gesto afirmativo y dieron un paso adelante. Cuando acabaron, giraron y se marcharon de la sala por la escotilla hermética hacia el interior del bunker, de modo que Hawks y Barker quedaron solos para poder emplear la escotilla exterior. Hawks gesticuló impaciente cuando la válvula de su casco comenzó a extraer una vez más aire de sus tanques, con ese breve suspiro que llenaba el casco.

—Vamos, Al —dijo—. No disponemos de mucho tiempo.

—Sí que es bueno tener a gente a tu alrededor para que te dé una palmada en la espalda cuando has hecho algo bueno —dijo Barker amargamente mientras salían por la escotilla.

Hawks sacudió la cabeza.

—Esta gente de aquí no siente ningún interés por nosotros como individuos. Quizás hoy debieron tenerlo, pero no habría sido muy bueno que rompieran esa costumbre. No lo olvide, Al..., para ellos, usted nunca ha sido más que una sombra

en la noche. Sólo la última de muchas sombras. Y vendrán otros hombres aquí arriba para morir. Habrá momentos en los que los técnicos bajarán la barrera. Quizás exista el motivo para que usted, o incluso yo, volvamos aquí. Estos hombres del bunker nos observarán, grabarán lo que vean, harán lo mejor que esté a su alcance para ayudarnos a sacar información de esa cosa... —Abarcó con un gesto la masa de obsidiana que se derrumbaba perpetuamente para reerigirse perpetuamente, cambiando en el mismo lugar, cerniéndose sobre el bunker, ora reflejando la luz de las estrellas, ora de un negro profundo y sin brillo—. Este enorme acertijo. Pero usted y yo, Al, para ellos, sólo somos una especie de herramientas. Y así ha de ser. Ellos tienen que vivir aquí hasta que llegue el día en que el último técnico desmonte la última pieza de esta cosa. Y entonces, cuando eso ocurra, esta gente del bunker tendrá que enfrentarse a algo sobre lo que han evitado pensar en todo este tiempo.

Hawks y Barker prosiguieron por el sendero.

—¿Sabe, Hawks? —comentó incómodo Barker—. Casi no deseaba salir.

—Lo sé.

Barker agitó las manos en un gesto de indecisión.

—Ha sido la cosa más difícil de mi vida. Casi le conduzco a usted a la trampa que me atrapó la última vez. Y, luego, casi me quedo inmóvil a esperar que nos cogiera. Hawks, yo..., no lo sé. No quería salir. Tenía la sensación de que iba a perder algo. ¿Qué? Lo desconozco. Pero me quedé ahí, y de repente supe que había algo precioso que se perdería si salía a la superficie de la Luna.

Hawks, que caminaba con paso firme al lado de Barker, giró la cabeza para mirarle por primera vez desde que dejaran el bunker.

—¿Y lo perdió?

—No..., no lo sé. Creo que tendré de pensar en ello durante bastante tiempo. Me siento distinto. Eso es todo lo que puedo decirle. —La voz de Barker se animó—. Así es.

—¿Es ésta la primera vez que ha hecho algo que ningún otro hombre ha realizado? Quiero decir, ¿con éxito?

—Yo..., bueno, no, he superado récords de todas clases y...

—Otros hombres también han superado los mismo récords, Al.

Barker se detuvo y miró a Hawks.

—Creo que es eso. —Frunció el ceño—. Creo que tiene razón. He hecho algo que ningún otro hombre había conseguido antes. Y no me mataron en el intento.

—No existe precedente ni tradición. Sin embargo, Al, usted lo consiguió. —También Hawks se había detenido—. ¿Quizá se haya convertido en un hombre por derecho propio? —Su voz sonó tranquila y triste.

—¡Tal vez sí, Hawks! —exclamó Barker con excitación—. Mire..., usted no puede... Quiero decir, no es posible abarcar algo así de una sola vez..., pero... —Se

detuvo de nuevo, con el rostro mirando ansioso a través del visor.

Casi habían llegado a la intersección en que el sendero del bunker se unía a la red de caminos que recorría el terreno en torno a la formación, el receptor, la instalación de la Marina y el aparcamiento de vehículos de donde salían las huellas. Hawks aguardó, inmóvil, observando con paciencia a Barker, con el casco inclinado mientras escudriñaba a través de él.

—¡Tenía razón, Hawks! —exclamó Barker, con un torrente precipitado de palabras—. Los ritos de iniciación no significan nada si te conducen de vuelta a lo mismo que hacías antes; ¡si no *sabes* que has cambiado! Un hombre..., un hombre se hace a sí mismo. El... Oh, *maldición*, Hawks, yo intenté ser lo que *ellos* deseaban que fuera, y traté de ser lo que creí que *debería* ser; pero ¿qué soy? Eso es lo que debo averiguar..., ¡de eso es de lo que tengo que sacar algo! ¡He de volver a la Tierra y enderezar todos esos años! Yo... Hawks, probablemente voy a estarle malditamente agradecido.

—¿Lo estará? —Hawks empezó a andar de nuevo—. Venga conmigo, Al.

Barker trotó detrás de él.

—¿Adonde va?

Hawks siguió caminando hasta que llegó al sendero del aparcamiento que se prolongaba una corta distancia más allá antes de que el camuflaje desapareciera y el terreno desnudo fuera casi infranqueable para un hombre con una armadura y a pie. Hizo un breve gesto con un brazo.

—Hacia allí.

—¿No se está arriesgando mucho? ¿Cuánto aire contienen estos trajes?

—No demasiado. Unos pocos minutos más.

—Bueno, pues entonces regresemos al receptor.

Hawks negó con la cabeza.

—No. Eso no es para nosotros, Al.

—¿Qué quiere decir? El transmisor de retorno funciona, ¿verdad?

—Sí. Pero, nosotros no podemos utilizarlo.

—Hawks...

—Si usted desea regresar al transmisor y hacer que el equipo de la Marina emplee el mismo procedimiento con el que envían muestras e informes a la Tierra, puede hacerlo. Sin embargo, primero quiero que entienda lo que está haciendo.

Barker le miró perplejo a través del grueso cristal del visor. Hawks alargó el brazo y, torpemente, se llevó la manga derecha al hombro del otro hombre.

—Hace tiempo le dije que le mataría de muchas formas, Al. Cuando cada Barker T recobraba la consciencia allá en la Tierra, después de que cada Barker L muriera, yo dejaba que usted se engañara. Entonces usted pensaba que había experimentado la muerte más segura de todas. No era así. He de hacérselo una vez más.

»Siempre existe una continuidad. Barker L y T parecían ser el mismo hombre, con la misma mente. Cuando L moría, T, simplemente, proseguía su vida. La hebra permanecía intacta, y usted podía seguir creyendo que nada había ocurrido realmente. Yo puedo decirle, y usted podría creerlo, que, de hecho, sólo había una sucesión de Barkers cuyos recuerdos se enlazaban a la perfección. Sin embargo, eso es algo demasiado abstracto para que un ser humano pueda llegar a abarcarlo. En este momento, yo pienso de mí mismo que soy el Hawks que nació hace años en el lecho de una granja. A pesar de que estoy al tanto de que existe otro Hawks, en el laboratorio de la Tierra, que ya lleva algunos momentos experimentando su propia vida; incluso aunque sé que nací de las cenizas volcánicas de este satélite hace veinte minutos, en el receptor. Todo eso no significa nada para el que yo que ha vivido en mi mente todos estos años. Puedo mirar hacia atrás. Puedo recordar.

»Ésa es la forma en que ocurrió también con usted. Se lo dije. Hace tiempo, le dije que el transmisor no envía nada más que una señal. Que destruye al hombre que explora para extraer esa señal. Sin embargo, sabía, mientras se lo comunicaba, que todas las palabras del mundo no le harían *sentir* de ese modo, mientras usted pudiera despertarse cada mañana en su propia piel. Así que, supongo, creo que desperdicié todas esas charlas. A menudo pienso que es así. No obstante, ¿qué podía decirme a mí mismo ahora si no intentaba comunicárselo?

—¡Vaya al grano! —exclamó Barker.

Hawks estalló exasperado.

—¡Es los que *intento* hacer! ¡Desearía que, de una vez por todas, a la gente le entrara en la cabeza que la respuesta breve sólo sirve para las preguntas corrientes! ¿Con qué cree que estamos tratando aquí... con algo que podría haber manejado Leonardo Da Vinci? ¡Si así hubiera sido, lo habría hecho, y habríamos tenido el siglo veinte en el mil quinientos! Si desea escuchar alguna respuesta, será mejor que me permita darsela en un contexto adecuado.

—De acuerdo, Hawks.

—Lo siento —dijo al cabo de un momento Hawks, con su estallido apagándose—. Lo siento. Un hombre va almacenando cosas en su interior y, al final, éstas estallan. Mire, Barker..., lo que ocurre, simplemente, es que aquí no disponemos de las instalaciones para devolver con exactitud a los individuos de la Tierra. No disponemos del equipo de ordenadores, no tenemos el equipo electrónico, tampoco los complejos mecanismos de seguridad de los que nos valemos en la Tierra. Dispondremos de ellos en el futuro. Pronto habremos excavado una cámara lo suficientemente grande como para mantenerlo todo bajo tierra, donde estará a salvo de accidentes al igual que de ser observada. Entonces tendremos que presurizar toda la cámara o descubrir cómo diseñar componentes electrónicos que puedan funcionar en el vacío. Y, si cree que eso no plantea un problema, se equivoca. Pero lo

solventaremos. Cuando tengamos tiempo.

»No ha habido tiempo, Al. La gente que hay por aquí, los marinos, los observadores..., piense en ellos. Son los mejores hombres para desempeñar sus puestos. Gente competente. Y la gente competente tiene familias, carreras, intereses, propiedades de una u otra clase; es una falacia pensar que un hombre que es un buen astrónomo, o un buen cartógrafo, no resulta bueno en muchos otros aspectos de la vida. Algunos no lo son. Pero la mayoría sí. Y todos los que están aquí saben que, cuando fueron transmitidos a la Luna, dobles suyos se quedaron atrás, en la Tierra. Era necesario. No podíamos alejar a hombres así de sus trabajos. No podíamos arriesgarnos a que murieran..., nadie sabía lo que podía acontecerles aquí. Y puede que aún ocurran cosas terribles. Todos se presentaron voluntarios. Todos lo comprendieron. Allá en la Tierra, sus dobles continúan con sus vidas como si nada hubiera sucedido. Hubo una tarde en la que pasaron unas pocas horas en el laboratorio, por supuesto; pero eso fue todo, el acontecimiento forma una parte muy menor de sus pasados.

»Aquí todos somos sombras, Al. Sin embargo, ellos constituyen una especie particular. Aunque tuvierámos el equipo necesario, no podrían regresar. Cuando lo traigamos, seguirán sin poder volver. No los detendremos si lo intentan; pero piense en ello Al, piense en el hombre que dirige el equipo de observación. Allí en la Tierra, su doble lleva una cartera científica complicada. Ha conseguido un montón de logros desde el día que fue duplicado. Posee una carrera, una reputación, toda una experiencia que este individuo, aquí, ya no comparte. Y el hombre de la Luna también ha cambiado..., conoce cosas que el otro no sabe. *Posee* toda una experiencia divergente. Si volviera, ¿cuál de ellos haría el trabajo de quién? ¿Quién se quedaría con la carrera, quién con la familia, quién con la cuenta bancaria? Pueden tratar de llegar a un acuerdo, siempre que ambos lo deseen. Sin embargo, pasarán años antes de que la misión finalice aquí. Se habrán producido divorcios, nacimientos, muertes, matrimonios, ascensos, licenciaturas, sentencias de cárcel, enfermedades... No, la mayoría no regresarán. No obstante, cuando esto acabe, ¿adonde irán? Será mejor que les tengamos algo preparado. Lejos de la Tierra..., lejos del mundo que no tiene sitio para ellos. Hemos creado todo un cuerpo de hombres con los lazos más fuertes posibles en la tierra y ningún futuro salvo en el espacio. Pero ¿adonde irán? ¿A Marte? ¿A Venus? No disponemos de naves que puedan lanzar transmisores para ellos en esos lugares. Será mejor que las tengamos..., no obstante, suponga que alguno de ellos se ha vuelto tan imprescindible que no nos atrevamos a duplicarlo de nuevo. ¿Qué será de ellos?

»En una ocasión, usted los llamó zombis. Tenía razón. Son los muertos vivientes, y lo saben. Y fueron hechos por mí, porque no había *tiempo*. No teníamos tiempo para llevar esto a cabo de forma sistemática, para analizar todos los aspectos

involucrados, para buscar por todo el mundo hombres a los que pudiéramos usar sin someterlos a esta ruptura. Y ahora, para usted y para mí, Al, nos queda el hecho sencillo de que sólo disponemos de unos breves minutos antes de que se agote el aire de nuestros trajes y no podamos regresar más.

—¡Por el amor de Dios, Hawks, podemos meternos en una de estas burbujas y disponer de todo el aire que deseemos!

—¿Y establecernos aquí, para regresar al cabo de uno o dos años? —preguntó despacio Hawks—. Supongo que, si lo desea, puede usted hacerlo. Mientras tanto, ¿en qué se ocupará? ¿Tratará de aprender algo útil aquí mientras se pregunta lo que ha estado haciendo durante todo ese tiempo en la Tierra?

Barker guardó silencio un momento. Luego dijo:

—Quiere indicar que estoy varado aquí. —Su voz sonaba tranquila—. Que soy un zombi. Bueno, ¿y eso es malo? ¿Es peor que morir?

—No lo sé —replicó Hawks—. Puede preguntárselo a la gente de la instalación. Ellos tampoco lo saben. Llevan cierto tiempo meditándolo. ¿Por qué cree que se mantuvieron alejados de usted, Barker? ¿Porque no había nada acerca de usted que les asustara más de lo que podían soportar? Apenas vinieron aquí, padecimos nuestra oleada de suicidios. Los que aún quedan son, comparativamente hablando, estables con respecto a este tema. Pero permanecen así debido a que han aprendido a pensar únicamente de modos muy determinados. No obstante, siga adelante. Ya se le ocurrirá algo.

—¡Pero Hawks, yo quiero regresar a la *Tierra*!

—¿Al mundo de sus recuerdos, al que quiere rehacer?

—¿Por qué no puedo *usar* el transmisor de retorno?

—Ya se lo dije —contestó Hawks—. Aquí arriba sólo disponemos de un transmisor. No tenemos un laboratorio lleno de equipos de control. El transmisor de aquí emite una señal que describe los informes mecanografiados y las muestras de roca que el equipo de la Marina introduce en el receptor. No se emplea para muchas cosas; sin embargo, cuando se usa, eso es lo que envía. Desde aquí, sin datos astronómicos precisos y sin nuestra fuente de energía, las señales se dispersan, no siempre llegan hasta nuestra antena allí abajo, se convierten en ceniza en los estratos de ionización..., no se puede realizar lo que hacemos en el laboratorio desde la superficie de un satélite sin atmósfera, deshabitado e inexplorado. Es imposible enviar hasta aquí arriba, desde un mundo con gravedad terrestre, con atmósfera, con presión de aire, con una escala de temperaturas diferente, un equipo que funcione aquí. Ha de ser diseñado específicamente para este lugar y, mejor aún, ha de ser construido aquí. ¿De qué? ¿En qué fábrica? Poco importa, a partir de marcas en el papel y trozos de roca, que hayamos conseguido el equipo mínimo que hemos tenido *tiempo* de adaptar aquí. Por el método de tanteo y una repetición constante, hemos

conseguido mandar las señales y que las descifren en la Tierra. Si llegan mal, enviamos un mensaje al efecto, y un marinero transcribe un nuevo informe de su copia, y un geólogo recoge otra muestra de su roca. Pero un hombre, Barker..., ya se lo he dicho. Un hombre es un ave Fénix. Simplemente, no disponemos en la Luna de las facilidades para tomar una exploración completa de él y alimentarla a los amplificadores diferenciales, comprobarla y hacer una cinta de archivo para volver a comprobarla luego.

»Puede intentarlo, Al. Puede meterse en el transmisor de retorno y los hombres de la Marina oprimirán los interruptores adecuados. Ya lo han hecho antes, para otros hombres que también quisieron intentarlo. Como siempre, el escáner lo destruirá sin dolor y de forma instantánea. Pero lo que llegue a la Tierra, Al..., lo que llegue a la Tierra tampoco será el hombre en el que usted se ha convertido desde el momento en el que se introdujo en el transmisor del laboratorio. Se lo aseguro, Al.

Hawks alzó los brazos y los dejó caer de nuevo. —¿Ve ahora lo que le he hecho? ¿Ve lo que le he hecho al pobre Sam Latourette, que se despertará un día en un mundo lleno de extraños, sin saber nunca lo que le hice después de que le pusiera en los amplificadores, únicamente con la certeza de que ya estará curado, pero que su viejo y buen amigo Ed Hawks ha muerto y se ha convertido en polvo? No he jugado limpio con ninguno de ustedes. Nunca les he mostrado ninguna clase de piedad, salvo esporádicamente, por coincidencia.

Dio la vuelta y comenzó a caminar.

—¡Aguarde! Hawks... Usted no tiene que...

—¿Qué es lo que no tengo que hacer? —inquirió Hawks sin detenerse ni volver la cabeza, caminando imparable—. En el universo hay un Ed Hawks que recuerda toda su vida, incluso el tiempo que pasó en la formación lunar, hasta este momento, mientras permanece allá en el laboratorio. ¿Qué se perderá? No hay gasto alguno. Le deseo lo mejor, Al..., será mejor que se apresure y regrese a la escotilla de aire. Puede utilizar la que está en el transmisor de retorno o la de la estación naval. Los dos caminos tienen, aproximadamente, la misma distancia.

—¡Hawks!

—He de apartarme del camino de esta gente —comentó Hawks abstraídamente—. No forma parte de su trabajo tratar con los cadáveres que se les plantan en su terreno. Quiero meterme entre las rocas que hay allí.

Caminó hasta el final del sendero, mientras las sombras del camuflaje manchaban su armadura, recortando el contorno de su figura hasta que pareció que él mismo se convertía en otra porción irregular y rota del lugar por el que andaba.

Entonces emergió a la luz estelar, y su traje destelló con los reflejos fríos y puros.

—Hawks —dijo Barker con voz distante—, estoy ante la escotilla.

—Buena suerte, Barker.

Hawks ascendió por las rocas hasta que comenzó a jadear. Luego se detuvo, bien plantado en el suelo. Alzó el rostro al cielo, y las estrellas refulgieron contra el cristal. Tomó una detrás de otra cortas bocanadas de aire, cada vez con mayor rapidez. Le lagrimearon los ojos. Parpadeó con fuerza, repetidamente.

—No —comentó—. No, no caeré en eso. —Volvió a parpadear una y otra vez, y añadió—: No te temo. Algún día, yo, u otro hombre, te cogerá en su mano.

6

Hawks T se pasó el traje interior de color naranja por la cabeza y se quedó de pie al lado de la mesa donde se vestían, sólo con los pantalones, mientras se quitaba el talco del rostro y del pelo. Las costillas le sobresalían bastante de la piel.

—Debería salir a tomar el sol, Hawks —le dijo Barker, sentado sobre el borde de la mesa, observándole.

—Sí —repuso distraídamente Hawks, mientras pensaba que no tenía modo alguno de saber si, realmente, en la granja había tenido sobre la cama una manta lisa o una estampada—. Bueno, quizá lo haga. Seguro que podré encontrar un poco más de tiempo ahora que todo será más rutinario. Tal vez vaya a nadar con una muchacha a la que conozco o algo así. No lo sé.

Había una nota arrugada en la mano izquierda, mojada por el sudor, en el lugar donde la había puesto antes de que le introdujeran en el traje la primera vez. La cogió con cuidado, tratando de abrir los pliegues sin romperla.

—¿Recuerda mucho de lo que nos sucedió en la Luna después de salir de la formación? —le preguntó Barker.

Hawks negó con la cabeza.

—No, perdí el contacto con Hawks L poco después. Y, por favor, intente recordar que nosotros jamás hemos estado en la Luna.

Barker se rió.

—Muy bien. Pero ¿cuál es la diferencia entre estar allí y recordar haber estado allí?

—No lo sé —farfulló Hawks, concentrado en la nota—. Quizá la Marina nos proporcione un informe de lo que Hawks L y Barker L hicieron después. Puede que eso nos diga algo. Yo creo que lo hará.

Barker se echó a reír de nuevo.

—Es usted un pájaro raro, Hawks.

Hawks le miró de soslayo.

—Eso me resume, ¿verdad? Yo no soy Hawks. Recuerdo ser Hawks, pero me hicieron en el receptor hace unos veinticinco minutos, y usted y yo nunca nos hemos visto.

—De *acuerdo*, Hawks —rió entre dientes Barker—. ¡Relájese!

Hawks ya no le prestaba atención. Finalmente consiguió abrir la nota y leer el borroso mensaje sin demasiada dificultad, ya que se trataba de su propia escritura y, de cualquier modo, él ya sabía lo que ponía. Decía:

«Dale mis recuerdos a ella».